

101 razones para odiarla

Emma Mars

101 RAZONES PARA ODIARLA

por Emma Mars

101 razones para odiarla

Diseño gráfico de portada: @MalenaLBC

Internet:

Twitter: @unachicademarte

Blog: www.hayunalesbianaenmisopa.com

© Emma Mars

Todos los derechos reservados

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente prohibidos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler de la obra o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Agradecimientos

Este libro nació siendo un fanfic, que luego se convirtió en proyecto de libro y después en intento de libro, hasta alcanzar el resultado que el lector tiene ahora entre manos. Ha pasado muchísimo tiempo desde que se escribió su primera frase. También han cambiado muchas cosas, pero lo que siempre ha prevalecido son las ganas de escribir novela lésbica. Y eso se lo debo a todas esas increíbles mujeres con quien tengo el privilegio de compartir mi vida.

A K, por dejarme espacio para crecer a su lado. Juntas. No podría ser de otra manera.

A Sandra D, que tuvo el valor de encontrarse a sí misma.

A Male, porque ella fue la primera que creyó en Clorinda.

A Riatha, por ayudarme a vencer mi miedo a los lemons.

A Marca, por cogerme la manito y decirme que ¡adelante! (a pesar de los koalas de mi garaje).

A Clara Asunción García, por amenazarme con sus canguros asesinos.

Y, por supuesto, al resto de mis niñas del Male's Harem y de HULEMS porque sin las risas diarias nada sería lo mismo.

Puedes encontrar a Emma en:

www.hayunalesbianaenmisopa.com

Sinopsis

Claudia Martell y Olivia Simón nacieron el mismo día, en el mismo hospital, separadas únicamente por el espacio que hay entre la alcoba 311 y la 312 del Hospital Gregorio Marañón de Madrid. Son tantas las cosas que las unen y sus familias tan cercanas, que deberían ser amigas. Pero esa es solo la teoría. En la práctica, el cariño que se profesan sus madres es inversamente proporcional al odio que se profesan las hijas.

Por lo demás, lo único que tienen en común estas dos mujeres es un cumpleaños que nunca tienen ganas de celebrar y una desmedida entrega a su trabajo en García & Morán Ediciones, en donde el destino les jugó la mala pasada de volverlas a juntar.

Ahora, si quieren conservar su trabajo como editoras, Claudia y Olivia tendrán que olvidar el pasado, demostrar que son un equipo y conseguir que un famoso y escurridizo escritor firme un contrato capaz de subsanar los apuros económicos de la editorial en la que trabajan. ¿Y quién sabe? A lo mejor durante su aventura son capaces de descubrir lo que sus madres saben desde hace años: que del amor al odio hay solo un paso.

Capítulo 1

PROBLEMAS CON EL PLURAL

Se suponía que aquel iba ser un día tranquilo, un viernes cualquiera de comienzos de mes. Las luces de Navidad estaban ya encendidas y las partidas de libros habían sido entregadas, listas para las compras compulsivas de aquella época del año. Así que solamente quedaba esperar a que llegaran las vacaciones para poder disfrutar de un merecido descanso.

La oficina estaba tranquila. Entre los empleados reinaba un ambiente festivo, casi somnoliento, que incitaba más al palique y los festejos típicos de los últimos estertores del año que a concentrarse en el trabajo. Todos estaban alegres, menos ella.

Claudia Martell, sin embargo, no había sido capaz de respirar tranquila esa semana. Aunque todavía era temprano, apenas las diez de la mañana, estaba nerviosa, inquieta como si en el aire reinara la pesadez que siempre antecede a una gran tormenta. Llevaba desde primera hora intentando concentrarse en su trabajo, pero después de varios intentos fallidos decidió salir del edificio y darse un respiro.

Comprendió que aquel iba a ser un invierno muy largo tan pronto empujó la puerta de entrada. Hacía tanto frío que Claudia se lo pensó dos veces antes de dar un paso más y posar los pies sobre la nieve que había caído de madrugada. La última borrasca había azotado los alrededores de Madrid con tanta fuerza que la calle de la editorial amaneció envuelta en la blanca e inquietante homogeneidad de un inmenso manto blanco. Se tapó los ojos con la mano, molesta por la claridad, mientras observaba a los operarios intentando desenterrar las aceras rociándolas de grandes paladas de sal.

Con dedos azulados, ateridos por el frío, Claudia se abotonó su abrigo negro cuando una ráfaga de viento helado le golpeó la cara. Buscó el encendedor en su bolsillo y se llevó un cigarro a sus labios temblorosos. Se trataba de la primera calada del día, pero sabía que su nerviosismo no le dejaría disfrutarla. Trató de no pensar en Olivia Simón o en cómo se había vuelto una especialista en aniquilar sus nervios, pelea tras pelea. Últimamente eran tantas y tan frecuentes que ni siquiera fumar un

cigarrillo conseguía relajarla del todo. Solo por librarse de Olivia se le pasó por la cabeza la idea de fingir un constipado e irse a casa, y ya estaba barajando los pros y contras cuando escuchó aquella voz amortiguada por una acolchada bufanda.

—¿Otra vez dándole al vicio?

La persona en cuestión apartó la mullida serpiente de lana que llevaba enroscada al cuello y le dedicó una radiante sonrisa.

—Buenos días para ti también, Montero —contestó Claudia con sarcasmo.

Alberto Montero, nieto de uno de los fundadores de García & Morán Ediciones, un muchacho tan prepotente como guapo. Era arrogante y algo más joven que ella, pero poseía el culo más redondo y la sonrisa más seductora de toda la editorial. O, al menos, eso era lo que decía la estúpida votación de Navidad que los empleados hacían todos los años para elegir a los más guapos de la compañía.

Claudia consideraba esta votación más propia de patio de colegio que de una editorial con una larga y respetable trayectoria, pero participaba solo por la satisfacción que le daba negarle un voto al engreído de Montero.

Como era de esperar, aquel año también era el favorito para ganar en todas las categorías, con el consecuente aumento de ego por parte del muchacho. Si uno de los efectos colaterales del engreimiento fuera la hinchazón, podrían haber encontrado una súper desarrollada cabeza de Alberto Montero, flotando en el techo de la editorial.

Claudia le miró con desdén, arrastrando sus ojos por la figura del muchacho, como siempre hacía cuando se encontraban y él se empeñaba en flirtear sin obtener ningún resultado. De todos modos, a Montero no pareciera importarle demasiado, porque ni un solo día había dejado de inspeccionarle el trasero cada vez que cruzaba el departamento de marketing, donde él trabajaba. El muchacho estaba seguro de que tarde o temprano ella caería rendida a sus pies y por eso cada dos viernes, dos, literalmente, se empeñaba en invitarla a cenar.

—La clave está en dosificar, para que luego no digas que soy insistente —argumentaba él con un descaro que arrancaba suspiros a todas, menos a ella.

Pero si algo había aprendido Claudia durante su dilatada carrera amorosa era a no dejarse deslumbrar por un buen trasero, un gran físico, la

sonrisa perfecta o una cuenta bancaria custodiada por los mejores asesores financieros del país.

Para mayor fastidio, aquel día era el segundo viernes de mes, así que su respuesta volvió a ser un rotundo y sincero no, seguido de una mueca de hastío que Montero correspondió con una sonrisa juguetona.

El muchacho se enroscó de nuevo la bufanda, le guiñó uno de sus ojos de largas pestañas y cruzó las puertas del vestíbulo. Claudia ni siquiera se molestó en despedirse. Dio, en cambio, la última calada a su cigarrillo antes de arrojarlo sobre la nieve. Tiró de la puerta de metal forjado y sintió una placentera oleada de aire caliente acariciándole la cara.

Hacía frío.

—¡Te digo que no está!

—¿Estás segura de que no la cambiaste de sitio?

—¡Claro que no! Te lo he dicho ya cuatro veces. Aquí mismo. ¡Estaba aquí mismo!

Claudia observó con cansancio la escena mientras colgaba su abrigo en el ruinoso perchero que tenían en su departamento y tuvo una incómoda sensación déjà vu. Era lo mismo de siempre: Olivia perdía los nervios y acababa culpando a los demás de sus propios descuidos. Al final las cosas acababan apareciendo, especialmente en aquella oficina de tamaño reducido en la que tenían que convivir tres personas, pero Olivia prefería hacer una escena en lugar de buscar con calma lo que ella misma había perdido.

—Olivia, ¿te das cuenta de que siempre te pones de los nervios y al final las cosas acaban apareciendo? —le dijo, antes de sentarse con desgana frente a su escritorio.

Claudia le dedicó una sonrisa de apoyo a Susana, que parecía estar pasando un mal trago con lo ocurrido.

En la editorial era ya un secreto a voces que Susana Ríos no tenía demasiadas luces, sino más bien al contrario. Se trataba de una empleada mediocre, lenta, descuidada y con un cociente intelectual impropio de alguien que ocupaba su puesto. Pero la muchacha era dulce y nunca había usado en su beneficio el hecho de que su padre fuera uno de los principales accionistas de la editorial. Posiblemente no se merecía la responsabilidad que le habían encomendado, pero eso no justificaba que Olivia la torturara con sus constantes quejas y mal humor.

A veces, cuando la miraba, Claudia no podía evitar preguntarse cómo una criatura de apariencia tal angelical como Olivia Simón, ojos verdes, piel salpicada en pecas y cabellos pelirrojos, podía llegar a ser tan histérica. Había pasado mucho tiempo y no lo recordaba con claridad, pero estaba casi segura de que ya era así de insufrible desde el parvulario, cuando Claudia la torturaba, ganándose las reprimendas de su madre.

—¿Pero es que no veis que el destino quiere que vuestras vidas estén conectadas? —solía decir la señora Martell, usando su flema más dramática—. Tenéis que aprender a convivir, bastantes quebraderos de cabeza nos habéis causado ya.

Después buscaba la mirada aprobatoria de la señora Simón, que casi siempre la apoyaba con enérgicos asentimientos.

El odio que se profesaban sus hijas era inversamente proporcional al cariño que se demostraban las madres. Estas chiquilladas, como las habían bautizado sus progenitoras, fueron, durante muchos años, un recurrente tema de preocupación para las dos mujeres.

Como era natural, ninguna comprendía que ellas pudieran ser mejores amigas, confidentes, y sus dos hijas enemigas acérrimas. Sobre todo dadas las circunstancias, pues a todas luces parecía que el destino estaba empeñado en hacer que las vidas de sus hijas transcurrieran de forma paralela.

Claudia Martell y Olivia Simón habían nacido el mismo día, en el mismo hospital, en habitaciones contiguas, separadas únicamente por los escasos metros que hay entre la alcoba trescientos once y la alcoba trescientos doce del Hospital Gregorio Marañón, pero atendidas por la misma comadrona y el mismo equipo médico.

Las pocas horas de diferencia entre los partos todavía eran motivo de chanza entre sus respectivas familias. También era famosa la historia de que sus madres se habían hecho amigas durante su estancia en el hospital, a base de pedirse disculpas en el pasillo del Gregorio Marañón por los llantos ensordecedores de las criaturas. Esa era la versión que les encantaba contar, aunque en realidad habían intimado años más tarde, tras coincidir en unas reuniones de mujeres aburridas con sus aburguesadas vidas, que se juntaban para matar su tiempo libre realizando actividades filantrópicas.

Pero a pesar de la cercanía entre ambas mujeres, nadie consiguió limar la enemistad que se profesaban las niñas. El mismo día en que las

presentaron, Claudia acabó robando el inmenso lazo azul celeste que sujetaba la pelirroja coleta de Olivia. Como represalia, Olivia sustrajo los tornillos de la bicicleta de Claudia, y el golpe fue tan sonado que todavía tenía una pequeña cicatriz en la frente como consecuencia de la caída.

Con el paso de los años, la situación no había mejorado, sino todo lo contrario, y en aquella fría mañana de invierno se podría decir que lo único que compartían era un cumpleaños que nunca tenían ganas de celebrar y una desmedida entrega a su trabajo en García & Morán, en donde el caprichoso destino las había vuelto a juntar.

—¿Quién te ha dado vela en este entierro? —protestó Olivia al ver que su archienemiga se inmiscuía en su discusión con Susana. Sus pupilas estaban contraídas con el enfado—. Porque creo que en ningún momento he pedido tu opinión. Además, ni siquiera sabes de qué estábamos hablando.

—Cierto, no es mi entierro —contestó Claudia, impasible. Estaba más que acostumbrada a los dardos envenenados de Olivia. Siempre iban dirigidos a ella aunque muy pocos hacían diana—, pero tus ataques de histeria nos afectan a todos. Me parece que eso es un cirio enorme que debemos aguantar.

Susana Ríos sonrió con disimulo, complacida con la respuesta y Olivia bufó con tanta fuerza que consiguió apartarse el flequillo de la cara.

—¡Por fin! —exclamó de repente. Se agachó para abrir el cajón de su escritorio y sacó una carpeta de color limón, trufada de documentos.

—¿Quizá algún autor la cambió de sitio para vengarse por su estrepitoso fracaso? —se burló Claudia al ver la carpeta que Olivia había estado buscando. Tenía los dedos entrelazados, y jugó a trazar círculos con sus pulgares para hacer todavía más dramática la escena—. O quizá una ráfaga despiadada de viento decidió ponerla ahí pensando que estaría mucho más segura en el cajón de tu mesa, ¿verdad, Susana?

Su compañera de trabajo no contestó. Prefirió bajar la cabeza para ocultar la sonrisa de complicidad que se le estaba dibujando en los labios. Sin embargo, el gesto no pasó desapercibido a Olivia, que sintió ganas de vengarse espetándole a Susana lo que todos pensaban, incluida su adorada Claudia: que era la peor editora de García & Morán, que editores como ella no servían ni para corregir aburridas novelas de segunda categoría. Pero aunque ganas no le faltaron, Olivia no era una persona rastrera y prefirió morderse la lengua.

De todos modos, Susana no era la culpable de su mal humor o de la frustración que sentía en ese momento. La pobre criatura ni siquiera tenía capacidad mental para hacer algo mal a sabiendas. No, la culpa, como siempre, la tenía Claudia.

Olivia la odiaba con toda su alma, y era extraño porque nunca había odiado a otra persona. El odio era un sentimiento completa y absolutamente reservado para ella, casi como un coto privado de caza.

¿Por qué no podía haberse quedado en Barcelona? Cuando aceptó el puesto que le ofrecieron en García & Morán, lo hizo siendo consciente de que Claudia llevaba ya un par de años trabajando para la editorial. Pero en aquel momento su archienemiga estaba al frente de las oficinas catalanas, por lo que apenas pisaba la sede central y, cuando lo hacía, ni siquiera se veían, ya que trabajaban en proyectos diferentes.

Olivia estaba tan convencida de que Claudia era tan feliz en Barcelona, la ciudad de donde provenía una rama de su familia, que su situación profesional no tenía por qué cambiar en mucho tiempo, y se sentía bien por ello, segura, relajada, como lo había estado durante su época universitaria, cuando por fin consiguió dar carpetazo a sus oscuros años de instituto y perder de vista la alargada sombra de Claudia Martell.

Pero un buen día todo cambió. En una decisión tan prematura como inesperada, los jefes llegaron a la conclusión de que el trabajo de Claudia era demasiado valioso para dejar que se desperdiciara en una delegación satélite. Así, sin previo aviso, ella apareció una mañana de marzo en la puerta de su despacho portando una pequeña maleta rosa, su sonrisa más encantadora, e impaciente por regresar a Madrid tras una dura experiencia profesional en la que había perdido varios kilos pero había ganado la confianza de sus superiores.

Olivia no podía creer su mala suerte. Sin embargo, hizo propósito de enmienda y se convenció a sí misma de que partir de cero era solo cuestión de proponérselo. A partir de ese momento olvidaría las peleas y malentendidos con ella, archivándolos en el fichero mental etiquetado con la “P” de “pasado”. Ahora eran adultas y debían comportarse como tal. Ahora tenían otras prioridades. Ahora habían madurado.

Ahora... no se soportaban. ¿A quién intentaba engañar?

Para ella Claudia siempre iba a ser la niña caprichosa e irracional que le hizo la vida imposible hasta su dieciocho cumpleaños. Hay cosas que no se pueden cambiar, y al parecer esa era una de ellas. Su odio estaba tan

arraigado a lo más profundo de sus entrañas que cada vez que la miraba podía ver al mismísimo demonio disfrazado de ángel, de sonrisa encantadora, mirada penetrante, piernas largas, faldas cortas y curvas imposibles. Porque Claudia Martell era tan guapa que conseguía despertar tantos suspiros entre la población masculina como protestas entre la femenina. Sin embargo, Olivia no se dejaba deslumbrar. Para ella no dejaba de ser una belleza mediterránea típica, de esas que se ven en los concursos de belleza; gran apariencia exterior, hueca por dentro. Además, toda su vida se había comportado como tal.

Si hacía caso a los cotilleos que circulaban durante su etapa adolescente, se constataba que recién cumplidos los dieciocho, Claudia se había acostado con todos los miembros del equipo de baloncesto de su instituto. Eran solamente rumores malintencionados, que formaban parte de la leyenda urbana del colegio en el que estudiaron ambas, pero a la pelirroja no le costaba demasiado imaginarlos como ciertos.

Ahora sus antiguos compañeros decían que Claudia ya no era la misma que en sus años locos, que desde su entrada en la editorial poco quedaba de la chica de ideas extravagantes e impulsos salvajes. Quizá pudiera engañar al resto, pensaba Olivia, pero no a ella. La conocía demasiado bien para saber que seguía siendo la chica popular, tan interesante como una hoja en blanco y tan profunda como una rueda de prensa de Paris Hilton. Ella todavía percibía los aires de grandeza que se daba. Podía olerlos, palparlos, casi los sentía en la punta de la nariz cuando Claudia estaba presente. Eran aires de haber estado editando "ya sabes, obras aburridas", le había dicho el mismo día que llegó de Barcelona. Cuando lo que de verdad quería decir era que había estado trabajando en obras importantes, no como ella, que seguía enfrascada en manuales de cocina y tonterías por el estilo, buscando una oportunidad para ganarse la confianza de sus jefes.

Le bastó con recordar todo esto para sentir una furia interior muy difícil de controlar. Sus dedos estaban tan crispados que le costó doblar meticulosamente su falda larga antes de tomar asiento en su silla. Necesitaba calmarse, volver a su propio ser, para no caer en el error de iniciar otra pelea más. ¿Cuántas iban esa semana? Había perdido la cuenta y estaba cansada. ¿Era mucho pedir un poco de paz antes de que llegaran las vacaciones de Navidad?

—¿Café?

Dirigió la mirada hacia la puerta y vio a su amigo Fernando, asomando la cabeza. Se había olvidado de que habían quedado para hacer un descanso y tomar un café juntos.

—Buenos días, chicas. —Saludó el muchacho a sus compañeras de trabajo.

Las dos estaban tan enfrascadas en sus tareas que lo saludaron con un *holafér* rápido, todo junto, sin levantar la vista de los documentos que estaban leyendo.

—Sí —replicó Olivia, que sintió un inmediato alivio ante la oportunidad de salir de aquel despacho y respirar un poco de aire fresco—. No me vendría mal uno.

Fernando no tardó ni cinco segundos en percibir el tono airado que había empleado su amiga para contestarle. El muchacho frunció el ceño, pero dirigió la mirada directamente hacia Claudia, tanta era su certeza de que su mal humor tenía algo que ver con ella. Siempre tenía algo que ver con ella.

—No dejes que se lo tome demasiado cargado, Fer —le advirtió Claudia, sin molestarse en separar la mirada de los documentos que estaba ojeando—. Hoy los ánimos están algo exaltados. Una subida de tensión podría ser letal.

Aunque Fernando reprimió una sonrisa, sus ojos brillaron con diversión. Lo último que deseaba era ofender a su amiga, pero Claudia siempre había sido de su agrado, y aunque entendía que el pasado podía ser una losa muy pesada, él siempre intentaba abrirle los ojos a Olivia. En su opinión, Claudia Martell no era solo una cara bonita, sino también una de las editoras más brillantes que había conocido. ¿Cómo podía estar su amiga tan ciega para no verlo?

Fernando quiso contestar con un comentario ingenioso, pero inmediatamente sintió la furiosa mano de Olivia tirando con fuerza de su manga para obligarle a salir del despacho.

—¡Demonios! ¿Tan grave es? —le preguntó él, ya en el pasillo, camino de la máquina del café—. ¿Qué ha ocurrido esta vez?

Olivia estaba fuera de sí. Caminaba muy deprisa y hacía aspavientos. Cuando llegaron al departamento de diseño su voz adquirió un tono tan alto y crispado que algunos empleados estiraron la cabeza para ver de dónde provenían los gritos.

—¡No la aguanto más!

—Vale, bien, eso ya lo sabíamos. Ahora cálmate y cuéntame qué ha pasado.

—¿Cómo quieres que me calme? Es estúpida, arrogante y está empeñada en amargarme la vida. Pero, ¿sabes qué? ¡No se lo voy a permitir! O me trasladan a mí o la trasladan a ella, pero yo ya estoy cansada de tener que aguantarla. Te juro que tengo al menos cien razones para odiarla.

—Pues ella es encantadora contigo...

—Ahí tienes la ciento uno.

Fernando sintió ganas de reír, pero con el paso del tiempo había aprendido dos cosas sobre la inquina de su amiga. La primera era relativizar los ataques de ira de Olivia cada vez que el tema de Claudia salía a colación. La segunda, y quizá la más importante, era un mandamiento que tanto él como Luis, el novio de Olivia, seguían a pies juntillas: no tomarás el nombre de Claudia Martell en vano. Las bromas o cualquier alivio cómico, por lo tanto, quedaban fuera de la ecuación en situaciones como esta.

Fernando metió un par de monedas en la máquina de café y le tendió una bolsa de plástico.

—Ten.

—¿Qué es?

—Luis me pidió que te la diera. Es una camiseta que me prestó la semana pasada.

Siempre que su trabajo se lo permitía, los chicos ocupaban las tardes de los sábados en jugar al fútbol. Decían que era para mantenerse en forma, aunque Olivia sabía perfectamente que pasaban más tiempo bebiendo cervezas que sudando la camiseta. De cualquier manera, ni ella ni Julia, la novia de Fernando, se quejaban. Librarse de los chicos por una tarde significaba más tiempo libre para ellas y lo agradecían infinitamente.

—Bien —contestó, tomando la bolsa—. ¿Pero la has escuchado? —insistió—. "No dejes que se lo tome muy cargado, Fer". "Hoy están los ánimos muy exaltados, Fer". ¡Ja! ¡Está coqueteando contigo!

El dedo índice de Olivia se quedó suspendido en el aire, apuntando acusatoriamente la nariz del muchacho. Armándose de paciencia, él tomó su mano con cariño, la bajó y le dijo: —Eso sí que tiene gracia. Ahora resulta que la editora más guapa de García & Morán no tiene nada mejor que hacer que coquetear conmigo.

Fue un comentario inocente, aunque se arrepintió tan pronto como salió de sus labios. Por suerte para él, la pelirroja decidió hacer oídos sordos esta vez. Estaba concentrada en soplar su humeante café y de todos modos, empezaba a creer que Fernando era un caso perdido. Si él no quería ver la realidad, se trataba de su problema, pero ella no se iba a dejar cegar por los aparentes encantos de su compañera de trabajo.

—Lo que pasa es que no te has fijado en cómo te mira —le explicó entonces—, pero yo sí lo he hecho, así que ándate con ojo. Un día de estos te descuidas y te acorrala en el ascensor, ya lo verás.

Fernando levantó una ceja y sin querer puso una sonrisa pícaro, como si la idea no le desagradara en absoluto.

—¡Fer! —protestó ella—. ¡Por favor!

—¿Qué? Debes admitir que no estaría mal un encuentro en el trabajo con las cámaras de seguridad como únicos testigos, ¿hum?

—Tienes novia.

—¿Y qué? Estar a dieta no es impedimento para mirar la carta.

Olivia le dio un codazo, pero sonrió con la broma. En el fondo, su amigo tenía razón. No estaría nada mal hacer algo así en el trabajo, pensó con picardía. Pero esto era algo que no le apetecía admitir ni delante de él ni delante de nadie, probablemente ni siquiera se lo diría mucho a sí misma, pensó mientras daba el primer sorbo a su café.

—Simón, a mi despacho.

Olivia se giró sobresaltada. Le pasaba lo mismo siempre que escuchaba aquella voz. La voz de su jefe era poderosa, tajante, no daba pie a réplicas y se puso en pie como movida por un resorte, igual que haría un soldado que acaba de ser llamado a filas.

La inesperada aparición de su jefe consiguió ponerla tan nerviosa que tuvo que concederse unos segundos para calmar los latidos de su corazón. Entonces se plisó la falda y salió detrás de las anchas espaldas de Arturo Morán, camino de su despacho. El descendiente del fundador de la editorial entró primero, pero ella prefirió quedarse en la puerta, esperando órdenes. Morán frunció sus pobladas cejas negras, extrañado, y le hizo un gesto para que entrara.

—Pase de una vez, Simón, no tenemos todo el día.

Las cortinas del ventanal del despacho no le habían permitido ver hasta ese momento que había otra persona esperando en el interior. Pero

cuando Olivia entró y vio quién estaba allí sentado, esperándolos, su cara adquirió una tonalidad todavía más pálida de lo normal. ¿Qué hacía ella allí? ¿Y por qué la estaba mirando así? Claudia le sonrió con diversión, como si estuviera disfrutando de su cara de sorpresa.

—Tome asiento —le ordenó Morán.

Todavía desconcertada por lo extraño de la situación, Olivia ocupó la silla que le indicó su jefe.

—Presten atención, esto es importante. —La voz autoritaria del señor Morán pareció retumbar contra aquellas paredes pintadas de un inquietante blanco quirófano. El poderoso editor hizo una floritura con la mano y acto seguido un proyector fijado al techo escupió varias imágenes sobre una gigantesca pantalla—. Este es Jorge Domenech —afirmó, dando por sentado que ambas estaban familiarizadas con el retrato que apareció en la pantalla—, un tipo sumamente caprichoso y uno de los autores más escurridizos con los que hemos trabajado en esta editorial. Premio Nacional de Literatura en 2009. Ha publicado algunas de las novelas de mayor renombre del país, aunque hace años que no escribe una triste línea y vive plácidamente en una pequeña localidad de la costa escocesa. Se rumorea que acaba de terminar una nueva novela y que todavía no ha cerrado ningún acuerdo editorial.

Las dos mujeres escucharon con total atención. Olivia cazó a Claudia mirándola una o dos veces de reojo, pero no apartó los ojos de la pantalla. Por el tono de voz de su jefe, sabía que se trataba de un asunto muy importante.

—Como seguramente sabrán —continuó diciendo Morán—, en los últimos cuatro años hemos sido incapaces de colocar una sola novela en la lista de las cien más vendidas. Esto nos ha puesto en una situación muy delicada. Hablando en cristiano: estamos en un verdadero aprieto financiero.

Olivia tragó con dificultad al escuchar estas palabras. ¿Y si las había reunido allí para despedirlas? La crisis seguía azotando con fuerza el continente europeo. Ahora no se podía permitir el lujo de perder su trabajo. La ansiedad por descubrir el motivo de aquella reunión empezó a crecer en su interior, aunque prefirió dejar que Morán siguiera hablando: —Nuestra editorial amiga en Escocia nos ha informado de que Domenech ha rechazado todas las propuestas que ha recibido hasta ahora. Parece no tener prisa por publicar su nueva obra, aunque estoy convencido de que acabará

cediendo a las insistencias de su agente. Ese cabrón tiene tantas deudas que no parará hasta que consiga ordeñarle el último centavo. Domenech es un perro viejo, un autor extraño, ¿comprenden? Pero, como todos los autores, tiene un talón de Aquiles y el suyo son las mujeres guapas. Presten atención porque aquí es donde ustedes dos entran en acción. *Tendrán* que vigilarle. Quiero una vigilancia día y noche, a todas horas, sin descanso. *Vuelvan* aquí cuando se sepan hasta la talla de su zapato y hayan usado toda esa información para hacerle firmar con nosotros. Me da igual cómo lo hagan, pero no quiero que regresen a Madrid hasta que ese cabrón haya firmado. El futuro de esta editorial depende de ustedes. ¿Ha quedado claro?

—¿Tendrán? —preguntó Olivia con la cara desencajada.

—¿Vuelvan? —repitió Claudia, no menos horrorizada que su compañera.

Arturo Morán las miró de hito en hito, como si no comprendiera qué parte de su mensaje no había quedado claro.

—¿Tienen algún problema con el uso del plural? —preguntó, con tono de pocos amigos—. Ya me han oído, ¿a qué están esperando? Parten para Escocia mañana por la mañana.

—Pero... señor... nosotras —tartamudeó levemente Olivia, impresionada por la noticia. No quería oponerse directamente a las órdenes de su jefe, pero aquello era demasiado injusto para quedarse callada.

—Señorita Simón —se adelantó el editor—, si piensa que no estoy familiarizado con lo que ocurre bajo el techo de mi editorial, está usted muy equivocada. Soy perfectamente consciente de los juegos de jardín de infancia que ustedes dos se traen entre manos, y debo decir que me importan un verdadero carajo. A partir de ahora, serán un equipo y trabajarán como tal. No habrá malas caras. No habrá protestas ni reclamaciones. No quiero escuchar una sola queja el tiempo que dure esta misión. Deberán aprender a trabajar juntas si quieren seguir trabajando para esta editorial. ¿Ha quedado suficientemente claro?

Las dos muchachas se miraron desconcertadas.

—Cristalino, señor —dijo Claudia.

—Bien. Encontrarán un informe detallado sobre Domenech en sus escritorios. Estúdienlo con atención antes de partir. Pueden retirarse.

Capítulo 2

TIRA Y NO AFLOJES

No era un buen momento para quejarse. La situación no estaba para ponerse exquisita y Olivia lo sabía mejor que nadie. Había leído las últimas actas, prácticamente las había estudiado, y los números no encajaban. Las ventas caían en picado año tras año ante la ausencia de interés de los lectores por las novedades que salían al mercado.

Estaban perdiendo músculo editorial, a los buenos autores ya no les interesaba trabajar con García & Morán, y la falta de liquidez había provocado que la empresa perdiese contacto con algunas de las librerías clave del país. Hacía meses que no se pagaban las cuotas que los grandes almacenes pedían por colocar las obras en los estantes más destacados, sobre todo los que conducían a las cajas registradoras o a las estanterías en las que figuraban los más vendidos. Eso significaba que los libros de García & Morán se habían vuelto invisibles, ya que ahora sus novelas se relegaban a las zonas menos frecuentadas de los puntos de venta. Incluso en la librería de su barrio se había encontrado con obras editadas por ella que estaban cubiertas de polvo, señal de que nadie las había tocado en meses. Si nadie las tocaba, ¿cómo iban a venderse?

Por si todo esto fuera poco, varios de sus mejores agentes literarios se habían marchado, seducidos por los generosos contratos que la competencia les ponía sobre la mesa. Así que al departamento de recursos humanos no le había quedado más remedio que contratar a pipiolos recién salidos de la universidad o de los másteres especializados. Todos ellos no eran sino mano de obra barata con mayor o menor talento, a cuyas espaldas recaía la titánica responsabilidad de modernizar una editorial milenaria, con la misma esperanza de vida de un dinosaurio a finales del Cretácico y la rapidez de reacción de un caracol.

A menudo Olivia se quejaba de que la preparación que habían recibido había sido mínima, poco más que un curso acelerado de quince días cuyo contenido más útil eran consejos para lidiar con autores famosos. Autores famosos que, por cierto, ya no tenían. Los habían perdido a todos.

Para alguien como ella, esta exangüe preparación había sido casi suficiente, pero no del todo, porque todavía se sentía una novata en el

desempeño de su trabajo. Llevaba poco tiempo en la empresa y aunque había leído libros y manuales por su cuenta, nada podía compararse a la seguridad y experiencia que solo se adquiere con el paso de los años.

Olivia estaba acostumbrada a destacar, ese era el verdadero problema. Lo único que nunca se le había dado bien eran los deportes, a los cuales tampoco prestaba demasiada atención, pues, francamente, consideraba primitiva la coordinación mano-ojo-pies y poco útil en el devenir de los días. La estimulación intelectual, en cambio, la motivaba de veras, y acostumbrada como estaba a destacar en este terreno, le resultaba muy frustrante sentirse en desventaja respecto a algunos de sus compañeros más veteranos.

Por si toda esta presión fuera poca, aquella era su primera misión comercial. Hasta el momento se había dedicado a ser asistente de editor. Hacía correcciones esporádicas, de vez en cuando emitía alguna opinión de dudoso calado y, si se le preguntaba, daba su punto de vista al departamento gráfico para el diseño de una portada. Pero Olivia todavía no había conseguido el puesto de responsabilidad que tanto deseaba, el cargo de editora senior que ocupaba Claudia Martell. Así que si renunciaba ahora o ponía pegos, perdería una oportunidad única. Una oportunidad que a lo mejor no volvería a presentarse. Justo al contrario que Claudia. *Ella no lo necesita*, pensó.

Claudia había tenido ocasión de meterse a sus superiores en el bolsillo desempeñando una difícil misión en la sede de Barcelona. Se trataba de una pequeña delegación, tocada de muerte, por la que nadie apostaba un duro, pues casi desde sus comienzos sus cuentas figuraban en números rojos. Con la crisis azotando el corazón de la editorial, muchos tenían claro que Barcelona cerraría.

A Martell la habían enviado allí meses antes para estimular el rendimiento de los trabajadores. Su labor consistía en sobrevivir o morir. Si sus esfuerzos no daban sus frutos y las ventas seguían descendiendo, la sede se cerraría, y su empleo quedaría en entredicho.

Y tal vez fue debido a un golpe de suerte o a un olfato de negocio que a Olivia le costaba creer que tuviera, pero a los pocos meses de estar allí, la sede de Barcelona se hizo con los derechos de una de las obras de consulta más importantes de la historia catalana, un superventas gracias a que lo habían incluido en el listado de obras obligatorias en los institutos de la comunidad. La editorial se llevaba pingües beneficios de esta publicación,

que servían como escudo defensor de la delegación catalana.

Por lo tanto, si alguien tenía que haberse quejado de aquel extraño emparejamiento era Claudia, no ella. Pero la maldita tan sólo había rezongado un segundo y luego se había callado como una perra.

Como una perra, pensó, y el insulto emitido en silencio la alivió momentáneamente. Esbozó una sonrisa amarga antes de girar la llave con enfado para abrir la puerta.

—¡Hola! —la voz de Luis llegó desde el fondo de la casa.

Por la hora que era, debía de haber llegado unos minutos antes. Olivia vio su cabeza asomándose por una de las puertas.

—¿Qué tal tu día? —le preguntó tras depositar un beso en su frente—. El mío ha sido una mierda. Esos malditos proveedores... ¡Se las saben todas, los cabrones!

Olivia no contestó enseguida, quería disfrutar del efímero momento de paz que le reportaba llegar por fin a casa y recibir un cálido beso de su novio. Luego tiró su bolso en el suelo y se dejó caer sobre el sofá del salón, derrumbada. Se fijó en que Luis tenía un profundo corte en la mejilla derecha, la sangre reseca todavía teñía la parte más superficial de la herida.

—¿Han sido ellos? —bromeó, señalándola con el dedo.

El muchacho se llevó la mano a la herida y sonrió.

—¿Quiénes? ¿Los proveedores? No, no —negó, tomando asiento a su lado—. Es que esta mañana me he quedado dormido. Me he afeitado tan deprisa que casi me arranco la mejilla.

Olivia hizo una mueca muy parecida a una sonrisa. Su novio era tan descuidado a veces que todavía le resultaba increíble que le hubieran asignado aquel trabajo de comercial de una empresa textil. No estaba mal para un novato que apenas llevaba dos años en la industria, se trataba de un trabajo estresante pero bien pagado, cuyo mayor inconveniente era que Luis tenía que pasar parte de la semana fuera de casa. Por suerte, no era nada que no quedara solucionado con un corto viaje en coche los viernes por la tarde y otro de vuelta los lunes, temprano por la mañana.

—¿Y bien? ¿A qué viene esa cara tan larga? —le preguntó mientras daba un mordisco voraz a un mendrugo de pan que había afanado en la cocina.

—Me han dado una misión, en Escocia.

—¡Pero efo ef fantástico! —Luis se levantó con excitación. Tenía la boca llena y expulsaba miguitas de pan al hablar. Su entusiasmo era

normal, habida cuenta de que Olivia llevaba meses quejándose de que no le asignaran tareas de mayor responsabilidad.

—Con Claudia Martell.

—Oh. —Luis se dejó caer de nuevo en el sofá, lentamente, con cara de circunstancias—. Pero no tiene por qué ser tan malo —le dijo entonces, tras tragar con dificultad—, seguramente serán un par de semanas, podrás volver los fines de semana como hago yo y luego...

—No se trata de la firma de un acuerdo, ese es el problema —le interrumpió ella—. Tenemos que vigilar al autor las veinticuatro horas. El mismísimo Arturo Morán nos ha ordenado que no regresemos hasta que sepamos la talla de su zapato. Literalmente. Si no conseguimos que firme, mi empleo corre peligro. No creo que pueda venir ni el día de Navidad.

Los ojos de Olivia se posaron con tristeza sobre la alfombra. Sentía tanta rabia que no reparó en las pelotitas de polvo que se estaban formando en las esquinas, y eso era preocupante, porque ella era una entusiasta de la limpieza y el orden, los cuales, por cierto, traían sin cuidado a su querido novio.

Cuando las lágrimas comenzaron a ser perfectamente visibles en las esquinas de sus ojos, Luis la rodeó con su brazo y tiró de ella hasta que su cabeza quedó apoyada en su pecho.

—Vamos, ánimo —le dijo, sacudiéndola con suavidad primero, acariciando su melena cobriza después—. Sé que Claudia no es tu persona favorita, pero seguro que luego no es para tanto—. Trató de ser positivo, pero sus palabras sonaban huecas, carentes de energía, como si ni siquiera él tuviera demasiada fe en ellas—. ¿Cuándo os marcháis?

—Mañana.

Luis esbozó un gesto de preocupación que Olivia no fue capaz de ver, apoyada como estaba contra su pecho. Pero su desasosiego duró apenas unos segundos, ya que pronto quedó reemplazado por una sonrisa pícaro. Y es que iba a ser muy interesante ver a su novia peleándose todo el día con la persona que más odiaba del mundo. En ese momento tuvo tentaciones de preguntarle si ya se lo había contado a Fernando, pues se moría de ganas por intercambiar impresiones con su amigo. Pero finalmente se limitó a callar y sonreír, aliviado de que Olivia no pudiera ver su cara en ese momento.

Claudia cruzó el umbral de la puerta de su casa y se topó de bruces

con su rutina. El vestíbulo era pequeño, funcional, y se encontraba sumido en la más profunda oscuridad. Palpó la pared de la izquierda para dar con el interruptor de la luz, y mientras lo hacía advirtió aquel desagradable olor a cerrado y a nicotina reconcentrada. Otra vez había olvidado abrir las ventanas para airear la casa.

Eso le hizo coquetear con la idea de dejarlas abiertas toda la noche, en pleno invierno, con la esperanza de coger un catarro monumental que le impidiera emprender aquel viaje con Olivia Simón. Pero desechó rápidamente la idea. Conociendo a Morán, no iba a funcionar. Seguramente pondría el grito en el cielo; luego la atiborraría a paracetamol y finalmente le enviaría una bolsa de agua caliente para evitar sentirse culpable de haberle obligado a ir. Pero acabaría yendo, y de propina se llevaría el catarro y el malestar general. Así que era preferible dejar las cosas tal cual y abrir la ventana tan solo un rato, el suficiente para deshacerse de aquel olor a taberna.

Escuchó el maullido de un gato y los ruidos de unas sigilosas pezuñas caminando en dirección hacia ella. El animal ronroneó en señal de bienvenida mientras se restregaba contra su pierna.

—¿Tienes hambre? Sí, te entiendo, yo también.

Se agachó para recogerlo y le acarició el suave pelaje negro mientras se dirigía a la cocina en busca de una lata de alimento para gatos. En ese momento sonó el teléfono. A aquellas horas del día solo la llamaban a casa dos personas: o bien se trataba de Berta, que solía llamar a horas intempestivas, o de su madre, que la tendría colgada al teléfono al menos durante media hora, con el estómago rugiendo. Tenía demasiada hambre para aguantar tanto tiempo, así que echó un vistazo a la pantalla del aparato y comprobó que se trataba de Berta.

—Tengo mucha hambre, habla rápido o te cuelgo —dijo, nada más descolgar el teléfono.

—Hola para ti también, extraña. Mi día bien, gracias.

Claudia suspiró con cansancio. Por un momento se había olvidado de lo mucho que le reconfortaba escuchar la voz de su mejor amiga cuando estaba estresada. Se dejó caer sobre la butaca que tenía al lado y encendió la lámpara que normalmente utilizaba para leer.

—Perdona, es que he tenido un día horrible. No me hagas mucho caso.

—Veamos, es viernes. —Berta hizo una pausa al otro lado del hilo telefónico, estaba pensando—. ¿Otra pelea con Montero?

—Ojalá —afirmó con cansancio—. Montero es lo mejor que me ha pasado hoy, te lo aseguro. Me voy mañana a una misión comercial.

—¿Y esas son las malas noticias? Nena, ¿qué vas a hacer cuando te suban el sueldo? ¿Cortarte las venas?

—Con Olivia Simón. Tengo que viajar con ella.

Por un momento el silencio fue tan intenso que Claudia pensó que su amiga había colgado.

—Berta, ¿sigues ahí?

—Sí, estoy aquí —contestó por fin, con la respiración agitada—. He cogido el abrigo. En cinco minutos estoy en tu casa. Prepárate: nos vamos de copas.

—Berta no...

Pero ya era demasiado tarde. Ahora sí que había colgado.

—Esperaremos un rato más, si acaso.

Olivia miró de nuevo su reloj de pulsera e interpretó como un mal presagio que el primer día de misión juntas Claudia llegara tarde. Había pasado los últimos diez minutos tratando de entretener a Vicky, la secretaria del departamento, y lo había hecho con una de esas conversaciones vacías que tan nerviosa la ponían. Que si el tiempo estaba muy malo, que mañana hará bueno aunque puede que nieve un poco más y se dice que este año no tendremos verano. Le agotaba el simple hecho de escucharse a sí misma diciendo tanta tontería.

—Será mejor que dejemos los bañadores enmoheciéndose en el desván —bromeó Vicky. Y ella le había reído la gracia, no le quedó más remedio, pero diez minutos más tarde, la gracia no parecía ya tan graciosa y las dos mujeres se habían quedado sin tema de conversación.

La secretaria estaba hojeando una de las estúpidas revistas de cotilleos que tanto odiaba, mientras ella no dejaba de preguntarse a qué se debía el retraso de Claudia. Vicky parecía tranquila; no había mencionado el retraso y tampoco parecía molesta con la espera. Pero a ella sí le incomodaba. De hecho, le fastidiaba tanto que pronto empezó a merodear con nerviosismo de un lado para otro, con tal determinación que cualquiera hubiera dicho que estaba testando la resistencia de las baldosas del suelo mientras escuchaba el tic-tac del reloj que pendía de la pared. De vez en cuando, la secretaria levantaba los ojos de la revista disimuladamente, como sorprendida por su alteración, pero no decía nada. Se limitaba a pasar las

páginas sin inmutarse, poniéndola todavía más nerviosa.

Ya llevaba más de quince minutos de retraso.

—No hay prisa, Olivia —le dijo por fin Vicky—. Es sábado por la mañana y a veces estas cosas llevan su tiempo. Clau lo sabe de sobra.

Ella no contestó. Se limitó a dedicarle una sonrisa forzada, inestable en las comisuras de sus labios. Cuando el reloj de pared le indicó que había alcanzado los veintitrés minutos de retraso, Claudia entró súbitamente en la habitación.

—¡Por el amor de dios, ya era hora!

Claudia tenía demasiada jaqueca para contestar de inmediato. La noche anterior se les había ido de las manos, como ocurría siempre que Berta intentaba consolarla por algo y la velada acababa convirtiéndose en una carrera de cubatas acompañada de los lloriqueos de su amiga.

—¿Por qué nadie me quiere a mí, eh? Se van conmigo a la cama, pero se casan con otras —protestaba Berta.

—Claro que te quieren, no digas tonterías. Tan solo estás atravesando una mala racha.

—¡Una mala racha de dos años!

—Igualmente, mala racha.

En esto derivaban, más o menos, todas sus conversaciones étlicas desde que el mundo era mundo y desde que Berta había cortado con su último y casi único novio. Los rollos de una noche no contaban para ella.

El ritual era siempre el siguiente: una de las dos tenía un problema, la otra se empeñaba en regarlo con alcohol y acababan hablando de las desdichas sentimentales de Berta. Daba igual lo grave que fuera el problema inicial. Claudia estaba casi segura de que el día en que se murieran sus padres, se emborracharían y acabarían hablando de los novios de Berta, de los no-esposos de Berta.

Era su amiga y la quería, pero a veces le entraban ganas de pedirle a la providencia que estuviera emparejada para cuando llegara este momento. De lo contrario, tendría que matarla. Y costear tres entierros simultáneos crearía un agujero importante en su cuenta bancaria.

Claudia inspeccionó a Olivia con los ojos entrecerrados y le dedicó una cansada sonrisa.

—Buenos días, Simón. Me alegra ver que esta noche has descansado lo suficiente para ladrarme de buena mañana —le contestó con sorna. Se quitó el abrigo, lo colgó en el perchero y tomó asiento al lado de la

secretaria—. Perdona el retraso, Vicky, anoche no pude dormir demasiado.

Olivia la miró fascinada. Aquello era imperdonable. Ella había tenido insomnio miles de veces y nunca había llegado tarde a una cita importante.

—¿Estuviste en el Dublín? —preguntó la secretaria—. ¿Qué tomaste? El cubata de ron me sienta como una patada en el estómago.

Este fue el peor comentario que Vicky podría haber hecho. El Dublín era el bar que había enfrente de la casa de Claudia, que tenía un piso alquilado muy cerca de la editorial. Olivia se había pasado por allí apenas un par de veces, pero sabía que muchos de sus compañeros de trabajo tenían por costumbre ir después del trabajo, lo cual no era excusa para haber salido de copas la noche antes de una misión tan importante. Y ahora incluso la secretaria se lo tomaba a guasa.

Estaba tan enfadada que posó firmemente las manos sobre la mesa, provocando un ruido seco que sobresaltó a las dos mujeres. Después se inclinó ligeramente hacia ellas con cara de pocos amigos.

—Estoy convencida de que el mundo del Dublín y sus diferentes bebidas alcohólicas es apasionante, pero si no os importa me gustaría empezar ya. Algunas llevamos horas despiertas y hemos estado esperando casi media hora.

Las dos mujeres intercambiaron una mirada de complicidad. Claudia hizo un gesto con la cabeza que invitaba a la secretaria a no darle mayor importancia al desagradable comportamiento de la pelirroja. Así que Vicky se levantó, les entregó unas inmensas bolsas de plástico y comenzó a hablar.

—De acuerdo, vayamos al grano —dijo—. Esta es una versión extendida del material que os dejamos ayer sobre vuestras mesas. Cada bolsa contiene una edición de bolsillo con las obras de Domenech publicadas hasta el momento, una recopilación de las entrevistas que ha concedido a diferentes medios de comunicación y una pequeña lista de detalles personales que os podrían ser útiles. Por desgracia, apenas sabemos nada sobre él, pero es mejor que no saber nada. Deberíais estudiar lo poco que hay. Será vuestra única arma cuando os acerquéis a él en Escocia.

Las dos muchachas asintieron con severidad.

—También he incluido vuestros billetes de avión —siguió explicándoles la secretaria—. En el aeropuerto os recogerá un chófer que tiene órdenes de llevaros hasta la sede de Lovell & Hayes en Edimburgo.

Allí os está esperando Tim. Chapurrea un poco de español, porque estuvo unos años veraneando en España. Él os dará las indicaciones pertinentes para llegar hasta Durness.

—¿Durness? —preguntó Olivia, frunciendo el ceño.

—Es donde vive Domenech, ¿verdad? —Claudia buscó con la mirada la confirmación de la secretaria.

—Así es. Está todo en las indicaciones que se os dieron anoche.

Touché.

Acababa de hacer el ridículo delante de la secretaria, y a Olivia le pareció que Claudia había ganado el primer asalto. Era tal su desconcierto que abrió la carpeta en busca del nombre de la ciudad. El día anterior había leído al menos tres veces el contenido de aquellos papeles, pero no había visto nada acerca de Durness. Y, sin embargo, allí estaba. Era perfectamente visible. Estaba escrito en letras rojas, justo en el encabezado de la primera hoja, donde se especificaba la dirección del escritor.

Buen trabajo, Olivia.

—Bien, creo que eso es todo —dijo Vicky, dando su tarea por finalizada—. ¿Alguna duda?

¿Sólo "alguna"? ¡Ella tenía cientos de preguntas! Pero se las tragó todas porque había metido la pata una vez y tenía miedo de volver a hacerlo.

—No, ninguna —contestó Claudia.

—Buena suerte entonces, chicas. ¡Fichad a ese bastardo! —bromeó la secretaria antes de guiñarles un ojo y salir por donde había entrado media hora antes.

Olivia comenzó a recoger sus cosas en silencio bajo la mirada atenta de Claudia, que ya estaba preparada para partir. Se fijó en que llevaba de nuevo la minúscula maletita rosa que le había visto tras su regreso de Barcelona. Ella, en cambio, parecía un soldado con aquella inmensa maleta tamaño familiar. Se imaginó con pesar que la propia Claudia habría cabido en ella. Pero no era su culpa no haber encontrado una más pequeña en toda la casa. ¡El maldito Luis las había roto todas!

A Claudia le divirtió ver que Olivia se desequilibrara al tratar de bajar aquel maletón por el pequeño escalón que había a la entrada de su oficina. Estaba roja, congestionada por el esfuerzo, y parecía tan patosa que podría haberla considerado un ser adorable de no ser porque se trataba de ella. Aun así se acercó y tiró de la maleta hasta que consiguieron sacarla entre

las dos al pasillo.

—¿Lista? —le preguntó, arqueando las cejas.

Olivia la miró sorprendida, no solo por la ayuda que le acababa de prestar, sino también por la pregunta. ¿Estaba lista? No, en absoluto, pero iba a ocurrir, tanto si lo quería como si no, y algo en los ojos de Claudia consiguió transmitirle un poco de paz. Iba a darle las gracias por haberla ayudado, pero la interrumpió la voz de Fernando.

—Menos mal que estás aquí, tenía miedo de que ya te hubieras ido.

—¡Fer! ¿Qué milagro verte por aquí? Es sábado.

—Nada, necesitaba acabar un papeleo que tenía que estar listo cuanto antes y, de paso, he venido a despedirme. Me alegro de que todavía no os hayáis ido —dijo el muchacho.

—Es que tuvimos un ligero retraso —contestó Olivia, arrastrando las palabras al tiempo que miraba con intención a su compañera.

Claudia comprendió la indirecta: la tregua se había acabado y se dio cuenta de que sobraba. Así que se disculpó, dijo que esperaría fuera y desapareció camino de los ascensores.

—Espero que no te metas en líos —le dijo Fernando, cuando se quedaron a solas—. Y si te metes en líos, me llamas.

—¿Cuándo no he tenido cuidado?

—Nunca, pero prométemelo igualmente.

—Tranquilo, estaré bien —dijo. Y por un momento, al posar su mirada en la espalda de Claudia, supo que sí, que, a pesar de todo, iba a estar bien.

—Y si no, siempre puedo matarla.

—¡Oli!

—Lo sé, lo sé...

Capítulo 3

LA TEORÍA DE LA PECA

En comparación con las oficinas que García & Morán tenía en Madrid, la delegación escocesa de Lovell & Hayes, la editorial amiga que publicaba sus obras en Gran Bretaña, era un sitio muy tranquilo, el destino indicado para el viejo Timothy, un editor demasiado activo para retirarse y demasiado vago para seguir el ritmo del cada vez más agresivo mercado

editorial.

Todo lo que Timothy conocía de internet era el iconito del Outlook Express que había en el escritorio de su ordenador. Sabía dónde pulsar para que el programa se abriera y que las teclas de Enviar y Recibir servían, básicamente, para mantener el contacto con la central. Pero no se le podía pedir mucho más. A sus setenta y tres años ese era todo su conocimiento de las nuevas tecnologías.

En una ocasión, un listillo de la central de Londres había tratado de enzarzarse en una discusión con él sobre libros electrónicos y su importancia en el futuro del mercado editorial. Pero Timothy, que no tenía ni idea de lo que eran los libros electrónicos, había zanjado el tema diciendo que no era su especialidad, aunque en su humilde opinión dudaba de que el futuro de las editoriales estuviera en publicar libros de una materia tan aburrida como la electrónica.

Timothy tenía suerte de que la familia Lovell, principal accionista de Lovell & Hayes, le tuviera un cariño especial. Y es que el experimentado editor era el empleado en activo más antiguo de la editorial. No por nada había sido contratado a la edad trece años para redactar con plumilla y una letra angulosa, casi gótica, las cartas de agradecimiento que se enviaban a los lectores que habían intentado contactar con los autores.

Pero los tiempos habían cambiado. Ahora los agradecimientos se escribían por e-mail siempre que era posible. Y si no lo era, se imprimía una plantilla redactada en el ordenador, aparato con el cual nunca había hecho buenas migas el viejo Timothy.

Como estaba demasiado oxidado para tener responsabilidades de verdad, el encargado del departamento de recursos humanos le había puesto al frente de la delegación de Edimburgo, donde podía beber cerveza a granel con otros colegas del gremio, atender de vez en cuando la llegada de algún novato enviado desde la central y, básicamente, darse a la buena vida de editor destinado en un puesto tranquilo. En Escocia lo único estresante que podía ocurrir era una firma de libros. Y eso sucedía de manera muy esporádica.

En ese momento estaba entregado en cuerpo y alma a su hipercalórico desayuno: un café con aguardiente acompañado de unos grasientos huevos escalfados con beicon, que encargaba todas las mañanas en la cafetería de enfrente. Su oronda barriga colgaba hasta su regazo y los tirantes que sujetaban su pantalón se ponían más tensos con cada bocado que daba.

Colocada sobre un aparador había una vieja radio que escupía las notas del único éxito de The Bobbetts, un grupo de la década de los cincuenta. Timothy estaba hojeando el periódico con los dedos manchados de grasa de beicon cuando escuchó aquel estruendo que le hizo ponerse en guardia. Sonaba como una manada de ciervos subiendo unas escaleras.

Sus ojos azules se abrieron de par en par cuando las bisagras de la puerta de entrada cedieron y dos muchachas salieron disparadas sobre la mesa, llevándose por delante el café y los huevos escalfados.

El viejo editor permaneció sentado un minuto, perplejo. En todos los años que había trabajado para aquella editorial había visto muchas cosas, algunas de ellas verdaderamente desagradables, pero jamás había visto a dos chicas retándose a una carrera para ver quién llegaba primero.

Por suerte para todos, las muchachas parecían encontrarse bien. Un poco doloridas por el impacto, pero con energía suficiente para echar la culpa una a la otra.

—¡Mira lo que has hecho!

—¿Yo? ¡No fui yo la que tuvo la brillante idea de echar una carrera!

—¡Lo dije de broma!

—¡Pues no parecía una broma cuando empezaste a correr!

—¡Señoritas, por favor, cálmense! —El bigotito nevado de Timothy osciló con enfado sobre su labio superior. Se levantó con pesadez y se acercó a las muchachas para comprobar que no tenían contusiones de gravedad. De lo contrario, tendría que llamar a un médico y no era buen amigo de los matasanos.

Al ver que se encontraban en perfecto estado, meneó la cabeza con desconcierto y siguió hablando:

—Si se dedican a las carreras es normal que acaben estrellándose.

Olivia y Claudia no contestaron. Se sintieron demasiado avergonzadas al darse cuenta de que alguien había presenciado su carrera y el golpe en el que desembocó. Claudia aprovechó el silencio para sacarse un trozo de beicon que se había quedado pegado a la pechera de su chaqueta.

—Ustedes deben de ser Martell y Simón —dijo Timothy en un español perfecto, aunque cargado de acento, tendiéndoles la mano afablemente para romper el hielo—. La verdad, no acostumbro a que mis huevos terminen por los suelos...

Claudia contuvo una carcajada. Luego lo que tuvo que contener fue un quejido de dolor cuando Olivia le propinó un pisotón.

—Debe disculpar nuestra entrada —se apresuró a decir Olivia—. Normalmente no nos comportamos como chiquillas.

—Y lamentamos también lo de sus huevos —añadió Claudia con una sonrisa.

—Y lo de la puerta.

Timothy se mesó el bigote. Sus ojos azules brillaron con diversión al contemplarlas. Parecían dos buenas muchachas y claramente había una energía extraña entre ellas.

—No os disculpéis por el desayuno —dijo finalmente—. ¡Pero debéis disculparos por tratarme de usted! Soy viejo, pero no un anciano.

El editor se dirigió pesadamente hacia su escritorio, aunque a medio camino no pudo evitar mirar de soslayo su malogrado desayuno, desparramado por el suelo. Sus tripas protestaron con tal intensidad en el interior de su inmensa barriga que llegó a plantearse si habría alguna forma de comerse los huevos. Suponía que no era lo más recomendable, dada la cantidad de polvo que había en aquella oficina.

El cajón del escritorio renqueó quejumbrosamente al abrirse y de él sacó lo que parecía un trozo de periódico arrugado.

—Bueno, aquí tenéis: las señas de vuestro palacio —bromeó con ganas, antes de tendérselo a Claudia, para fastidio de Olivia—. No esperéis nada del otro mundo, jovencitas: el presupuesto era muy ajustado. De todos modos, creo que allí os encontraréis muy a gusto. Se trata de una agradable posadita en la plaza central de Durness. La familia es amiga mía y os tratarán a cuerpo de rey. Si tenéis cualquier problema, podéis acudir a ellos. El viejo Winehouse es la persona indicada para guiaros por la zona. Para cualquier otra cosa, este es mi número de teléfono —les entregó su tarjeta de visita—. No se tarda mucho en llegar y estoy disponible las veinticuatro horas del día. ¿Habéis comprendido?

Tim sabía por experiencia que las nuevas generaciones de editores eran muy dadas a la dispersión, así que esperó a que las chicas asintieran para seguir hablando. Quería asegurarse de que le estaban prestando atención.

—Para llegar hasta allí tan solo tenéis que coger el tren de las diecisiete horas en la Estación de Waverley. Estos son vuestros billetes. El centro de Durness es tan pequeño que me sorprendería que no os dierais de bruces con la posada de Little Winehouse, aunque apostarí a un brazo a que algún miembro de la familia se presentará en la estación para ayudaros con

las maletas. Bien, creo que eso es todo. ¿Alguna pregunta?

De nuevo Olivia tuvo miles de preguntas pujando por salir de sus labios y una vez más, no dijo nada. Se limitó a mirar a su compañera con impaciencia, como si esperara que ella compartiera las mismas dudas y las formulara en voz alta. Para su descontento, los labios de Claudia solo se movieron para dedicarle una sonrisa al viejo editor y darle las gracias. Nada de preguntas.

—¿Es que tú nunca tienes dudas? —le recriminó Olivia tan pronto salieron de la oficina y empezaron a bajar las escaleras, camino de la calle. Los humedecidos tablones de madera crujían bajo sus pies a cada paso que daba.

—¿Dudas? ¿A qué te refieres? —Claudia iba detrás y no parecía comprenderla. Frunció el ceño y al caminar escuchó el crujido de otro escalón.

—Preguntas, cosas que no te han quedado claras, ¿nunca tienes ninguna?

Claudia se encogió de hombros. —Yo creo que está todo muy claro.

Las dos chicas permanecieron el resto del trayecto en silencio. Las escaleras de aquel edificio estaban tan viejas que la madera podía ceder en cualquier momento. Ambas estaban muy concentradas en mirar dónde pisaban, hasta que se escuchó aquel chasquido, seguido de un ruido seco.

—¿Estás bien? —Claudia miró por encima del hombro de Olivia, que iba delante. La madera había cedido bajo su peso y su pie se había quedado encajado en uno de los peldaños.

Aquella situación era perfecta para burlarse de ella, y en cualquier otro momento seguramente lo habría hecho, pero como ya había tenido suficiente con la carrera, se contuvo. A veces era agotador comportarse de una manera tan inmadura. De todos modos, Olivia sacó rápidamente el pie del escalón y siguió andando con toda la naturalidad del mundo, como si no hubiera pasado nada.

—Por supuesto que estoy bien...

Pero eso fue lo único que consiguió decir antes de dar con su trasero en el suelo. La pelirroja resbaló con la nieve que había cuajado a la entrada del edificio. Era una escena francamente cómica verla rodeada de hielo, abrazada a la bolsa que le había entregado Vicky antes del viaje, y con gesto de no comprender lo que acababa de ocurrir.

Claudia hizo el ademán de ayudarla, pero ella se levantó rápidamente,

enfadada.

—Sé hacerlo sola, gracias.

Se sentía humillada. Pocas veces se había sentido tan patosa como aquel día y no estaba de humor para dejarse ayudar, sobre todo si la ayuda provenía de su enemiga. Pero a Claudia no le importó lo más mínimo su desairada contestación. Se limitó a poner cara de absoluta indiferencia y acto seguido metió la mano en el bolsillo de su chaqueta para extraer el paquete de cigarrillos.

—Más te vale fumar ahora, porque cuando llegemos a Durness no esperes fumar en mi habitación —le advirtió Olivia, que ya se había puesto en pie.

Claudia dio una profunda calada antes de contestar.

—¿Tu habitación?

—Sí, al menos en la mía. Tú puedes hacer lo que quieras en la tuya, pero en la mía no esperes entrar con eso.

En los labios de Claudia se dibujó una sonrisa misteriosa, como la de alguien que conoce un secreto demasiado succulento para compartirlo de inmediato. Meneó la cabeza con descrédito, dio otra calada a su cigarrillo y echó a andar por la nieve tras los pasos de la pelirroja, que se dirigió a la estación de tren, cojeando de dolor.

Había algo en los viajes en tren que siempre la ponían melancólica. Olivia nunca había sabido la causa. Tal vez era por el paisaje, que pasaba deprisa pero no lo suficientemente para no poder fijarse y eso le recordaba a la vida misma. Podía pasarse horas enteras mirando por la ventanilla. Sentía que el monótono traqueteo del tren le ayudaba a ordenar sus pensamientos, que aquel día eran muy caóticos y confusos.

Por razones que no alcanzaba a comprender, se había puesto a pensar en Luis, en su pasado, presente y planeado futuro. Desde el momento en el que se conocieron, en su época universitaria, ambos habían trazado una línea muy clara. Tenían planes y disfrutaban teniéndolos. Sabían cuántos hijos iban a tener, cómo los iban a llamar, qué estudiarían, qué casa comprarían cuando la suya fuera insuficiente para alojar a los nuevos miembros de la familia... Había momentos en los que incluso jugaban a adivinar cómo serían sus rasgos o la curvatura de sus sonrisas. Ambos creían saber, en resumen, el cauce que seguirían sus vidas e incluso la de su descendencia.

Para su tranquilidad, Luis y ella eran iguales, por eso le había elegido (¿o había sido él quien la había elegido?) y ella siempre se había sentido a gusto con la seguridad que le reportaba esta vida. No hacía falta ponerlos por escrito, pero ambos tenían bien claros sus objetivos, sabían cuáles eran y cómo conseguirlos.

Olivia estaba a punto de convertirse en la antítesis de su madre, una mujer caótica y espontánea con quien nunca había congeniado en exceso y a quien no deseaba imitar. Eso la hacía inmensamente feliz. En cierto modo, no parecerse a su madre se había convertido en una de sus metas principales en la vida. El único inconveniente era que en los últimos meses había empezado a olvidarse de por qué planeaban tanto, del motivo por el cual era necesario llevar aquel orden tan taxativo y estudiado. Así, casi sin darse cuenta, había permitido que la asolaran infinidad de dudas sobre si realmente valía la pena vivir el presente proyectando el futuro.

Se acordaba a menudo de aquella famosa frase de John Lennon, en la que el cantante advertía de que la vida es eso que pasa mientras planeas el futuro, y no pudo evitar preguntarse hasta qué punto estaba cayendo en esta trampa.

Lo único cierto era que sus compromisos laborales parecían cada día más exigentes. Luis pasaba fuera toda la semana lectiva y ella se veía obligada a hacerlo si aspiraba a convertirse en una editora senior. Tenían los fines de semana para estar juntos, pero normalmente estaban tan cansados que la única excusa que encontraban para levantarse del sofá era visitar la nevera o cambiar el deudé. Del sexo ya no valía la pena hablar. Ni siquiera recordaba la última vez que se habían tocado espontáneamente, sin tenerlo marcado en una agenda, aunque estaba casi segura de que había sido el verano anterior, cuando los dos habían acabado borrachos por insistencia de Carlos y César, los hermanos gemelos de Luis, que consiguieron rellenar una y otra vez sus copas, a poco que se despistaran.

Así que no pudo evitar preguntarse si acaso se estaba convirtiendo en una persona triste, en alguien gris y monótono, sin más aspiraciones que hacer lo correcto y llevar la vida aburguesada y vacía en la que habían caído tantas otras mujeres de su entorno.

Quizá porque no tenía otra cosa con la que entretenerse, en ese momento observó a Claudia y se preguntó si ella se sentiría igual. Estaba en el asiento de enfrente, escuchando música con los cascos, y su pie daba pequeños golpes en el suelo al compás de las notas. Parecía tan ajena a los

pensamientos que la estaban consumiendo que Olivia no pudo evitar sentir envidia de la paz que transmitía su rostro. Claudia sonreía, como si estuviera disfrutando con intensidad de la música. Le pareció ver que sus labios se movían ligeramente, tarareando la canción que estaba escuchando. Se fijó en su peca, una peca rebelde, nacida en el trazado de los labios. Había que fijarse mucho para notarla, demasiado teniendo en cuenta dónde se encontraba, y llegó a la conclusión de que, casi con total seguridad, muchas personas cometerían el error de mirar fijamente los labios de Claudia por culpa de esa peca. ¿Le haría eso sentir incómoda?

En cualquier caso, se trataba de una peca bonita, se podría decir que era incluso sexy. Quien quiera que la hubiera puesto allí, había hecho un gran trabajo, pensó, y después se dedicó varios minutos a observarla sin que su dueña se diera cuenta. Fue tiempo suficiente para que llegara a una conclusión todavía más importante que la de la peca: Claudia era feliz. Era un espíritu libre, la persona más descerebrada y a la vez más cabal que había conocido. Y, francamente, Olivia no sabía si odiarla o admirarla por ello. Tal vez el secreto residía en hacer ambas cosas.

—Y esta es su habitación.

El señor Winehouse había ido a recogerlas a la estación, tal y como Timothy había predicho. Se trataba de un hombre tranquilo, de piel curtida, expresión afable y un acento escocés cerrado que les costaba mucho comprender. Por suerte, hablaba poco y lo poco que decía casi siempre era para dar información práctica. Nada más verlas las puso al tanto de que en Durness vivían aproximadamente cuatrocientas personas, por lo que con esa densidad de población no debían asustarse si al cabo de unas pocas horas ya las conocía todo el mundo.

Este dato les hizo sentir un poco inquietas porque no sabían hasta qué punto eran buenas o malas noticias. Con un autor como Jorge Domenech, cabía esperar cualquier cosa. Tal vez se sintiera halagado al descubrir que dos señoritas estaban intentando dar con sus pasos. O tal vez, y esto era lo más probable, consideraría aquella visita como una intromisión en su privacidad y les pediría, de malas maneras, que desaparecieran para siempre de los Highlands escoceses.

Tardaron dos minutos de reloj en llegar desde la estación hasta la hospedería del señor Winehouse. La Posada de Little Winehouse era un edificio de piedra y tejado vertical diseñado especialmente para la lluvia.

El lugar era un poco húmedo pero acogedor, y se encontraba en la plaza del pueblo de Durness; plaza que, por cierto, consistía en una fuente, una farola y dos casas que la rodeaban, entre las cuales se encontraba el hogar del médico del pueblo.

El señor Winehouse abrió la puerta principal, cuyo cristal lucía unas ridículas cortinas de cuadros escoceses con estampaciones ecuestres, y subió las escaleras camino del primer piso. Al llegar a la habitación número tres, se detuvo y posó la maleta de Olivia en el suelo, la única con la que había cargado todo el trayecto, ya que Claudia portaba la suya sin mayores problemas. Abrió una puerta de madera rústica y les enseñó lo que se encontraba tras ella. No era una mala habitación, pero a simple vista resultaba demasiado tosca. Tenía dos camas separadas por una minúscula mesita de noche en la que titilaba una lámpara de tulipa amarillenta. Un armario y un escritorio con su correspondiente silla componían el resto del mobiliario de aquella habitación decorada con un horrible gusto lugareño que incluía un papel de pared de coloridas y gigantescas flores ornamentales.

Claudia caminó con seguridad hacia el interior y depositó su maletita rosa sobre la colcha de una de las camas.

—Bien, nos vemos luego, Martell —se despidió Olivia con alivio, antes de cerrar la puerta a sus espaldas y mirar al posadero con una sonrisa triunfal.

Su reacción confundió tanto al señor Winehouse que el posadero la observó con curiosidad, como si intentara averiguar por qué Olivia se había quedado allí plantada, mirándole.

Desde luego, si la intención de aquella señorita era tener un romance con él, tendría que verse las caras con la señora Winehouse, que a aquellas horas del día estaba atareada rizándose el pelo y cuando se ponía los rulos solía estar de muy mal humor. Decía que le daban jaqueca. No, desde luego no era momento de coquetear, concluyó el posadero.

—Si necesitan algo, estaré abajo —le dijo antes de arrastrar sus inmensos pies hasta lo alto de las escaleras.

En otro momento, tal vez, pero con los rulos...

—¡Un momento!

La voz de Olivia sonó estrangulada por el pánico que sintió al ver que el posadero se iba, pero el señor Winehouse la interpretó de una manera muy diferente. Se giró, esperanzado de que tal vez, después de todo, a ella

no le importara la jaqueca y mal humor de su señora esposa. Pero no, no tenía nada que ver con aquello.

—¿No va a enseñarme mi habitación?

El posadero frunció el ceño, sin comprender.

—*Room, my room!* —insistió ella marcando con enfado las erres.

—La acaba de ver —replicó él, encogiéndose de hombros—. Está justo detrás de usted —dijo, señalando la puerta que ella había cerrado.

El hombre meneó la cabeza y desapareció escaleras abajo.

Olivia se quedó petrificada en el pasillo. Aquello no podía estar pasando. No solo tenía que compartir sus días con Claudia, sino que ahora también tenía que compartir habitación con ella. Si al menos alguien se lo hubiera dicho... Si al menos se hubiera hecho a la idea antes... Pero esto lo cambiaba todo y la prueba de ello era su cara, pálida, fantasmal, con aquellos surcos negros bajo los ojos que le daban un inquietante aspecto de asesina en serie.

Sin embargo, la sangre regresó rápidamente a sus mejillas cuando escuchó el sonido que procedía del interior de la habitación: Claudia se estaba riendo. Furiosa, Olivia tomó el pomo de la puerta y la abrió con tanta fuerza que acabó estrellándola contra la pared, desconchando ligeramente la pintura.

Claudia estaba tumbada sobre la cama. Tenía el rostro cubierto por un libro y aunque no era capaz de escuchar su risa ahora, estaba convencida de que detrás de las tapas de *Penélope, una historia*, de Jorge Domenech, escondía una sonrisa burlona.

Siempre ocurría lo mismo. No sabía cómo, pero Claudia acababa saliéndose con la suya y apropiándose de lo que, por derecho, era suyo. Lo había hecho en el colegio, cuando empezó a salir con el empollón del instituto nada más enterarse de que a Olivia le interesaba. Como resultado, había tenido que soportar la tortura de verles haciéndose arrumacos en cada intercambio de clase. Luego, con aquella beca para el curso de verano en Inglaterra, que era suya, aunque en el último momento le denegaron la plaza porque Claudia había seducido al estúpido hijo del director del programa y, por supuesto, él quería pasar un verano de ensueño con la muchacha. Y la escena se había repetido a su regreso de Barcelona, cuando la había puesto en ridículo delante de todos, sacando a colación el pasado.

—Espero que no encuentren problemas para trabajar juntas a partir de ahora —les dijo Morán, aunque lo que verdaderamente quería decir era "no

quiero ni un solo problema a partir de ahora".

Eso quedó más que claro con la mirada que les dedicó a ambas.

—Martell: usted ya sabe cómo funciona esto. Confío en que ayude a Simón con cualquier contratiempo que pueda presentarse.

—No se preocupe, señor, llevo toda mi vida cargando con ella, ¿verdad Simón?

Y todos habían reído. Olivia quiso esconderse debajo de una piedra, pero como no había piedra, tuvo que aguantar que Claudia deleitara a sus nuevos compañeros de trabajo con algunas de las anécdotas que habían protagonizado en el colegio y en el parvulario.

Entre ellas, por supuesto, se incluía el robo del lazo, aunque fue la de los tornillos y la bicicleta la que arrancó más sonrisas. Ella, tímida por naturaleza, quiso morir de la vergüenza.

El problema estribaba en que eran personas muy diferentes. Lo que Claudia veía como unas anécdotas sin importancia con las que intentaba limar las asperezas que existían entre ellas, para Olivia representaban una parte dolorosa de su pasado que estaba deseando olvidar.

Pero su paciencia se había agotado. Aquella era su misión. Su ascenso. Su habitación.

—No tiene ninguna gracia, deja de reírte —le ordenó, haciendo esfuerzos para arrastrar su maleta hasta los pies de la otra cama, con toda la dignidad que consiguió reunir.

—No sé de qué me estás hablando —respondió Claudia, tratando de disimular—, yo no he oído a nadie reírse.

Claudia se tapó aún más la cara con el libro, pero dejó escapar un hipido al tratar de contener la risa. Olivia rodó los ojos. Abrió su maleta, más por mantenerse ocupada que porque necesitara deshacerla de inmediato, pero pronto se quedó mirando con desconfianza la cama donde estaba tumbada su compañera.

—Creo que deberíamos sortear las camas.

—¿Sortearlas? —Claudia bajó el libro. Su sonrisa se esfumó. Aquello ya no le hacía tanta gracia—. ¿Y por qué íbamos a hacer algo así?

—No sé, ¿quizá porque te has quedado con la más grande?

—Yo llegué antes, pero tú puedes irte a *tu* habitación. Seguro que allí encuentras lo que quieres.

Olivia decidió ignorar este último comentario y sacó una moneda de su bolsillo.

—¿Cara o cruz?

—Me es indiferente, no pienso moverme —anunció Claudia con tozudez, abriendo el libro en la página donde lo había cerrado.

—¡Claro que te moverás!

—No, no lo haré.

—Esa cama es más grande y tú lo sabes.

—Haberla elegido antes.

—Martell: te lo advierto. ¡Sal de la cama!

—Si quieres que lo haga, tendrás que obligarme.

No le dio tiempo a reaccionar. Olivia cruzó la habitación como una exhalación y con un hábil movimiento dio un tirón a la colcha de la cama en la que estaba tumbada Claudia, consiguiendo que diera con sus huesos en el suelo.

—¡Maldita sea, Simón! ¿Qué cuernos crees que estás haciendo?

Olivia estaba fuera de sí. Había levantado el colchón y lo estaba arrastrando hacia la puerta.

—Lo que tú me has pedido: obligarte. Además, he pensado que si tú te quedas con la cama, yo me quedo con el colchón. Es un trato justo, ¿no?

Claudia se puso en pie. Tenía los puños cerrados, estaba furiosa. No podía creer que la pelirroja hubiera empujado el colchón escaleras abajo.

—¡Devuélvelo a su sitio!

—¡Ve tú a buscarlo! En estos momentos debe de estar camino de la calle. ¡El colchón tenía ganas de dar un paseo!

—¡Como sigas así, la que se va a ir de paseo eres tú, Olivia!

—¿Me estás amenazando? —Se sorprendió la pelirroja—. ¿En serio me estás amenazando? ¡Ja! Llevo desde los doce años leyendo libros de defensa personal, puedo dejarte en el sitio en medio segundo y aún me sobrarían unas décimas.

Claudia se puso en guardia.

Olivia estaba preparada para atacar.

Y justo en ese momento...

Toc, toc, toc.

—¿¡QUÉ!?! —gritaron las dos al unísono.

Una cabeza asomó tímidamente por la puerta. Era el señor Winehouse, el posadero. Sus ojos recorrieron con miedo la habitación, pero no se atrevió a preguntar por qué un colchón se había precipitado por las escaleras delante de sus narices. O por qué la colcha del citado colchón

estaba en el suelo de la habitación. O a qué extraño motivo obedecía que la chica que, según él, se le había insinuado antes estuviera con los puños levantados, en posición de ataque.

No.

Esas cosas no se preguntaban. Esas cosas hechas por editores llegados de España eran demasiado extrañas y el señor Winehouse, un lugareño pacífico, alejado de la gran ciudad, tenía la impresión de que uno podía meterse en problemas si pedía explicaciones a aquellos individuos.

—Oh, disculpe, señor Winehouse. Pase, por favor —le invitó a entrar Claudia al ver que el posadero temblaba como una hoja—. Lo sentimos. No pretendíamos hacer tanto ruido. ¿Hemos sido muy escandalosas?

—Sí, lo sentimos —convino Olivia, atravesándola con la mirada.

—Pe... pen... pensé que...

Aquel pobre hombre se había quedado sin habla y sin recursos. Lo último que deseaba era incomodar a sus huéspedes, pero como su amigo Timothy se lo había pedido como un favor, logró reunir fuerzas suficientes para sacar algo de su bolsillo.

—Pensé que les vendría bien para ubicarse en la zona.

Claudia se acercó unos metros para tomar entre sus manos el papel que el señor Winehouse les estaba tendiendo. Lo abrió con un movimiento preciso y sonrió con dulzura.

—¡Un mapa!

—Sí —farfulló el posadero, que consiguió esbozar una sonrisa, aunque en realidad estaba muerto de miedo.

—¡Oh, señor Winehouse, es usted muy amable! Muchas gracias. Nos será de mucha ayuda, sin duda. ¿No lo crees así, Olivia? —Claudia le dio un codazo para que le siguiera la corriente. No era aconsejable aterrorizar al posadero el primer día. Más tarde podían necesitar su ayuda.

—¡Por supuesto! Muchísimas gracias, señor Winehouse.

—Claro, creo que deberíamos ponernos en marcha. ¡Tenemos mucho que hacer! —comentó Claudia con un discurso afectado, falso, pues tenía la esperanza de sonar algo más animada y afable de lo que en realidad se sentía—. ¿Vamos?

Deja de darme órdenes, pensó Olivia, aunque no llegó a decirlo en voz alta. En lugar de eso, carraspeó, agarró desairada su bolso y se encaminó hacia la puerta.

Las dos muchachas pasaron delante del posadero, camino de la salida.

Cuando ya estaban a punto de irse, el señor Winehouse las llamó.

—A... antes de que se vayan, ¿pu... puedo pedirles un favor?

—¡Claro, señor Winehouse!

—¡Lo que usted diga!

—¿Se... sería mucha molestia pedirles que devuelvan el colchón a su cama? Mi esposa... padece del corazón y estas cosas la ponen muy nerviosa.

Claudia reprendió a Olivia con la mirada. Sí, definitivamente lo mejor sería que se fueran de allí cuanto antes. Podían dar un paseo. O dos. Una de ellas necesitaba con urgencia tomar el aire.

Capítulo 4

LA PIEDRA DE SU ZAPATO

—¿De veras era necesario tirar el colchón por las escaleras? Casi matas del susto a esa pobre mujer.

—¿Y era necesario robar *mi* cama? —contraatacó Olivia.

—¿Cómo que *tu* cama? Ahora no empieces a hacer teatro: sabes tan bien como yo que ninguna de las camas era tuya. Tú llegaste después y yo ya me había quedado con una.

—¡Porque ni siquiera me diste opción de elegir!

—¿Cómo iba a hacerlo? ¡Te fuiste a tu habitación!

—Oh, eso es rastrero incluso para ti, Martell. ¡Tú sabías perfectamente que no había otra habitación y no me lo dijiste! Debería darte vergüenza.

—Se te da muy bien hacerte la víctima, Simón. ¿Te lo habían dicho antes?

Ella no se hacía la víctima. Bueno, quizá, un poco. Puede que con Fernando y Luis dramatizara más de lo necesario, a veces incluso más de lo humanamente posible, según qué tema estuvieran tratando. Pero era solo porque estaban demasiado acostumbrados a que ella fuera la fuerte, la estable, la que nunca tenía dudas, miedos o momentos en los que, francamente, le entraban ganas de frenar el tren del mundo y apearse.

Luis nunca tenía en cuenta que había veces en las que se sentía una autómatas, no una humana, y no lo hacía porque eso era exactamente lo que la gente esperaba de ella, que fuera como un robot sin sentimientos, perfectamente programado.

—No es de tu incumbencia —replicó con testarudez, aunque fuera consciente de que Claudia tenía razón.

Detestaba esos momentos en los que un comentario suyo la hacía recapacitar. Se suponía que Claudia no tenía ese poder sobre ella. Se suponía que era una descerebrada de falda demasiado corta, extremadamente corta; tanto, que a lo mejor hasta se creía que le hacía un favor al planeta ahorrando tela. Ahora iba a resultar que las minifaldas eran de ecologista.

—Eso quiere decir que sí.

—Eso quiere decir que estamos aquí para lo que estamos, Martell, y que todo aquello que no tenga que ver con la misión, no es de tu incumbencia. —La miró con los ojos borrachos de furia y ligeramente humedecidos por la rabia que sintió—. Bien. ¿Por dónde empezamos?

Claudia se alegró de que su compañera cambiara rápidamente de tema y la salvara así de una dramática e incómoda conversación que no estaba preparada para tener. Si consolar a sus amigos no era uno de sus puntos fuertes, consolar a un enemigo tenía, necesariamente, que acabar en catástrofe. Además, en ese momento no le apetecía sentirse culpable, mucho menos por algo que hubiera ofendido a Olivia Simón.

A Claudia siempre le había hecho sentir muy incómoda ver a la gente llorar. A regañadientes, barajó la posibilidad de disculparse. Le daba mil patadas en el estómago porque ella también era muy orgullosa, pero por mucho que Olivia fuera la cara opuesta de su moneda, no disfrutaba haciendo daño a la gente, y en esta ocasión parecía claro que acababa de meter el dedo en la llaga.

Se estaba preparando mentalmente para formular una disculpa, pero una gota le impidió hacerlo, una gruesa gota que impactó con fuerza contra su nariz. Pestañeó, incómoda, levantó los ojos hacia el cielo y se lo encontró cubierto de gigantescos nubarrones negros.

—¿Por dónde empezamos, dices? Me temo que por esto —dijo, sacando un paraguas plegable de su bolso y haciéndole una seña para que se acercara.

La pequeña localidad costera de Durness es uno de los parajes más espectaculares de Gran Bretaña. Sus pequeñas calas son el paraíso de cualquier niño deseoso de jugar al escondite, ya que se encuentran repletas de angostas y húmedas grutas cavernosas que habitaron los humanos en otras épocas. Estas cuevas son uno de los principales atractivos de este diminuto destino norteño, al que acuden los turistas para ver lo que a muchos les parece el final del mundo y es tan solo la parte en la que Escocia acaricia el Mar del Norte.

Pero por más impresionante que fuera su despliegue natural, no transcurrió mucho tiempo hasta que sus arco iris, puestas de sol y prados interminables evidenciaran que aquel trabajo no iba a resultar sencillo para dos chicas de ciudad.

Desconocía a dónde se dirigían, pero era Olivia quien guiaba la marcha. A ella le costaba menos caminar. Llevaba zapato plano y unos

pantalones muy cómodos, con el bajo perfectamente ajustado a la longitud de su pierna, de manera que tenía controlados sus pasos sobre el barro.

Claudia, sin embargo, tenía verdaderos problemas para caminar con aquella lluvia torrencial. Agradeció que Olivia no hiciera ningún comentario sobre sus zapatos de tacón y las medias originariamente negras, ahora de un color sucio indefinido, aunque sabía que seguramente le resultara surrealista, casi trágico, verla ataviada así para caminar por los lluviosos y montañosos Highlands.

—Creo que antes de nada deberíamos volver a la posada para que puedas cambiarte.

—No —replicó Claudia de manera tajante—. Vamos a seguir caminando.

—Pero mira cómo tienes...

—En serio, sigue andando y no te preocupes por mí —insistió.

Olivia no comprendió a qué venía esta testarudez. El paraguas había sido un gran detalle, pero no entendía qué pretendía demostrar caminando sobre un barrizal con zapatos de tacón. Aun así, no insistió. Prefirió no hacerlo porque Claudia parecía tener claro que no regresaría a la posada ni por todo el oro del mundo.

—Lo primero que deberíamos hacer es tantear a los habitantes de la zona, visitar los sitios que podría frecuentar Domenech, como una farmacia o un supermercado —propuso entonces, intentando cambiar de tema.

—Cualquier opción es mejor que abordarle directamente. Ya sabes lo que dijo Morán. Tenemos que hilar muy fino.

Claudia seguía teniendo dificultades para caminar. A Olivia le sorprendía que todavía no hubiera dejado los tacones enterrados en el lodo, aunque lo que más problemas le estaba dando era sujetar el paraguas mientras se concentraba en dominar sus tacones. A veces parecía estar realizando complejos movimientos de equilibrista para sortear los charcos.

Su lentitud desesperaba a Olivia, una mujer terriblemente práctica, casi enemiga de la coquetería, y desde luego incapaz de comprender por qué su compañera parecía no querer cambiarse para facilitarles las cosas.

De pronto, Claudia se quedó paralizada al ver a un pastor que acompañaba a sus ovejas de vuelta a casa. Los animales caminaban en fila por el verde pasto que estaban bordeando; balaron quejumbrosamente cuando el pastor arreó con un palo los cuartos traseros de las ovejas más

rezagadas.

—¡Venga, que no tenemos todo el día! —le gritó Olivia para que la escuchara con el ruido ensordecedor que hacía la lluvia al caer.

Sin embargo, la morena seguía tan quieta como una de las piedras del camino y Olivia tuvo la sensación de que su cuerpo se había encogido un poco al ver que los animales se acercaban.

—¿Te ocurre algo?

Claudia no le contestó. Seguía detenida al lado del charco, que cada vez se hacía más grande, y Olivia tuvo que deshacer el camino andado para volver junto a ella. Estaba empapada de pies a cabeza.

—Repito: ¿te ocurre algo?

Claudia dudó un instante. Era difícil contestar aquella pregunta porque no le agradaba la idea de que su compañera descubriera uno de sus puntos flacos. Aunque sabía que era algo que ocurriría tarde o temprano; lo había estado esperando desde el momento en el que les habían comunicado el destino del viaje. Era inevitable.

—Las ovejas.

—Las ovejas —repitió Olivia sin comprender. Claudia asintió con la cabeza. Tenía el pelo empapado, de su larga melena negra caían gotas del tamaño de lágrimas de elefante—. ¿Qué les pasa a las ovejas?

—Me dan miedo.

—Te dan miedo las...

—El campo. Odio el campo, ¿vale?

—¿Eso es todo? ¿Odias el campo? ¿Por eso estás así? —Era evidente que Olivia encontraba irrisoria la idea.

—Tú no lo entiendes. ODIO el campo —dijo, marcando bien las palabras—. Odio las vacas, el verde, la hierba y a las malditas ovejas que balan como si las estuvieran torturando a las mismísimas puertas del infierno. —Señaló al pastor que se había convertido ya en un minúsculo puntito en la lejanía—. Son espeluznantes, criaturas infernales.

—¿Y por qué no te opusiste a esta misión? Tú eres la senior, podías haberlo hecho.

Tenía razón. Si alguien podía haber intentado quitarle la idea de la cabeza a Morán, esa era ella. Pero Claudia era una persona que en el fondo disfrutaba con la idea de ponerse a prueba, como si una parte de su ser quisiera descubrir qué se sentía al convivir con Olivia Simón. Llevaban tanto tiempo odiándose una a la otra que en realidad nunca se habían dado

una oportunidad de conocerse.

—Si te digo la verdad, no lo sé —replicó, encogiéndose de hombros—. Tal vez en el fondo soy un poco masoca, y quería ver cómo funcionábamos tú y yo.

La respuesta cogió completamente desprevenida a Olivia. Estaba segura de que Claudia había sido sincera al contestar, pero su manera de ver las cosas era muy diferente. Si lo que pretendía era que le agradeciera que por su culpa ahora estuvieran perdidas en Durness, bajo un aguacero, caladas hasta el tuétano solo porque a ella se le había antojado que pasaran tiempo juntas, podía seguir esperando. Eso no iba a ocurrir. Ni ahora ni nunca.

Las siguientes horas se tornaron cansadas y poco fructíferas. Las dos mujeres esperaban encontrar una señal o alguna información que les fuera útil para acercarse a su escurridizo autor, pero todos sus intentos habían sido en vano.

Lo poco que sabían de Jorge Domenech era que se trataba de una persona muy reservada, y que probablemente hacía pocas apariciones públicas. Tenían su dirección postal, podían presentarse en su casa sin más, llamar a la puerta y esperar que un mayordomo anunciara su llegada sin haber sido invitadas. Pero tal y como les había advertido Morán, aquello habría supuesto un inmediato suicidio profesional. Domenech no cogía el teléfono desde hacía semanas, y todos sabían que no aceptaba visitas. Su jefe no quería que ellas cometieran el fallo de otros editores que se habían presentado en su residencia con todo el desparpajo del mundo solo para volver a casa con las manos vacías, posiblemente con una orden de alejamiento. Domenech podía ser así de lunático.

Con todos estos inconvenientes, Claudia empezaba a sentirse como si acabaran de iniciar una cansina persecución de gato y ratón. Domenech podía ser todo lo misterioso que quisiera, pero, aparte de sentir debilidad por las mujeres guapas, le parecía que también sentía debilidad por la atención que le estaba prestando el mundo editorial. En el fondo, pensaba, no era más que otro autor con un ego hiper desarrollado y una necesidad imperiosa de convertirse en el centro de atención.

Tarde o temprano, él querría publicar su libro, de ninguna manera iba a dejar el borrador escondido en un cajón de su mesita de noche. Así que la duda no era si la novela se acabaría publicando, sino qué tenían que hacer ellas para que eligiera García & Morán.

Comenzaron por visitar los sitios que supuestamente podría frecuentar el escritor. Eran sitios normales, rutinarios, como la tienda de comestibles o la farmacia. El afamado autor seguramente tendría empleados que se ocuparan de las tareas domésticas, pero Claudia suponía que en algún momento saldría a dar un paseo, y un paseo podía significar que acabara entrando por casualidad en uno de estos establecimientos. De ser así, les resultaría sencillo hacerse las contradanzas, porque Durness no era precisamente una metrópoli mundial. Y, sin embargo, aquel día los frutos no fueron los deseados.

En la tienda de comestibles del pueblo les dijeron que no tenían ni idea de lo que hablaban. Ninguna de sus descripciones parecía corresponderse con la de un lugareño, mucho menos con la de un autor famoso a quien, muy en su humilde opinión, la dueña de la tienda habría reconocido de inmediato.

—Aunque no sepa quiénes son, tengo buen ojo para eso. La gente famosa huele diferente, ¿sabe? —les confesó, en medio de una risa pícara.

El señor Turpine, dueño de la tienda de automoción y taller mecánico, recordaba vagamente haber tratado con un hombre rubio de barba desaliñada y ojos somnolientos. Según él había cambiado su líquido de frenos en más de una ocasión, pero al cabo de dos minutos les negó todo lo dicho. Se rascó su dura barba de dos días, limpió el sudor de su frente como si estuviera pensando con dificultad y dijo: —Me he confundido de persona. —El tabaco de mascar abultó su carrillo derecho—. Qué va, no conozco a nadie con esa descripción.

Luego se acercó a una camioneta suspendida en el aire, sujeta por unos nada fiables cables de metal (Olivia se sintió tentada de darle un sermón sobre prevención de riesgos laborales, pero finalmente se controló), y siguió trabajando en ella mientras silbaba alegremente. Ni siquiera se molestó en despedirse.

Tampoco aquel lugareño tan reservado, uno que tenía once dedos, tres de ellos meñiques, había sido capaz de darles una pista. Les contestó con evasivas, como si tratara de ocultarles algo, aunque lo cierto era que se ponía fácilmente nervioso cuando hablaba con mujeres atractivas.

—Es un hombre alto, apuesto, con pelo rubio y barba de varios días. Suele llevar pañuelos en el cuello. ¿Está seguro de que no le suena?

—Si nos ayuda, puede que hoy se lleve alguna que otra alegría al bolsillo. —Claudia agitó un billete de cincuenta euros con la intención de

sobornar al paisano.

Pero tampoco eso había dado resultado.

—No. Largaos de una vez. Ya os he dicho que no conozco a nadie así —les dijo en tono de pocos amigos. A Claudia le pareció haber notado un rastro de sudor frío perlando su frente, pero a lo mejor se lo había imaginado.

La misma suerte la encontraron en la farmacia, la floristería, el estanco y en una de las tres tabernas que había en el pueblo, las cuales constituían los locales más populares en Durness y se jactaban de vender el mejor whisky casero de todo el país.

Definitivamente, la tierra parecía haberse tragado a Jorge Domenech. Si era verdad que se había mudado allí, estaba claro que nunca se dejaba ver por los alrededores. Sus huellas se habían borrado de la faz de Durness.

—Es obvio que están mintiendo —comentó Olivia, dejándose caer sobre una piedra que todavía estaba húmeda por las lluvias que habían caído antes.

Estaba rendida. Le dolían los pies, tenía hambre y los huesos entumecidos por la humedad. Su primer día había sido un verdadero desastre. Lo único que deseaba era irse a la cama.

Claudia tomó ejemplo y se sentó en otra piedra cercana.

—Es decir —siguió intentando razonar Olivia—, no puede ser que este pueblo tenga cuatrocientos habitantes y ninguno de ellos conozca a un escritor de fama mundial, que habrá comprado la casa más espectacular en ochenta kilómetros a la redonda.

—Eso no lo sabemos, podría vivir en un establo —bromeó Claudia.

Olivia no pudo evitar sonreír.

—Ya sabes a qué me refiero.

—Sí, y estoy de acuerdo contigo, resulta un poco extraño, pero también puede ser que lo estén protegiendo.

Claudia puso un tobillo sobre su rodilla y se quitó lo que quedaba de su zapato derecho. Llevaba horas soportando los aguijonazos de una piedra que se había colado en él. Tenía las medias rotas y hacía tiempo que había perdido el tacón. Olivia no pudo evitar fijarse en lo pequeños que eran sus pies en comparación con la estatura de Claudia. Sonrió.

—Simón, ¿me estás escuchando? ¿Qué te hace tanta gracia?

Olivia meneó la cabeza con fuerza. Se había quedado tan embobada mirando su pie que ahora no recordaba de qué habían estado hablando

segundos antes.

—Perdona, me he distraído sin querer. ¿Qué me estabas diciendo?

Claudia frunció el ceño. Era impropio de su compañera distraerse siquiera una centésima de segundo. Ella siempre tenía esa cara de estar concentrada. Prestaba atención si el tema era personal y todavía más atención si se trataba de un tema laboral. Pero era tarde y la oscuridad estaba cayendo, por lo que optó por no darle mayor importancia.

—Nada, se ha hecho muy tarde, te lo cuento de camino a la posada. ¿Vamos?

—Sí, vamos.

Aquella era, probablemente, la primera vez que se habían puesto de acuerdo en algo. Olivia empezaba a pensar que quizá Arturo Morán no se había equivocado. Le costaba creerlo, pero a lo mejor tenía razón y después de todo formaban un buen equipo.

Tan pronto salió de la ducha, Olivia se dejó caer, larga como era, sobre el colchón de su cama. Sí, la suya. Después de la pelea, el chaparrón y la caminata que se habían pegado aquella tarde no le quedaba ánimo ni disposición de disputar la cama más grande.

Claudia, en cambio, no se encontraba ni la mitad de cansada. La ducha le había relajado tanto que solamente le dolían los pies del calzado inadecuado que había llevado, pensando que la ropa formal era lo adecuado para visitar la delegación escocesa. Por culpa de la discusión sobre la cama, se había olvidado de cambiarse y ahora sus pies estaban pagando las consecuencias de su despiste. Sin embargo, no sentía cansancio, de hecho, estaba tan despierta que no conseguía acostumbrarse a la idea de estar compartiendo habitación con Olivia Simón.

Intentó mantenerse ocupada, sin fijarse en el pijama que llevaba puesto Olivia nada más salir del cuarto de baño. Era un simple pijama de cuadros, pero le quedaba sorprendentemente bien, y le resultaba incómodo que la pelirroja hubiera dejado dos botones de la parte de arriba sin abrochar. Claudia carraspeó, se tumbó en la cama y abrió el libro de Domenech por donde lo había dejado antes de la discusión del colchón. Pero las pocas veces que consiguió concentrarse y leer más de dos párrafos, Olivia tosió, carraspeó o hizo algún ruido que le recordaba su presencia, y eso la ponía nerviosa. Además, la novela era carne de trituradora, un bodrio infumable por el que no pagaría más de dos euros. Se

había leído ya cincuenta páginas y no podía entender que un autor incapaz de controlar los tiempos verbales figurara siempre entre los cinco más vendidos de España y Latinoamérica.

Este libro en concreto, *Penélope, una historia*, tenía de protagonista a un inspector de policía, un tipo duro, con muchas cicatrices, muchos músculos y esas inmensas secuelas psicológicas que tanto gustaban a los autores contemporáneos de novela negra. Era un personaje odioso, un macho Alfa cliché que ocultaba su mirada detrás de unas gafas de cristal tintado. A Claudia le repateaban este tipo de personajes estereotipados.

Podría haber pasado por alto estos detalles y seguir leyendo (con desgana, pero hacerlo), si no fuera porque *Penélope, una historia* era también una descarada apología de la prostitución, un tema del que era mejor no discutir con ella, porque podía hacer que se sulfurara. Además, si Penélope era la puta, lo normal habría sido darle un papel protagonista, y no dejárselo a aquel adicto a los esteroides de profundos hoyuelos y con un serio complejo de Electra.

En cualquier caso, si hubiera sido por ella, *Penélope, una historia*, jamás habría llegado a las estanterías de las librerías, pero el dinero mandaba y aquel era un libro de Jorge Domenech, autor de más de diez best-seller, muchos de ellos llevados a la gran pantalla. Domenech podía publicar una ilustración del Kama Sutra con una brevísima anotación a pie de página, solo eso, y se hubiera vendido igualmente. Pero todos sus libros, en el fondo, versaban de una sola cosa: sexo.

El sexo vendía, eso estaba claro, lo sabía ella y todos los editores del planeta, pero pensar en ello mientras Olivia leía en la cama de al lado le hizo preguntarse si la pelirroja, mojigata como era, llegaría a aplicar esta máxima a las elecciones que algún día haría como editora. La vida sexual de Olivia tenía que ser más aburrida que *Penélope, una historia*, pensó con una sonrisa.

—¿Estás leyendo *Penélope, una historia*?

Olivia asintió.

—¿Por dónde vas?

—La prostituta acaba de declararse y le está bajando la cremallera con los dientes.

—Ah, sí, esa escena es muy típica de Domenech. Creo que se repite en sus tres obras previas. Yo lo llamo “el momento dentobragueta” —dijo, antes de incorporarse en la cama y empezar a aligerar el contenido de su

bolso.

Cuando estuvo convenientemente vacío, se levantó y se dirigió hasta la puerta. Olivia no fue consciente de lo que ocurría hasta que Claudia abrió la puerta.

—¿A dónde vas?

La morena dejó la puerta entreabierta y se giró para contestarle:

—Pensaba que tú y yo sólo íbamos a hablar de asuntos estrictamente laborales, así que no creo que sea de tu incumbencia a dónde voy en mis ratos libres.

La respuesta dejó tan desconcertada a Olivia, que no supo qué contestar durante unos segundos. Había sido un golpe bajo, pero tenía que reconocer que era ella quien lo había propiciado y solo por eso le estaba bien empleado.

—Claro, no sé para qué pregunto —respondió con fingido desinterés—. En realidad no me interesa, solo pretendía ser amable.

—Bien, me alegro de que no te interese ir al bar a tomarte una cerveza y que yo no haya tenido que preguntarte por cortesía si te apetece acompañarme. Así es todo más sencillo.

Olivia frunció el ceño. *¿Al bar? ¿Cerveza?*

—¿Cómo que al bar? ¡Martell! ¡Que mañana hay que trabajar!

Pero la morena ya había salido al pasillo. Entonces coló la cabeza por la abertura de la puerta y le dedicó una amplia sonrisa.

—Tú lo has dicho, Simón: mañana —matizó, antes de cerrarla de nuevo e irse.

Perfecto. Aquello era perfecto. Olivia dio un puñetazo rabioso a la almohada y se quedó mirando la chimenea que había en la habitación.

Le fastidiaba esa actitud relajada, pasota, de Claudia. La mayor parte del tiempo daba la sensación de que todo le daba igual, como si fuera la mujer impasible, y Olivia, que trataba de controlar hasta la caída de las hojas de los árboles, se ponía de los nervios. A veces tenía que recordarse a sí misma que Claudia, en el fondo, era una persona madura y responsable, al menos lo suficientemente responsable para levantar una delegación prácticamente sola.

Intentó leer otro poco, pero fue incapaz. El silencio de la habitación la estaba matando y no lograba concentrarse. Cerró el libro con enfado y se levantó de la cama como si tuviera dos muelles en las piernas. Sentía la adrenalina recorriendo su sistema, la sangre bombeando sus sienas. Estaba

tan furiosa que empezó a pasear sin rumbo fijo de un extremo a otro de la habitación, como era habitual en ella cada vez que se enfadaba o necesitaba ordenar sus pensamientos.

Tenía que calmarse, tenía que recapacitar y poner sus ideas en orden. Respiró hondo. ¿Y sí le pasaba algo? ¿Qué le diría a su jefe si le ocurría algo malo a Martell?

Es que estaba en el bar...

Miró de soslayo la ventana y sonrió con tristeza. Qué ridícula estaba siendo. Claudia era una persona adulta, podía cuidar de sí misma, no necesitaba una niñera. Entonces sonó el teléfono. Olivia salió corriendo hacia la mesita de noche y descolgó el auricular como una exhalación.

—¿Diga?

—¡Hola!

Luis. Se había olvidado por completo de él.

—¡Luis! ¡Hola! ¿Cómo has conseguido este número?

—Llamé a Fernando y se lo dieron en la editorial. Quedaste en llamarme nada más llegar a Escocia y estaba preocupado. ¿Va todo bien?

—Sí, bien —mintió para no preocuparle—. Es que el móvil apenas tiene cobertura y acabamos de llegar al hostel. Hoy no hemos podido hacer mucho, solo nos estamos ubicando. Lo único malo es que me ha tocado compartir habitación con Martell.

—Ah, eso. —Luis hizo una pausa al otro lado del auricular—. Se ve que es algo bastante normal.

—¿Lo sabías?

—Puede que Fernando me hubiera comentado algo sobre sus viajes.

Luis supo de inmediato que estaba dolida cuando su novia no respondió. Si no se lo había dicho era para no ponerla más nerviosa antes del viaje, pero ahora ya era demasiado tarde para excusarse.

—Y por lo demás, ¿bien? —le preguntó, desesperado por cambiar de tema—. ¿Está contigo Claudia?

Olivia se giró para asegurarse de que todavía estaba sola. Suspiró profundamente antes de contestar: —No, al parecer tenía ganas de fiesta y se ha ido a un bar.

—¿A un bar? ¿En Durness?

—Sí, ¿por qué lo preguntas? Ahora no me digas que estás de acuerdo con que se vaya de copas en medio de una misión. Porque a mí me parece una falta de profesionalidad imperdonable.

Luis estaba dispuesto a darle la razón como un autómatas. Aquel no era el momento de discutir con su novia las ventajas de tomarse un par de copas para relajarse en medio de un viaje de negocios. Conocía muy bien a Olivia: el trabajo siempre era lo primero, sin excepción.

—Sí, tienes razón.

—¿Entonces? —insistió ella.

—Simplemente, he pensado que no es tan mala idea.

—No te entiendo, Luis.

—Bueno, por muy raro que sea ese autor tuyo...

—Domenech.

—Como se llame —continuó Luis—, el tío es un hombre.

Olivia asintió, aunque sin comprender a dónde estaba intentando llegar. Aquello era evidente y de una lógica aplastante.

—¿Y?

—Y que muchos hombres frecuentan los bares y tabernas de vez en cuando. No digo que las mujeres no lo hagan, claro, pero me imagino que en un lugar pequeño es más frecuente en los hombres —razonó él—.

Además, ¿qué otra cosa se puede hacer en un pueblo como Durness?

¿Olivia? Olivia, ¿estás ahí?

¡Pues claro! La maldita Claudia lo sabía. Había pensado lo mismo que Luis y ahora trataba de colgarse otra medalla sin contar con ella. Oh, ¡qué estúpida había sido!

La pelirroja lo vio todo tan claro, tan cristalino, que no se detuvo ni un momento a despedirse de su novio o a darle las gracias por aquellas suposiciones que tanto le habían abierto los ojos.

Sin molestarse en colgar el teléfono, se puso lo primero que encontró, cogió el abrigo, que había dejado sobre el respaldo de una silla, fue hasta la puerta, la abrió y dio tal portazo que el señor Winehouse, que estaba descansando en sus aposentos privados, tuvo el peor despertar de su vida. Estaba decidido: por su propio bien y el de su familia, la próxima vez les diría a los de la editorial que la posada estaba completa.

—¿Olivia? —siguió insistiendo Luis al otro lado de la línea.

Capítulo 5

CLORINDA

Claudia Martell se acodó despreocupadamente en la barra de aquella taberna. Aunque sus piernas eran lo suficientemente largas para llamar la atención de cualquiera, el taburete en el que estaba sentada era tan alto que apenas rozaba el suelo con las puntas de los pies. Unos minutos antes esas mismas piernas que ahora llevaba enfundadas en unos ajustados vaqueros habían dejado prendada a toda la clientela.

Nada más entrar en el local, la muchacha se topó de bruces con una espesa cortina de humo y un molestísimo tufillo al alcohol y la humedad que durante años se había ido filtrando en la madera de suelo y mobiliario. Un nutrido grupo de cabezas se giró tan pronto puso un pie en el felpudo de la puerta. La miraron varios pares de ojos muy abiertos y en sus rostros pudo advertir el mismo gesto de fascinación.

Todos los allí presentes parecían sorprendidos de que una mujer se hubiera atrevido a cruzar la puerta de aquella infecta taberna, y estaban todavía más alucinados de que esa mujer fuera alguien como Claudia. La última vez que había ocurrido algo similar, se había tratado de Ophelia, la matrona del pueblo, que había entrado con el mismo sigilo que emplearía un elefante en una chatarrería para encontrar al descarriado muchacho de dieciséis años que había dejado preñada a Ophelia junior. Si ya en Durness no estaban acostumbrados a recibir sofisticadas féminas recién llegadas de Madrid, todavía lo estaban menos los propietarios de esas tabernas en las que la luz de las bombillas quedaba eclipsada por la nicotina que flotaba en el ambiente.

Claudia, que estaba muy acostumbrada a ser el centro de las miradas, prefirió restar importancia a la tensión del momento. Caminó segura, con pasos firmes y decididos, como si llevara toda una vida preparándose para aquel silencio que cortaba el aire como la afilada hoja de un cuchillo, y no se detuvo hasta llegar al taburete que ahora ocupaba en la barra.

—Una cerveza, por favor —le pidió al camarero.

—En seguida, encanto.

Él dejó que sus ojos viajaran hacia sus pechos antes de atender su petición, pero Claudia no se ruborizó ni un instante. Más bien hizo todo lo contrario: lo miró intensamente y se mordió el labio con lujuria.

—¿Te gusta lo que ves? —le preguntó, flirteando.

—Sí, mucho, nena.

—Pues a mí no me gustas un pelo, así que dedícate a hacer tu trabajo y ponme una cerveza.

El camarero, poco acostumbrado a tratar con mujeres como ella, se ruborizó visiblemente, bajó los ojos con vergüenza y desde entonces se concentró solo en limpiar el vaso que tenía en la mano.

Era cierto que a Claudia le gustaban los halagos, despertar interés y que su mediterránea belleza fuera apreciada. De hecho, estaba acostumbrada a llamar la atención. Había sido así desde su nacimiento, cuando las amigas de su madre debatían cansinamente si su belleza la heredaba de ella o de su apuesto marido. Y luego en su recién estrenada madurez, cuando aquellas mismas mujeres ya no necesitaban hacer conjeturas porque todas coincidían en que había heredado lo mejor de ambos. Claudia no pretendía cambiarlo. Sabía el poder que encerraba su belleza y tenía toda la intención de sacarle el mayor provecho, pero las atenciones debía recibirlas cuando y como ella quería. Sin excepción. Y un hatajo de piropos mal silbados en una infecta taberna escocesa no eran el lugar ni el momento para dejarse querer o para usar su poder.

Su codo se topó involuntariamente con el periódico tamaño sábana que estaba plegado en la barra, a su izquierda. Más por aburrimiento que por verdadero interés, decidió echarle un vistazo. A lo mejor las noticias locales encerraban alguna información significativa sobre Jorge Domenech, uno de los autores más escurridizos y misteriosos a los que había tenido el disgusto de perseguir.

No habían transcurrido ni diez minutos cuando Olivia Simón apareció en la puerta de la taberna, hecha una verdadera calamidad. Su irrupción despertó la misma curiosidad en la clientela, aunque, a decir verdad, sus mejillas sonrosadas por el enfado y el cabello recogido de cualquier manera sobre lo alto de su cabeza no arrancaron los mismos suspiros.

—¡Llevo media hora buscándote!

Claudia ni se molestó en mirarla. Ya había visto lo que tenía que ver: estaba enfadada, como siempre. Se llevó un cigarrillo a los labios, expulsó el humo contra la cara de Olivia y consultó su reloj de pulsera con cansancio.

—Hace apenas diez minutos que te dejé en la habitación, no dramáticas. Bonitos pelos, por cierto.

Olivia tosió compulsivamente, se palpó la coleta sin comprender y tomó asiento en el taburete de al lado.

—No creas que no sé lo que intentas hacer —le espetó.

—¿Le pongo algo?

—Sí, zumo de tomate —respondió Olivia.

El camarero alzó una ceja.

—Estás intentando colgarte otra medalla porque sabes que vendrá aquí esta noche —siguió diciendo, al principio sin percibir que el camarero no se había movido. Finalmente notó su presencia por el rabillo del ojo—. Ya se lo he dicho: zumo de tomate.

—Lo siento, encanto, pero aquí no servimos *delicatesen* —le informó el hombre con afilado sarcasmo.

Olivia le miró con la boca entreabierta. Claudia dio otra lenta calada a su cigarro mientras observaba divertida su reacción.

—Cerveza de calabaza, entonces —trató de despacharle, dispuesta a continuar con la reprimenda cuanto antes—. Y si piensas que vas a poder dejarme al margen, estás completamente... ¿Ahora qué?

—Encanto, no tengo ni puñetera idea de qué es la cerveza de calabaza, pero te voy a poner las cosas fáciles: cerveza o whisky. Es así de sencillo: tú eliges.

¿Es que en aquel pueblo hasta pedir una consumición iba a ser complicado?

—Que sea cerveza —intercedió Claudia, tratando de evitar una discusión entre aquel hombre y Olivia. El camarero alzó los brazos, complacido de que por fin alguien hubiera dicho algo con sentido y se fue en busca de la cerveza.

—No me gusta la cerveza.

—Prefieres un whisky, ¿entonces? ¿Podrás soportarlo?

Olivia rodó los ojos con desesperación, cada vez más convencida de que sus nervios se iban a resentir muchísimo de aquel viaje. Pero prefirió no contestar las burlas de Claudia porque tenía algo mucho más importante de lo que ocuparse en ese momento.

—¿Qué tienes que decir en tu defensa?

—Nada, Simón, me has descubierto. Eso es, precisamente, lo que he venido a hacer a este bar. No tiene nada que ver con el hecho de que quisiera darme un respiro y disfrutar de un momento de paz en el que no me echas en cara cada cosa que hago. En realidad, estaba todo planeado para fastidiarte —dijo, antes de sorber con cansancio un poco de su cerveza—. Porque ya sabemos que el mundo gira alrededor de ti. De hecho, esta misma mañana hablé con él, con Domenech, y me pidió que nos reuniéramos aquí, que tenía algo muy importante que decirme. Por eso he

venido sin contar contigo.

—¡Ajá! ¡Sabía que tramabas algo!

—Simón, ¿en la universidad no te explicaron lo que es el sarcasmo?

Esa respuesta no se la esperaba. Se quedó sin argumentos en el momento en el que llegó su cerveza. Iba a abrir la boca para seguir echándole cosas en cara porque no estaba dispuesta a darse por vencida tan fácilmente, pero escuchó algo que la obligó a detenerse.

—¡Domenech, amigo, cuánto tiempo!

Las dos se miraron con los ojos muy abiertos. La pelirroja se había quedado con el vaso de cerveza suspendido en el aire. Claudia sintió unas ganas irrefrenables de girarse y comprobar si, a sus espaldas, estaba realmente el hombre al que habían estado buscando desesperadamente todo el día. Si ahora estaba allí, iba a ser mucho más sencillo observarle y trazar un plan para acercarse a él.

—¿Has oído lo mismo que yo?

—Sí, música para los oídos.

—Está bien. —Olivia bajó la voz hasta convertirla en un susurro. Era lo que hacía cada vez que quería hablar con fingido disimulo de algo importante. Por supuesto, esto provocaba el efecto contrario—. No nos giremos las dos a la vez o sospechará. Tenemos que hacernos pasar por turistas.

—¿Cómo quieres que nos hagamos pasar por turistas si le hemos preguntado a medio pueblo si le conocen?

—Al menos yo he tenido una idea, ¿qué se te ha ocurrido a ti hasta ahora? —Olivia posó su vaso de golpe sobre la barra. El ruido seco hizo que su compañera pegara un respingo.

—De acuerdo, no se me ha ocurrido nada —concedió la morena—, pero para tener esas ideas, haznos un favor y no tengas más. Todavía no sé cómo me dejé embaucar por esa brillante estrategia sacada de un libro de espionaje para niños de tres años.

—En realidad está sacada del *Manual del Editor Joven* y...

—Lo que tú digas —Claudia rodó los ojos y dio un nuevo trago a su bebida, sin percatarse de que su confrontación personal les estaba haciendo olvidar por qué estaban allí. Se encontraban tan ocupadas discutiendo que no vieron cómo Domenech y su acompañante salieron del bar.

—Al menos yo me he molestado en leer esos manuales, no como tú que siempre haces las cosas sin pararte a pensarlas.

Claudia se giró entonces con naturalidad. Ni siquiera recordaba que tenía que girarse en algún momento para comprobar que Domenech estaba, efectivamente, a escasos metros de ellas. Se llevó otro cigarro a los labios y de pronto lo recordó.

—¿Dónde está?

—¿Dónde está quién?

Claudia hizo tantos aspavientos con las manos que su cigarrillo acabó en el suelo. No quería tener que pronunciar su nombre de nuevo.

—¡Oh, dios mío! ¡Se ha ido! ¡Lo hemos perdido! —exclamó Olivia, asustada.

—Vamos, no debe de estar muy lejos.

La morena se puso en pie y corrió hasta la puerta. Olivia sacó dinero del bolsillo de su pantalón y lo dejó sobre el mostrador para salir corriendo tras ella. Los clientes las siguieron con la mirada hasta que salieron del bar, y Claudia hizo un gesto de despedida con la mano, como haría una actriz que se despide de su audiencia. A punto de perder la paciencia, Olivia la agarró por el brazo y la empujó hacia el exterior.

—¿De verdad tenías que ponerte a flirtear en un momento como este?

—Cualquier momento es bueno, Simón. Pero ahora lo estás malinterpretando —le aclaró mientras estiraba la cabeza para tratar de encontrar el rastro del escritor—. Solo intentaba ser amable porque antes me he puesto un poco borde con el camarero y no nos conviene enemistarnos con los locales. Podrían sernos de gran ayuda más adelante.

—Pues tienes una manera muy curiosa de ser "amable".

—Cada una tiene la suya.

—Sí, estoy de acuerdo: no se me ocurre nada más adecuado que menear el trasero delante de un grupo de solitarios escoceses para excitarlos todo lo que puedas. Si esta noche tenemos visita, será culpa tuya.

Claudia le iba a contestar que metiera las narices en sus asuntos, pero de pronto vio el dedo de Olivia extendido, señalando hacia el este.

—¡Allí!

Sus ojos siguieron la dirección que estaba indicando. Dos hombres caminaban bajo la lluvia por una de las calles del pueblo. A pesar del aguacero que estaba cayendo, ninguno de ellos parecía tener prisa. El que vestía una estrafalaria chaqueta de color púrpura tenía que ser Domenech. Nunca lo habían visto en persona, pero sus rasgos eran tan característicos que les había bastado con unas fotografías antiguas. ¿Quién se iba a vestir

así sino un extravagante escritor?

Claudia le hizo una señal a Olivia, que ella comprendió perfectamente. Echaron a andar detrás de ellos, siempre manteniendo una distancia prudencial para que los dos hombres no notaran que los estaban siguiendo.

Para ser dos personas que se llevaban tan endiabladamente mal, lo cierto era que había mucho entendimiento entre ellas. La mayoría de las veces una sabía o intuía lo que estaba pensando la otra, y en esos momentos no hacían falta palabras, como si se entendieran con una simple mirada. A lo largo de ese día ya había pasado en un par de ocasiones.

A Claudia esto la desconcertaba. No estaba acostumbrada a sentir esta química con nadie y entre todas las personas del planeta con quien menos esperaba sentirla era con Olivia Simón. Miró de reojo a su compañera, más por averiguar si ella también se había dado cuenta, pero la vio concentrada en seguir los pasos del escurridizo autor y, sobre todo, intentando no resbalarse en el barro. Por supuesto, era tan patosa que fracasó estrepitosamente y a los pocos metros acabó con el trasero en el suelo.

Tenían cierta prisa, así que Claudia se apresuró en ayudarla a levantarse. Pero entonces todo se volvió todavía más extraño y confuso, porque cuando Olivia le tomó la mano, su contacto le produjo una pequeñísima descarga eléctrica. Fue casi imperceptible, pero lo suficiente para que Claudia se quedara perpleja, mirando con confusión a la pelirroja. Le sorprendió ver que en sus ojos ya no quedaba ningún rastro de enfado, sino que en ellos encontró la misma sorpresa que sentía ahora ella, como si Olivia también hubiera sentido el chispazo que había provocado el contacto con su piel. Y era ridículo. Se habían tocado mil veces antes. ¿Sí? ¿No? En ese momento no podía recordarlo.

Permanecieron así unos cuantos segundos, con la lluvia cayendo sobre ellas, Claudia inclinada sobre Olivia con el brazo extendido, su mano firmemente asida a la de ella. Fue esa la primera vez que la pelirroja reparó en su mirada. Claudia tenía unos ojos tan negros, profundos, de pestañas largas, que le sorprendió no haber reparado antes en este detalle. Se acababa de perder en ellos como se perdería en un complicado laberinto, pero Olivia no estaba del todo segura de querer encontrar la salida.

Agradeció que Claudia carraspeara con nerviosismo al sentirse tan observada, porque esto le obligó a mirar hacia otro lado.

Por fin, la pelirroja se levantó, de manera que se quedaron a escasos

centímetros una de la otra, prácticamente nariz con nariz, provocando que el corazón de Claudia empezara a latir con tanta rapidez que se sintió salvada cuando la bombilla de una farola bizqueó ruidosamente al otro lado de la calle y las dos miraron en su dirección.

—Será mejor que nos demos prisa o los perderemos —dijo, antes de echar a andar.

A Olivia le costó un poco más regresar a la realidad. Allí había ocurrido algo, algo entre ellas, pero en ese momento no supo explicar qué era. Sacudió la cabeza con desconcierto y caminó tras su compañera, apresurándose para no perder de vista a Domenech.

No tardaron mucho en volver a distinguir a los dos hombres. Parecían estar entrando en un local que Olivia reconoció rápidamente. Era otra de las tabernas del pueblo, habían pasado por delante aquella misma tarde, pero además ella había entrado antes, cuando estaba intentando encontrar a su compañera, justo después de colgar con Luis.

Claudia maldijo a todos los santos del calendario. Se había hecho tarde y ahora sí quería irse a la cama. Estaba cansada y estaba calada hasta los huesos por las constantes lluvias, pero las dos sabían que no podían dejar escapar aquella oportunidad porque tal vez nunca se volviera a presentar. Resignada y de mal humor, siguió a la pelirroja hasta el interior de la taberna.

Jorge Domenech estaba sentado en una de las mesas bajas que había en la parte menos iluminada del local. Si no hubieran sabido que se trataba de un escritor aclamado, le habrían tomado por un contrabandista del tres al cuarto, adepto a los rincones apartados y sombríos para entregarse a sus negocios ilegales.

Aquella taberna no era mucho mejor que la anterior y esta vez fue Olivia la que se sintió ligeramente mareada por el tufillo a cerveza barata y a cigarrillos. Tenía el estómago revuelto. Apenas habían probado bocado en todo el día y como no estaba acostumbrada a beber, notaba que la cerveza se le estaba subiendo a la cabeza.

Domenech y el otro hombre se sumaron a un tercero en los claroscuros del fondo. Una escuálida bombilla ensombrecía sus caras y le daba a la escena un aire tenebroso. El escenario era casi igual a una de las escenas de *Penélope, una historia*, protagonizada, por supuesto, por una prostituta amiga de Penélope que entraba en un sitio muy parecido con dudosas compañías.

Había más clientes, pero eran más que nada lugareños dedicados a la siempre placentera tarea de ahogar sus penas en varios litros de cerveza u olvidar las discusiones con la parienta mediante un generoso trago de whisky. Domenech y sus acompañantes, en cambio, daban la sensación de estar tramando algo. Apenas habían tocado sus bebidas y era obvio que discutían acaloradamente. Olivia se preguntó si los otros dos no serían editores, como ellas, a punto de cerrar un trato sobre su próxima novela. Por su propio bien, esperaba que no fuera así. Su empleo e incluso el futuro de la editorial, dependía de ello.

Claudia eligió una mesa para poder escuchar la conversación que estaban manteniendo los tres hombres. Era una mesa cercana pero lo suficientemente alejada para que su presencia no levantara sospechas. Debían hacerse pasar por turistas y ningún turista se sentiría cómodo al lado de tres individuos que parecían estar discutiendo acerca de su inminente dominación mundial.

El camarero se acercó y las dos pidieron más cerveza, Claudia porque tenía la boca seca y Olivia porque consideraba de mala educación no pedir una consumición si estaba sentada en un bar.

—¿Crees que los otros dos son editores? —se interesó la pelirroja.

—No lo sé, no me suenan de nada. Pero si lo son, no vienen de Madrid. Tienen un acento raro —replicó Claudia.

De repente Olivia estalló en carcajadas. Fingidas, tan absurdamente forzadas que uno de los hombres las miró sorprendido, de soslayo. Claudia frunció el ceño y sin dejar de sonreír masculló entre dientes: —
¿Qué.se.supone.que.estás.haciendo?

—Fingir.que.disfruto.de.mis.vacaciones —replicó la pelirroja del mismo modo, convencida de que la suya era una gran estrategia.

—Para eso no hace falta que nos mire todo el bar ni que te rías como una hiena.

—Si me comporto así, nadie pensará que estamos aquí para lo que estamos.

—No, solo pensarán que estás loca.

—Y las hienas también tienen derecho a unas vacaciones.

—Oh, por favor, dime que no vas a empezar de nuevo con tu rollo de Greenpeace. Porque no sé si podría soportar otro discurso sobre la defensa de las costas y los animales en extinción. La última vez casi conseguiste que la imprenta dejara de editar en papel reciclado. ¡En papel reciclado,

Olivia!

—No subestimes el valor de pensárselo dos veces antes de imprimir —replicó la pelirroja con orgullo—. Pero no pienso desperdiciar más saliva con personas que tienen un dudoso criterio de la moral. Y, ahora, baja la voz o notará que estamos hablando en español. Además, deberíamos estar escuchando.

Maldita sea. ¿Cómo era posible que en presencia de ella siempre olvidara sus obligaciones? La muy maldita lograba que resultara mucho más divertido torturarla que ocuparse de su trabajo...

De cualquier forma, al final consiguieron aguzar el oído disimuladamente, y por suerte para ellas ninguno de los tres hombres pareció darse cuenta de que a su conversación acababan de sumarse dos nuevas oyentes.

Solventado este contratiempo, ahora lo complicado era fingir que mantenían una animada charla y no quedarse embobadas, escuchando con descaro. El problema era que, al hablar por encima de lo que escuchaban, no podían concentrarse debidamente y parecía que estaban jugando al teléfono estropeado: —...El tiempo está siendo realmente malo. No hemos tenido suerte con eso.

—Tienes razón, la posada ha sido una gran elección —le respondió Claudia—. Y el señor Winehouse es realmente amable.

—Un día de estos deberíamos comprar unas llantas nuevas para el coche.

—¿Qué dices de esta noche?

—No, Claudia: no me pidas otra vez que te preste el coche.

Y no solo eso, sino que, además, la conversación de los tres hombres también les llegaba a trozos mientras trataban de entablar su absurda charla: —¿Has hablado con.....? Esta vez no quiero....

—Lo tendremos todo listo a tiempo esta vez.....es un auténtico.... además, yo mismo me he ocupado de...

—No más.... Si me entero de...

Desesperada, Olivia le dio el último sorbo a su bebida y bufó:

—¡Esto no funciona!

—Lo sé... —se resignó Claudia—, pero aquí poco más podemos hacer.

—Do mejor sedá que intentemos descubrid quiénes son los otro dos. Olivia no estaba acostumbrada a beber y mucho menos con el

estómago vacío. Empezaba a estar bastante achispada y como se sentía culpable por haber bebido tanto, trató de engañarse diciéndose a sí misma que era parte de su trabajo, porque tenían que quedarse allí hasta que Domenech se levantara y se fuera a su casa, guarida, madriguera, castillo o lo que habitase aquel hombre.

Pero estaban en un bar y en un bar se consume. No podía pedir vasitos de agua y ya le había quedado claro que en aquel pueblo solo había dos letras posibles: la ce de cerveza y la uve doble de whisky. De ese abecedario que empezaba en la C y acababa en la W la carta era inexistente, no había nada donde elegir. Así que, después de todo, no era culpa suya si al final acababa borracha. Eso mismo le diría a Morán si es que por casualidad llegaba a recriminárselo algún día.

—Huele a taberna, señorita Simón. No me esperaba esto de usted —le diría él.

—¡Pero, señor, fue Domenech! ¡La culpa es suya! Todavía no he descubierto la talla de su zapato, pero ya le puedo decir que es capaz de beber sin pestañear la porción de tierra que ocupa Escocia. No. Bebe más que toda Escocia, Irlanda e Inglaterra. Las tres juntas, señor.

—¿Acaso está culpando a nuestro cliente de dar unos traguitos de vez en cuando, señorita Simón?

Y entonces aparecía Luis y apoyaba a Morán, acusándola de aburrida y mojigata y sabe dios qué más cosas.

—Simón, ¿estás bien? Tienes una cara muy rara.

Las palabras de Claudia rompieron la extraña burbuja en la que se había metido. La miró sorprendida, como si no llevara todo el rato allí, frente a ella. Se había quedado embobada al imaginar una posible reprimenda de Morán y lo peor de todo era que ni siquiera había una explicación lógica para que Luis hubiera aparecido en aquella rocambolesca escena imaginaria. Había apoyado a su jefe, en lugar de apoyarla a ella. La había llamado mojigata, aburrida y no recordaba qué cosas más. Pero era su imaginación, ¿no? ¿O es eso lo que podría haber pasado en realidad, de haberse encontrado en una tesitura parecida?

—Sí, edtoy bien —le respondió, tratando de pensar con claridad. Se sentía un poco mareada, pero cuando el camarero pasó delante de ellas le silbó para que se acercara. Claudia arqueó las cejas con sorpresa. Aquello empezaba a ser preocupante—. Tráiganos dos whiskies, por favor.

Dos whiskies y dos brazos levantados después, Claudia consideró que

ya había sido suficiente.

—Emmm, ¿Olivia? No creo que sea una buena idea que bebas más. Por mi experiencia, el whisky casero es mucho más fuerte que...

—¡La experiencia de la gran Claudia Martell! —Olivia subió el vaso como si tratara de proponer un brindis—. ¡Por ella que todo lo sabe! ¡Porque no necesita leer *El Manual del Joven Editor* para hacerlo todo insufriblemente bien!

Era culpa del whisky, de eso no cabía duda. Por un momento Claudia había tenido la impresión de que ni siquiera el alcohol sería capaz de desinhibir a alguien tan remilgado como Olivia, pero se había equivocado. Podía con todos, incluso con ella.

—Dilo un poco más alto, creo que no te han escuchado los tipos que intentamos vigilar *discretamente*.

—Aquí tiene, pero más le vale tomarlo con calma, amiga —las interrumpió el camarero, que le traía otro trago a Olivia aunque se dio cuenta de que la chica no estaba del todo fresca—. Es un poco... Nah, olvídalo. —Después de todo, no era de su incumbencia el estado de una forastera que ya tendría tiempo de dormir la mona por la mañana.

Claudia miró de refilón hacia su izquierda, donde estaba Domenech, y le dijo al posadero: —No se preocupe, ya nos íbamos —dejó un par de billetes sobre la mesa—. Quédese con el cambio. Gracias.

—Pero yo no quiero...

Lo que quería nunca lo sabremos, porque Claudia agarró su mano y salió del bar prácticamente arrastrando a su compañera.

—¡Oye! —Protestó la pelirroja, resistiéndose—. ¿Quién te crees que eres? ¿Quién te ha nombrado jefa?

—Yo me he nombrado, en vista de que mi compa... ñera no está en todas sus faculta... des par... a... ca... mi... NAR. —Claudia se estaba quedando sin resuello tratando de tirar de ella, pero Olivia no se movía.

—¡Estoy en perfecto estado! ¡Mira, puedo demostrártelo! —dijo y casi se descoyunta cuando trató de llevar su dedo meñique a su rodilla levantada.

Claudia se inclinó con los brazos bien estirados para intentar detener una posible caída. No se había roto la crisma de milagro.

—Edtoy bien, edtoy bien. Solo dame un minutito para que el suelo deje de moverse.

—No hay tiempo, se está yendo. Y si no hubieras estado tan

entretenida ulcerándote la garganta con ese pseudowhisky casero quizá también lo hubieras visto salir. —La palma de la mano de Claudia quedó bocarriba—. Al menos ya no llueve.

Tras varios rifirrafes sinsentido, empezaron a seguir los pasos del escritor. Claudia guió la marcha, seguida de una inestable Olivia que andaba haciendo eses, tratando de estabilizar su etílico caminar por aquel sendero embarrado.

—Escucha, Simón. —Claudia cambió el tono de su voz, en vista de que intentar razonar con ella no había funcionado. Ahora se expresó de una manera más autoritaria—. Tú espera aquí. Nada de protestas, no hay tiempo —le espetó cuando vio que ella hacía ademán de objetar—. Descansa tranquila: te aseguro que no quiero llevarme la gloria, pero es más que obvio que no estás en condiciones de seguir y no podemos arriesgar nuestro futuro por una discusión infantil.

Tenía razón. Olivia sabía que la tenía y que no debía protestar, pero era tan tozuda que le fastidiaba aceptar su derrota. Sin embargo, el trabajo era lo primero, y ahora mismo no se encontraba en condiciones de discutir.

—Te espero, ¡hip!, aquí —le dijo—. Pero ni se te ocurra dejarme tirada sola toda la noche.

Era una idea tentadora, Claudia tenía que admitirlo. Pero por su integridad, tanto física como mental, lo mejor sería desecharla: era demasiado joven, demasiado talentosa y demasiado guapa para morir a manos de Olivia Simón. Sonrió. A veces le resultaba divertido no tener abuela.

Olivia empezó a impacientarse, más o menos, pasados cinco minutos. Miró su reloj y hacerlo le pareció una malísima idea, realmente penosa. Juró que no volvería a hacerlo si las manecillas jugaban con ella al despiste y aparecían seis de golpe. Seis, nada menos. Ella hubiera jurado que siempre habían sido tres. Pensó que aquello tenía que ser por lo menos magia negra cuando se sobresaltó al escuchar un sonido extraño a sus espaldas.

Pero al girar en redondo se encontró cara a cara con un mamífero rumiante bos taurus (o eso le pareció haber leído en un libro), comúnmente conocido por cualquiera que no fuera Olivia como "vaca".

—Muuuu.

—Eso digo yo: Muuuu a ti también, vaquita, ¡hip! ¿Qué haces tú por aquí pastando a estas horas? ¡Hip! ¿Y tus compañeras?

—Muuuu.

—Ah, te abandonaron, *hip*, no son muy buenas compañeras, entonces. *Hip*, digo, si te dejan tirada por ahí, al costado del camino, en plena noche, y seguro que no, *hip*, vuelve...

—Muuuuuu.

—Claro, disculpa. Estábamos hablando de ti, *hip*. Continúa, por favor.

—....

—¿No tienes nada que decir?

—Muuuuuuuuuuuu.

—¿Yo? Bueno, es una larga, *hip*, historia. ¿Tienes tiempo? —Al ver que el rumiante se encontraba, pues, rumiando, decidió interpretarlo como una afirmación—. Pues, verás, mi infierno comenzó hace —la pelirroja alzó la mano y sus ojos bailaron hasta que consiguió enfocar sus dedos estirados—, uno, dos, tres, sí, bueno, creo que ahora mismo tengo exceso de dedos... Pero hace ya unos meses.

Veinte minutos más tarde, seguía hablando con la vaca, aunque, en realidad, en ningún momento encontró la respuesta que estaba buscando.

—Yo soy una buena, *hip*, persona... ¿No lo crees así?

—Muuu.

—Si es lo que yo digo, *hip*, no merezzzzco esste tratooo... ¡La mejor alumna de mi máster en generaciones! ¡*Hip*primera de la promoción! ¡La mujer más inteligente que ha *hip* pisado García & Morán desde...

—Muu.

—¡Claro que era yo! Veo que me conoces...

—Muu.

—Essta biennn, essta bien, tienes razón. Fernando y Martell también tienen talento, *hip*, pero, seamos sincerassss, ahora que estamos tú y yo solas: sin mí la cosa no hubiese sssido lo misssmo...

—Muuuuuuu.

—No sabes cuánto me alegra que estés de acuerdo conmigo, Clorinda, daame un abrazo.

—Ejem, ¿Simón?

Todavía con sus brazos alrededor del cuello de la vaca, la pelirroja se giró, ligeramente contrariada de que alguien hubiera interrumpido aquel momento de profunda demostración fraternal con su nueva amiga.

Claudia se rascó la nariz, tratando de ocultar una sonrisa con este gesto. Todavía con las comisuras de los labios levemente curvadas,

preguntó: —¿Puedo saber por qué estás abrazando a una vaca?

Olivia no pudo evitarlo: se puso del color de una bombilla. Y como se sentía incapaz de ingeniar una excusa para explicar su extraño comportamiento, simplemente se limitó a apartarse del rumiante, y hundió las manos en el bolsillo de su pantalón vaquero.

—Ya veo... —contestó Claudia, con paciencia infinita, aunque decepcionada por no haber tenido una cámara de fotos—. Me parece que es hora de volver a la posada. Despídete, si quieres, de mmmm...

—Clorinda.

¿Clorinda?

—Bien, despídete de Clorinda. Nos vamos.

Olivia se despidió convenientemente de su nueva amiga, o eso le pareció escuchar a sus espaldas, antes de que la pelirroja la llamara.

—¿Martell?

Se giró.

—¿Sí?

—No seas maleducada.

Había un brillo en sus ojos, un brillo extraño. Porque estaba de broma, ¿no? De veras no esperaba que...

—No esperarás que haga eso, ¿verdad?

Por toda respuesta recibió varios movimientos vehementes de cabeza.

—Oh, no puedo creer que vaya a hacerlo —se quejó, retrocediendo unos pasos. Tampoco podía entender por qué no se estaba negando—. Buenas noches, Clorinda. Que tengas un buen pasto —le deseó entonces, haciendo una genuflexión antes de agarrar a la pelirroja por la manga y obligarla a caminar, camino de la posada.

—¿Lo ves? No es tan difícil ser, *hip*, educada, ¿verdad?

Claudia rodó los ojos y echó a andar con Olivia detrás, completamente encantada de haberla humillado un poquito.

Capítulo 6

LA GRAN IDEA

Se despertó con tal dolor de cabeza que un acto tan simple como abrir los ojos tomó tintes de gesta épica. Olivia masajeó sus sienes mientras se incorporaba en la cama y trataba de enfocar los objetos de la habitación. Durante escasos segundos experimentó la incómoda sensación de no saber dónde se encontraba, pero al fijar la vista en la maleta rosa que había a los pies de la otra cama recuperó inmediatamente la memoria. Estaba en Escocia. Con Claudia. Se había emborrachado. Oh, mierda.

En ese momento se juró a sí misma que nunca más volvería a beber. Ni siquiera una mísera copa de vino tinto que tanto gustaba a Luis.

Pestañeó con dificultad al echar un vistazo a su alrededor. No recordaba cómo había llegado hasta allí la noche antes, pero la cama de Claudia estaba vacía y las sábanas revueltas, por lo que no había dormido sola. Se oyeron unos ruidos más allá de la puerta del baño y pensó que su compañera estaría dentro, duchándose.

—¡Buenos días! —gritó para hacerle saber que estaba despierta.

Se arrepintió casi de inmediato. Elevar la voz cuando una está resacosa no es la mejor de las ideas. Olivia puso una mueca de dolor, se dejó caer de nuevo en la cama y se cubrió el rostro con la almohada. Necesitaba un ibuprofeno. Urgentemente.

Claudia salió del baño a los pocos minutos. Tenía el pelo mojado y cara de profunda satisfacción cuando se sentó a los pies de su cama.

—¿Qué tal te encuentras?

Por toda respuesta emitió un gruñido que sonó más animal que humano.

—¿Sólo "grrr"? Bueno, podría haber sido peor...

Olivia se incorporó en la cama con dificultad. Se sentía torpe y pesada. Si alguien le hubiera dicho que tenía un yunque sobre la cabeza en ese preciso momento, se lo habría creído sin pestañear, por muy absurda que resultara la idea.

Por el contrario, allí estaba Claudia, radiante, tan entera y preciosa como siempre, a pesar de la cantidad de alcohol que habían ingerido la noche anterior. Tenía el pelo mojado y se lo estaba secando con una toalla.

Los ojos de Olivia siguieron con fascinación el recorrido que trazaron unas gotas de agua al resbalar desde su frente por su mejilla, hasta la fina línea de la barbilla. Y luego también advirtió cómo se despeñaban por el cuello y se perdían por su escote. Claudia se dio cuenta de que la estaba observando, pero prefirió fingir que no lo había hecho. La propia Olivia comprendió que no era de buena educación mirar fijamente a nadie, en especial algunas partes del cuerpo, y pestañeó con fuerza, un poco confusa por aquel absurdo momento en el que el pelo mojado de su compañera le había parecido tan fascinante como para fijarse en él más de lo estrictamente necesario.

—¿Qué pasó ayer? —preguntó por fin, intentando concentrarse.

—Nada. Que te bebiste toda Escocia. Y seguramente parte de Irlanda. Hasta puede que alguna porción del norte de Inglaterra. Me ha llamado la Reina mientras estabas durmiendo —bromeó Claudia— y parecía furiosa: quería saber por qué te has bebido todas las reservas étlicas de Gran Bretaña.

—Oh, ¿y le has dado saludos?

—De tu parte. Pero mucho me temo que eso no ha mejorado su humor.

—Lástima, parece buena persona.

—Lo es, siempre y cuando no toques la bodega de ginebra de la Reina Madre. Eso la pondría hecha un basilisco...

—¡Martell!

—¿Qué?

—¿Que qué pasó anoche? —se desesperó Olivia. Vale, había perdido la paciencia después de todo.

Claudia sonrió triunfalmente. Desquiciar a la pelirroja siempre le dejaba un sabor dulce en los labios, no podía evitarlo.

—La verdad es que estaba esperando a que se te pasara la borrachera para contarte lo que averigüé. Ayer no estabas en condiciones de escuchar —le explicó, dejando la toalla sobre el respaldo de una silla.

Olivia frunció el ceño. Por un instante había olvidado que la noche anterior por fin habían encontrado a Domenech y por lo visto también se había olvidado de otra cosa que la ruborizó de inmediato. En ese instante, un camión de bomberos a su lado habría sido de una tonalidad rojo pálido.

—No te preocupes por eso —se apresuró en decir Claudia intuyendo sus pensamientos—. Prometo no comentar nada en la editorial —afirmó

con un brillo divertido en los ojos.

—Ya, claro.

—Lo digo en serio —insistió Claudia en su tono más grave—. A algunas personas les van los rubios, a otros los morenos... Yo soy muy respetuosa con los gustos de cada uno. ¡Y tampoco es asunto mío si te excita la zoofilia! Mientras no me encuentre a Clorinda mugiendo de placer en mi cama, te prometo que tu secreto está a salvo conmigo.

—Ja, ja. Muy graciosa. Pero dejemos ahora lo de Clor... lo de la vaca —se autocorrigió Olivia—, lo que importa es Domenech. ¿Has averiguado algo? ¿Quiénes eran los otros dos hombres?

—De hecho, sí he averiguado algo, pero poco. Él y los otros dos apenas hablaron durante el trayecto hasta una casa que está como a un kilómetro del pueblo. —Olivia asintió. La resaca le había dejado dolor de cabeza, pero aun así escuchó atentamente—. Por lo poco que hablaron, sé que no son editores. Tengo la sensación de que son sus sirvientes, tal vez ayudantes personales. Chicos de los recados, si quieres llamarlo así.

—¿Eso es todo? —se exasperó Olivia, que acababa de levantarse para meterse en la ducha y beber un poco de agua. Tenía la boca seca.

Se metió en el cuarto de baño, aunque dejó la puerta entreabierta para que pudieran seguir hablando mientras se duchaba. Claudia escuchó el sonido del agua corriendo libre por la bañera.

—La buena noticia es que no se trataba de editores —prosiguió Claudia, elevando el volumen de voz—. Parece que todavía no ha firmado con nadie.

—¿Y la mala?

—Que lo de ayer no cambia nada, no hemos avanzado mucho.

—Bueno, ahora sabemos que sí está por aquí y siempre podemos hacer turnos —propuso Olivia, que ya se había metido debajo del chorro—. Además, si la otra se dedica a hacer pesquisas con los habitantes del pueblo y se gana su confianza, tal vez nos cuenten algo.

Claudia no contestó de inmediato. Todo este asunto la inquietaba y ella no pensaba con claridad cuando estaba estresada. Se levantó y empezó a merodear por la habitación, meditando con la mirada nublada la propuesta que acababa de hacerle su compañera.

Quizá fue sin querer. O puede que algo dentro de ella, un rincón inexplorado de su subconsciente, supiera hacia dónde se dirigía y para qué. Claudia no estaba segura de ello. Pero, en cualquier caso, ya era demasiado

tarde. Acababa de verla por el hueco de la puerta entornada.

Olivia estaba de espaldas, duchándose, desnuda. La indiscreta cortina de aquella bañera se había quedado a medio camino, por lo que era perfectamente visible un generoso trozo de piel por la que resbalaba el agua hacia donde la espalda pierde su nombre. Habría sido muy propio de ella aprovechar tal visión para burlarse, pero la bandada de mariposas cosquilleando su estómago se lo impidió. Sus mejillas se sonrojaron tanto que dio gracias de que la pelirroja no pudiera verla en ese momento y en un acto reflejo hundió las manos en los bolsillos de su pantalón vaquero.

Olivia, mientras tanto, seguía hablando, ajena a lo que estaba ocurriendo, pero para Claudia su voz sonaba ya muy lejana. De hecho, ni siquiera la estaba escuchando. Fue como si su cerebro se hubiera desconectado momentáneamente; le costaba muchísimo entender el significado de las palabras.

Palabras, respóndele.

—Martell, ¿estás ahí? ¿Me estás escuchando?

No, en serio: ¡RESPONDE! ¡YA!

—¿Clau?

Era la primera vez que Olivia se refería a ella como “Clau” y eso la hizo sentir todavía más vulnerable, desprotegida, como si de repente todo su mecanismo defensivo se hubiese oxidado. Se sentía incapaz de mover un solo músculo o de articular palabra. Tuvo que hacer un esfuerzo extra para recordarse a sí misma que ellas dos se odiaban, que llevaban toda la vida odiándose. ¿En qué momento habían empezado a cambiar las cosas?

Durante varios segundos que se hicieron eternos, lo único que se escuchó en la habitación fue el sonido del agua golpeando rítmicamente el suelo de la bañera, y este silencio hizo que Olivia se preocupara. La pelirroja frunció el ceño, extrañada, y cerró el grifo.

—Martell, ¿estás ahí?

Claudia carraspeó, incómoda. Había empezado a ordenar los objetos que estaban sobre su mesita de noche para mantener su mente ocupada y disimular. Lo último que quería era que Simón descubriera que la había estado mirando por error, porque había sido por error, ¿verdad?

—Sí... estoy aquí —respondió por fin en un tono apenas audible. Le temblaba la voz.

Olivia salió del baño, envuelta en una toalla.

—¿Me estabas ignorando?

—No —dijo Claudia, que se encontraba de espaldas a ella, aparentemente muy concentrada en hacer la cama, aunque en su interior fuera un amasijo de nervios.

Olivia se sintió ligeramente ofendida de que no la mirara, pero interpretó su actitud como una de las múltiples rarezas de su compañera de trabajo y se dirigió hacia el armario para encontrar algo que ponerse.

—Entonces, ¿qué opinas de lo que he dicho?

—Sí, ya te lo he dicho —dijo Claudia, intentando disimular el nudo que tenía en la garganta—, me parece buena idea.

Cuando terminó de hacer la cama, buscó con la mirada algo más en lo que ocupar sus manos, le servía cualquier tarea que le permitiera no tener que fijarse en Olivia, especialmente ahora que la sentía detrás, muy cerca, envuelta en una minúscula toalla blanca que hacía juego con la palidez de su piel.

Como la pelirroja estaba de espaldas no pudo ver cómo le temblaron las manos al darse cuenta de que la habitación estaba impecable y que todas sus pertenencias se encontraban en perfecto orden. Se había quedado sin excusas para no mirarla.

Olivia acabó de revolver en su armario porque encontró lo que estaba buscando, y aunque barajó la posibilidad de cambiarse en el baño, llegó a la conclusión de que esconderse sería muy absurdo. A fin de cuentas, por muy reservada que fuera, habían estudiado en el mismo instituto, por lo que ninguna iba a ver nada que no hubiera visto ya en las clases de educación física. Las dos habían sufrido la tortura de tener que vestirse y desvestirse delante de sus compañeras en los antihigiénicos vestuarios de su instituto. Así que decidió cambiarse allí mismo, a medio metro de donde se encontraba su compañera, que todavía le estaba dando la espalda.

A Claudia le bastó con escuchar el ruido de la toalla cayendo sobre el respaldo de la silla para comprender que tenía que irse de aquella habitación de inmediato; cuanto antes, mejor.

—Te espero abajo, ¿vale? —le dijo, saliendo disparada hacia la puerta—. Tengo hambre.

Abandonó la habitación tan deprisa que Olivia solo alcanzó a ver su espalda cuando se giró para ver qué ocurría. La muchacha frunció el ceño, extrañada, pero de nuevo decidió interpretar este desplante como otra de las rarezas de Claudia Martell. Pero, ahora que lo pensaba, quizá era mejor así, porque eso le permitiría llamar tranquilamente a Luis para disculparse

por haberle dejado colgado al teléfono. Se encogió de hombros y siguió vistiéndose.

Al bajar al pequeño comedor, Olivia advirtió que el señor Winehouse la miraba de una manera extraña, como si le tuviera miedo o le guardara rencor por algo. Buscó la mesa donde su compañera estaba a punto de terminar su desayuno, sin apartar la vista del posadero, preguntándose si el extraño comportamiento del hombrecillo tenía algo que ver con el incidente del colchón. Olivia creía que aquel capítulo había quedado olvidado.

—¿Le ocurre algo? —le susurró a Claudia nada más sentarse a su lado, mientras se servía un poco de té en su taza de desayuno—. Me mira raro.

Claudia le dio el último sorbo a su café y abrió el periódico que antes había dejado sobre la mesa.

—No lo sé, pero quizá tenga algo que ver con el hecho de que ayer casi le provocas un infarto a su mujer.

Olivia frunció el ceño. —Mientes, no hice semejante cosa.

—Oh, sí, lo hiciste —se limitó a responder la morena con una sonrisa—. Aunque tengo que reconocer que fue bastante gracioso asistir a semejante interpretación operística a la una de la madrugada. Todavía no entiendo cómo no protestaron los otros huéspedes. Pero no te preocupes, apenas desafinaste. Por cierto, ¿qué era lo que graznabas?

Su primer impulso fue negarlo todo, porque estaba convencida de que aquella era otra de las bromas de Martell, que estaba intentando jugarle una mala pasada, pero entonces le vino a la memoria una porción de recuerdo, un pequeño flash que le impidió replicar. Se vio a sí misma entonando un pasaje de Turandot mientras una rechoncha mujer con la cabeza trinchada de rulos y un extraño potingue verde en la cara salía de una de las habitaciones de la posada, escoba en mano, gritando "¡Ladrones, ladrones!".

La realización la dejó boquiabierta, con la queja colgando en los labios. Claudia la miró por encima del periódico y alzó una ceja.

—Oh, el amargo peso de los recuerdos... —afirmó teatralmente, sonriendo—. Acábatelo rápido —le dijo después, señalando el desayuno—, tengo una idea.

Levantó otra vez el periódico y siguió leyendo donde lo había dejado.

Olivia no fue capaz de articular palabra en lo que restó de desayuno.

Como no podía ser de otra manera, la gran idea de Claudia la dejó un poco desconcertada. Por el momento se habían limitado a comprar el pan en la única panadería que había en Durness y a esperar sentadas en el robusto merendero que había en el exterior del establecimiento. Olivia miraba de refilón la barra de pan, como preguntándose qué tenía que ver un trozo de harina cocido con la firma de un contrato con un escritor famoso.

Le había preguntado en qué consistía su idea en varias ocasiones, pero Claudia había respondido todas las veces con evasivas, y ahora Olivia estaba tan enfadada que llevaban varios minutos sin dirigirse la palabra. Lo que más le enfurecía era que Martell parecía totalmente indiferente a su pataleta, concentrada como estaba en acabar el sudoku del periódico que había tomado prestado en la posada. Intentó llamar su atención un par de veces, pero siempre le contestaba con un “ajá”, un “hmm”, o cualquier otro monosílabo onomatopéyico que solo conseguía desquiciar todavía más sus nervios. Por su bienestar mental, trató de entretenerse viendo salir y entrar a la gente de la panadería, pero tampoco esto ayudó a aplacar el mal humor que sentía.

Algunos de los lugareños las saludaron con la cabeza, otros las miraron sin reparo, como preguntándose quiénes eran y qué hacían allí sentadas. Olivia supuso que era impropio de turistas tomarse un descanso tan largo a las puertas de una panadería y observar el devenir cotidiano de los lugareños.

—¿Vas a decirme de una vez qué estamos haciendo aquí?

—Pronto —respondió Claudia con otra evasiva—. Primero quiero acabar esto.

Pero el “pronto” se alargó tanto que acabó convirtiéndose en diez minutos, y luego en veinte, hasta que se cumplió la media hora y Olivia ya no fue capaz de leer una línea más de *Penélope, una historia*, en parte porque no le interesaba lo más mínimo, pero también porque tenía demasiada ansiedad por descubrir qué estaban haciendo allí.

En otra época, en otro momento, se habría negado a acatar las “órdenes” de Claudia y probablemente se hubiera ido a la posada o a buscar rastros de Domenech por su cuenta. Pero si tenía que ser razonable, ella ni siquiera tenía un plan. Se encontraba perdida, sin recursos. Llevaban dos días allí y hasta el momento no había tenido ninguna idea útil.

Además, por extraño que parezca, Claudia le transmitía cierta seguridad. Ella era una mujer decidida, que transmitía una seguridad aplastante, difícil de ignorar, y todas las cosas que había propuesto habían tenido un cierto resultado, así que no había motivos para pensar lo contrario en esta ocasión.

Sucedió al borde de la media hora de espera. La cara de Claudia se iluminó de repente y dejó a un lado su sudoku, incompleto por apenas un número. Después dobló el periódico y le dedicó una sonrisa radiante a alguien. Olivia tuvo que girarse para saber a quién se dirigía.

Se trataba de un hombre de mediana edad, de cabello negro azabache y piel de un tono oliva que le hizo pensar que, seguramente, no era de descendencia británica. Quizá española o italiana, pero definitivamente no parecía inglés. El hombre se mostró un poco desconcertado al principio por la sonrisa que le dedicó Claudia. Miró por encima de su hombro, convencido de que iba dirigida a otra persona, pero al ver que no tenía a nadie detrás, su boca se curvó en una media sonrisa.

—¿Nos conocemos de algo? —le preguntó él en un perfecto inglés.

—No, que yo sepa —respondió Claudia con desparpajo—, pero eso tiene fácil arreglo. Soy Claudia, esta es mi amiga Olivia.

¿A qué venía todo aquello? Una arruga se dibujó en la frente de la pelirroja.

Claudia le tendió la mano al desconocido y su sonrisa se hizo más profunda, más ancha, una sonrisa de dientes blancos como las teclas de un piano, como si haberle conocido hubiera sido el acontecimiento más excitante de todo el día.

—Aristides Chronos, mucho gusto —respondió él con pomposidad, estrechándoles la mano.

Olivia no daba crédito a lo que estaba presenciando. Quería pensar que aquello tenía algo que ver con su plan maestro y misterioso, pero tratándose de Martell podía ser cualquier cosa. Cabía la posibilidad de que aquel hombre fuera solamente un lugareño que había llamado su atención para flirtear un rato. Con ella nunca las tenía todas consigo.

La morena le hizo una señal de invitación con su mano y el hombre tomó asiento a su lado. Al cabo de cinco minutos y de un exhaustivo y disimulado interrogatorio por parte de su compañera, ya sabían que Aristides Chronos era de ascendencia griega y de carácter afable y apasionado. Estaba en Durness de paso, para tratar con uno de sus clientes:

un escritor algo estrafalario que había completado una novela recientemente y se mostraba un poco reacio a su publicación.

—¡Ah, eso suena muy interesante! —exclamó Olivia, comprendiendo de repente. Miró a Claudia, francamente sorprendida. ¿Cómo lo hacía?

—¿Y por qué no quiere publicarla?

—Está un poco cansado de la atención mediática que provoca la publicación de sus novelas —les confesó Aristides—. Pero esta es su obra maestra, no puede dejar que se pudra en un cajón.

—No, claro.

Al griego se le llenó la boca de cumplidos hacia el trabajo de su cliente y, por su entusiasmo, Olivia comprendió que era solo cuestión de tiempo que Chronos se llevara un buen pico de los beneficios que reportara la venta de la obra. Se acordó entonces de las palabras de Arturo Morán, durante la reunión que tuvo con ellas: “Ese cabrón tiene tantas deudas que no parará hasta que consiga ordeñarle el último céntimo”.

—Vaya, qué interesante —afirmó, intentando disimular su emoción. Tenía que fingir que el tema no iba con ellas, parecer genuinamente desinteresada por el asunto—. ¿Es mucha indiscreción preguntarle de quién se trata?

Aristides Chronos hizo una mueca de autosuficiencia. Había estado esperando esa pregunta los últimos diez minutos. Su pecho pareció hincharse cuando por fin pudo pronunciar el nombre de Jorge Domenech.

—Ustedes que son españolas, seguro que lo conocen. Pero, por favor, no me trates de usted, me haces sentir mayor —dijo él, en un tono que dejaba a las claras que estaba coqueteando.

Olivia sabía que debía mostrarse afable para ganarse su confianza, y por eso sonrió. A duras penas, pero le dedicó su mejor sonrisa fingida. Él pareció aceptarla de buen grado, y al cabo de unos minutos de charla intrascendente en los que era Claudia quien llevaba la batuta de la conversación, Chronos se comprometió a enseñarles las maravillas del pueblo y a hacer de guía por la zona.

—Si hay suerte, a lo mejor el propio Domenech se une a nosotros. Siempre se muestra muy agradecido por la compañía de mujeres tan guapas como vosotras.

Tenía que reconocerlo: Claudia era una maestra de la estrategia. Desconocía cómo lo había hecho, pero de repente se encontraban sentadas con el representante de Domenech en el exterior de una panadería de

Durness, charlando con él animadamente.

Más tarde descubrió que Claudia tan solo había aplicado la lógica para encontrar a los acompañantes del escritor en los lugares más transitados del pueblo. Los alrededores de la panadería le habían parecido uno de ellos.

—Anoche, los hombres misteriosos que estaban con Domenech, me sonaba la cara de uno de ellos —le explicó—. Luego vi que Morán metió una fotografía suya en el expediente que nos pasó Vicky.

—¿Desde cuándo eres tan lista?

—Lo he sido siempre, Simón, pero tú es que estás muy ciega.

—Sí, puede ser. Tendré los ojos más abiertos a partir de ahora —dijo. Y sin saber muy bien por qué, no pudo evitar pensar en Luis.

Capítulo 7

EL MONSTRUO VERDE Y LA CHICA DEL VESTIDO DORADO

Tras el encuentro con Aristides Chronos la relación entre las dos mejoró considerablemente. Todavía discutían de vez en cuando por el mero arte de discutir, ese deporte no olímpico que tan bien se les daba, pero ahora se había interpuesto entre ellas algo no previsto, un sentimiento que nunca habían experimentado antes: la admiración mutua.

Claudia admiraba a Olivia por la calma y madurez con la que afrontaba casi todas las situaciones, incluso hablar con un personaje como Aristides Chronos, que claramente le resultaba insoportable. Y Olivia admiraba profundamente la iniciativa y el arrojo de Claudia. Puede que sus métodos no fueran demasiado ortodoxos (ligar con el agente de un autor no le parecía la mejor manera de firmar un contrato), pero tenía que reconocer que eran igual de efectivos que cualquier otro, sino más.

Sea como fueren los cambios que ambas estaban atravesando, lo cierto es que Olivia había empezado a descuidar su relación con Luis. Él la había llamado en varias ocasiones al teléfono de la habitación, pero todavía no había conseguido dar con ella. Su móvil funcionaba a ratos, cuando había cobertura, que era casi nunca, y la conexión a internet resultaba todavía más inestable, aunque a veces les permitiera revisar sus correos electrónicos. Luis llegó a estar tan preocupado que acabó mandándole un e-mail para preguntarle si todavía se encontraba con vida o si, en su defecto, había acabado con la de Claudia y se había escondido en algún lugar recóndito de los fiordos escandinavos.

Olivia consideró su contenido un poco exagerado (“Dime, por favor, que no la has estrangulado y te has fugado. ¡Hablo en serio! Luis”), pero le contestó todo lo rápido que pudo para que no se preocupara.

Fernando también había hecho varios intentos de hablar con ella, todos en vano, pero su amigo había sido mucho más práctico y en su e-mail sólo ponía “¿Todo bien? He intentado contactar contigo, pero es imposible. Me rindo”. La novia de Fernando, Julia, como siempre, había ido directamente al grano: “Oye, tú, como no contestes pronto voy a tener que

darle respiración asistida a Luis. ¡CREE QUE TE HAS MUERTO! Yo sé que estás perfectamente bien, ocupada, pero dinos algo. Te quiere. Jules". Y de su extravagante amiga Amanda era casi mejor no hablar, porque seguía sin comprender el correo electrónico que le envió: "Luis dice que es probable que hayas muerto. Si has muerto, ¿puedo enterrarte junto a mi tía Augusta? Dicen que da suerte enterrar a dos pelirrojas juntas (aunque en el fondo espero que estés bien). Amanda".

La verdad era que había estado demasiado ocupada redactando informes sobre el comportamiento de Domenech, analizando maneras de abordar la cuestión de su nueva obra y haciendo frecuentes visitas a una de las dos tabernas del pueblo, donde ya las conocían y apenas se sorprendían de que invadieran su pequeña república eminentemente masculina. Pasaban tanto tiempo allí que Olivia se había aficionado a la cerveza y su resistencia al alcohol era ahora mucho mayor.

—¿A ti también te envían e-mails? —se atrevió a preguntarle a Claudia mientras cerraba el que le había enviado Julia. La pelirroja dio un trago a su cerveza mientras esperaba una respuesta.

—¿Quiénes?

—Pues no sé, tus amigos, tu familia, ya sabes.

—¿No habíamos dicho que nada de preguntas personales? —contestó Claudia, tachando una de las frases que había escrito en su agenda.

—Oh, vamos, no puedes hablar en serio después de todo lo que hemos pasado juntas.

—Mi pasado —respondió secamente la morena, luchando para que aquel bolígrafo escribiera.

—¿Qué ocurre con tu pasado?

—Que eso es lo que conoces de mí. Las cosas han cambiado mucho desde que dejamos el instituto, Olivia.

La pelirroja rodó los ojos. Estaba convencida de que Claudia solamente trataba de hacerse la interesante. Porque, en realidad, ¿qué podía haber cambiado en esos años? Ella seguía siendo la de siempre, con sus histerias y su incansable búsqueda de la perfección. Luis todavía comía con la boca llena, aunque supiera que eso la sacaba de quicio. Amanda seguía obsesionada con revistas que ella catalogaba de divulgación científica pero que no eran más que panfletos de ciencia-ficción sacados de la imaginación de un grupo de pseudo periodistas. Tendrían suerte si no acababa enrolada en la Cienciología. Y aunque a Fernando se le hubiera

pasado ya su afición por los deportes de riesgo y esa manía suya de arrastrarlos a todos hacia una muerte segura, no significaba que hubiera dejado de ser un yonqui de la adrenalina. En vista de que toda la gente de su entorno seguía más o menos igual, ¿qué podía haber cambiado tanto para Claudia?

Tenía claro que se trataba de una excusa para no decirle la verdad, que no era otra sino que todavía no confiaba en ella. O si lo hacía, parecía claro que no se sentía cómoda para compartir detalles de su vida personal. Pero, por mucho que le molestara, lo cierto era que no podía culparla por ello. Aunque los últimos días hubieran hablado de asuntos que Olivia etiquetaba inequívocamente como personales, sabía que no iba ser fácil olvidar el pasado.

Y, sin embargo, aquello quedaba ya tan lejano en su mente, que a veces se sorprendía de lo rápido que había conseguido pasar página. Era como si se hubiera bebido un elixir mágico que le hubiera hecho olvidar y, así, cosas que antes habría interpretado como una verdadera afrenta, le provocaban ahora una sincera hilaridad. Una de ellas era el mítico episodio del lazo de raso azul, que despertó las carcajadas de ambas al recordarlo.

—¡Tengo que buscarlo! Estoy segura de que todavía lo tengo —le dijo Claudia con entusiasmo.

—¿Estás de broma?

—No, qué va. Me lo quedé como si fuera un trofeo.

—Pues encuéntralo y lo enmarcamos. Tú te lo quedas unos meses, yo me lo quedo otros. Custodia compartida.

A la vista de todo esto, para ella las palabras de Claudia eran un paso atrás, y le hería que no confiara en ella.

—Como quieras —afirmó con ese tono altanero que empleaba cuando trataba de fingir que algo no le importaba. Después dio el último trago a su bebida—. ¿A qué hora habías quedado?

Claudia estaba distraída mirando de reojo hacia la puerta.

—Ahora. Llega puntual.

En la dirección que le indicaba, vio a un hombre bastante apuesto. Se estaba quitando el abrigo para colgarlo en un perchero. El hombre miró en su dirección y sonrió a las dos muchachas, que le devolvieron el saludo.

Olivia parecía nerviosa. Se estaba esforzando en sonreír pero no lo conseguía.

—Cuidado... se acerca —le advirtió la morena—. ¡Buenos días, señor

Chronos!

—Oh, señorita Martell, por favor llámeme Aristides —le dijo antes de hacer una aparatosa genuflexión y besar su mano.

Ella sonrió, complacida.

—¿Están listas para nuestra pequeña excursión?

—Precisamente de eso estábamos hablando. Olivia me estaba diciendo lo muchísimo que le gusta el paisaje local. Ella también es una entusiasta de las verdes praderas de Durness.

—Y no me extraña lo más mínimo. Son sin duda uno de los paisajes más espectaculares de toda Escocia.

Así fue como empezó todo. Este fue el comienzo de una inmensa bola de nieve que desembocó en la inesperada consternación de Olivia.

Aristides Chronos, el agente de Jorge Domenech, con quien Claudia llevaba dos días coqueteando, fue su guía el resto de la mañana. Durante el tiempo que estuvieron visitando las maravillas naturales de la zona, la pelirroja disfrutó como una niña. Sacó fotografías que sabía que a Luis le iban a encantar; se deleitó con la fresca brisa invernal que golpeaba los pedregosos acantilados de Durness, y a pesar de las atenciones que Aristides Chronos le dedicaba a su compañera, en ningún momento se sintió que sobraba. Pero eso fue hasta que decidieron hacer un receso para comer. A partir de ese momento todo cambió.

Decidieron almorzar en una pequeña tasca famosa por su comida casera. Por insistencia de Claudia, ella quedó sentada enfrente de ellos, algo un poco inusual teniendo en cuenta que tenían que compartir un banco de madera. Pero Olivia no se quejó porque tenía clara cuál era la estrategia: dado que Aristides se había presentado solo y no había sido posible conocer a Domenech, el plan era seducir al agente a toda costa, costase lo que costase. Esa era su única y última esperanza para conseguir un encuentro con el escurridizo autor.

Desde hacía días, la gente del pueblo no hablaba de otra cosa. Todos estaban enterados ya de la fiesta que iba a dar el escritor. Ellas se habían enterado gracias a la dueña de la tienda de comestibles, la misma que pocos días antes les había negado tajantemente conocer la existencia de un escritor de renombre en los alrededores. El cambio de actitud solo podían achacarlo al hecho de que en Durness se acababa sabiendo todo. En opinión de Olivia, que las hubieran visto en compañía del agente de Domenech estaba actuando en su favor, porque ahora los pueblerinos creían que ellas

dos eran personas del círculo más cercano al escritor, y ya no tenían tanto reparo en salvaguardar su vida privada.

De todos modos, quedaba claro que Domenech no era amigo de los guateques ni de las apariciones públicas a no ser que tuviera que anunciar algo de suma importancia. ¿Y qué cosa más importante podía haber que su inminente regreso a las librerías y, posiblemente, a las listas de los más vendidos? Además, de ser cierta la teoría de Chronos, esta podría ser su mejor obra (o por lo menos muy superior a *Penélope, una historia*, que Claudia había dado por imposible y Olivia había leído tras ejecutar un concienzudo ejercicio de responsabilidad). Si querían asistir a la fiesta, Aristides Chronos era su única oportunidad. Tenían que jugárselo todo a esa carta.

En un principio, a Olivia la idea le pareció brillante. Era uno de esos planes que no podría haber ingeniado ella porque para hacerlo se necesitaba una picaresca de la que carecía. Pero habida cuenta del magnetismo que Claudia ejercía en los hombres y del evidente interés del griego por ella, el plan era perfecto. Tan solo tenían que conseguir que él las invitara a la fiesta y allí por fin podrían hablar cara a cara con Domenech, sin necesidad de forzar la situación.

Aristides Chronos era una presa fácil, una conquista segura. Se trataba de un hombre transparente, en ocasiones demasiado franco, que se mostraba tan interesado por los encantos de Claudia que un poco más de entusiasmo le habría hecho resultar patético.

El problema fue que llegó un momento en el que todo aquello dejó de parecerle la gran idea que era. No descartaba haber perdido del todo la chaveta, pero ahora que estaba asistiendo a uno de los espectáculos de seducción de Claudia Martell sentía ganas de abofetear a Chronos y acabar lanzándole una mirada que lo dejara seco en el sitio, con esa estúpida y displicente sonrisa suya congelada en sus labios.

Olivia se dio cuenta de que nunca antes había sentido tanta inquina hacia alguien (a excepción de la propia Claudia) y lo absurdo de todo era que no entendía de dónde procedía esa bilis reconcentrada.

Lo único que sabía era que tenerlos al lado resultaba muy incómodo. Si el tal Aristides hacía una gracia, ella se la reía con ganas. Sus chistes eran verdaderamente malos y casi siempre involucraban cabras (¡cabras, por todos los santos!), pero Claudia se desternillaba de risa como si fueran comentarios de gran inteligencia. Después echaba su larga melena hacia un

lado. Luego se mordía o humedecía el labio inferior. Entonces la mirada del maldito Aristides bajaba y bajaba, ojos, nariz, labios bien perfilados, se clavaba en su boca con deseo y, si podía, descendía un poco más allá de la clavícula de Claudia hasta acabar en sus pechos.

—...y el muy loco de Domenech ordenó que metieran las cabras en el cobertizo...

La morena rio este nuevo chiste con ganas. Echó la cabeza hacia atrás y sus carcajadas retumbaron por todo el local. Olivia empezó a pensar que su compañera de trabajo o bien tenía un pésimo sentido del humor o un jodido problema mental.

—¡Eres tan divertido, Aristides! —ronroneó con voz de gatita mimosa mientras le acariciaba disimuladamente el brazo.

—Sí, es una historia fascinante —musitó Olivia para el cuello de su camisa—. Abrumadora. ¡Hay que ver la de cosas que se pueden hacer con una cabra! Jamás lo hubiera imaginado.

No deseaba arruinar el plan, pero le hubiera gustado que Claudia acabara ya con aquella pantomima tan dolorosa. Tamborileó los dedos sobre la mesa de madera. Se sentía inquieta, estaba de muy mal humor y tenía unas ganas irrefrenables de levantarse e irse. Al principio creyó que era porque estaba aburrida, no porque Claudia insistiera en tocar la sudorosa mano de aquel hombre o acariciarle la espalda, aprovechando cualquier oportunidad para tener contacto físico con él. Se dijo a sí misma que estaba furiosa porque se sentía invisible, minúscula, ignorada.

Para ser justos, Aristides se había esforzado por hacerle partícipe de la conversación, al menos inicialmente. Pero cuando Claudia sacó la artillería pesada de sus flirteos, aquello parecía un fuego cruzado de los cañones de la Armada española, y el griego se olvidó pronto de su presencia. Justo en el momento en el que la morena escurrió su trasero por el banco de madera para acercarse más a él, Olivia dejó de existir.

Claudia le rió entonces los chistes todavía más alto. Se mostró melosa y coqueta. Se mordió el labio unas diez veces, pestañeó más de cien. Hasta que su mano se perdió de vista por debajo de la mesa. Y no, no la estaba tocando a ella. La mano de Claudia no le estaba rozando ni una minúscula porción de piel, pero se había perdido en algún lugar debajo de la mesa.

Ahí Olivia supo que la que tenía el jodido problema era ella.

Estaba celosa. No, era peor: se moría de celos.

Se sentía como si un monstruo verde estuviera creciendo en su

interior, haciéndole sentir indefensa y experimentó la misma acidez en el estómago que la primera vez que vio a Luis besarse con su exnovia Carmen, mucho antes de que ellos dos estuvieran juntos, antes incluso de que la propia Olivia se admitiera a sí misma lo que sentía por él. Pero aun así no consiguió explicar lo que estaba sintiendo. Tan solo notó que su mandíbula se estaba poniendo tensa y que sus ojos se entornaron hasta convertirse en dos peligrosas rendijas por las que escudriñó con amargura al griego. También estaba allí aquel hueco que conocía tan bien, la sensación de que alguien le había arrancado algo justo en medio de su pecho. El corazón, un pulmón, podía ser cualquier órgano importante, daba igual, no se encontraba bien, nada bien, y eso era todo. Algo había dejado de funcionar dentro de ella porque no estaba celosa de Claudia, como cabría esperar, estaba celosa del griego por estar recibiendo las atenciones de su compañera.

—Perdonad que os interrumpa —dijo, cortando el enésimo chiste protagonizado por unas cabras—. Me encuentro bastante indispuesta. Si no le importa, señor Chronos, retomaremos esta agradable conversación en otro momento, pero ahora me temo que debo regresar al hostel.

Aristides Chronos hizo un gesto de asentimiento con la cabeza. La pelirroja se levantó y aunque sintió los ojos de Claudia clavados en su nuca, no se molestó en darse la vuelta. Si lo hubiera hecho, habría visto que intentaba pedirle con la mirada que no se fuera.

Claudia entró en la habitación hecha una furia. Después de lo ocurrido, lo último que quería era ver a Olivia, pero estaba cansada y no le quedaba más remedio ahora que compartían cuarto.

Todavía no podía creer que la hubiera dejado sola con un hombre que no le interesaba en lo más mínimo. ¡Con un hombre que apenas conocía, por el amor de dios! Podía haberse tratado de un violador, un ratero o un secuestrador, pensó para sí, dramatizando la situación por completo. Sentía tanto rencor que no le hubiese importado encararse a Olivia y echar así por la borda los últimos días de tregua que habían vivido.

Pero no pensaba hacerlo. Esta vez había hecho propósito de enmienda. Seguramente no podría evitar estar un poco distante, pero lo único que iba a hacer era entrar en la habitación, tumbarse en su cama y abrir un libro, actuando como si nada hubiera ocurrido. Si Olivia colaboraba un poco, el enfado se le habría pasado cuando llegara la hora de la cena.

Lo que Claudia no se esperaba era que su compañera de trabajo adoptara la misma estrategia que ella. Tan pronto entró en la habitación, Olivia empezó a actuar como si nada hubiera ocurrido, y eso acabó con la poca paciencia que le quedaba.

—¿Qué tal ha ido todo? —le preguntó cuando se tumbó en la cama.

—Bien —contestó Claudia de manera monosilábica.

Olivia enarcó una ceja.

—¿Sólo "bien"? ¿Eso quiere decir que lo has conseguido?

—Puede.

La pelirroja la miró extrañada.

—¿Te pasa algo?

Trató de morderse la lengua. Era lo mejor, ella lo sabía. Las cosas iban bien así. No quería empezar otra discusión con Olivia, pero estaba tan enfadada que al final no fue capaz de contenerse.

—En serio, Olivia, ¿cómo puedes ser tan egoísta?

—No te entiendo, ¿a qué te refieres?

—Pues que la próxima vez que planees dejarme sola con un extraño, ¡por lo menos avisa!

—Ya te lo he dicho: me encontraba indispuesta.

—¿Indispuesta? ¿A eso le llamas estar indispuesta? Desaparecer con cara de malas pulgas y hacer comentarios sarcásticos pensando que nadie te escucha, no es lo que la gente normal llama "estar indispuesta".

¡Cualquiera diría que estabas celosa!

—¿Celosa? ¿Yo? —le espetó con incredulidad, aunque sabía de sobra que eran celos lo que había sentido al verla coqueteando con el griego.

—Sí, celosa.

—¿Y de qué iba a estarlo, Claudia? ¿De cómo te avergüenzas comportándote así con un hombre al que no conoces de nada solo para conseguir que *te* invite a una estúpida fiesta?

—Nos invite a una estúpida fiesta. Y ni siquiera hice nada, tan solo le estaba acariciando la pierna.

—Da igual, hay mil maneras de hacerlo, no es necesario comportarse como una puta.

Por alguna extraña razón, esas palabras traspasaron el pecho de Claudia con la misma facilidad con la que lo habría hecho una flecha. La habían llamado zorra muchas veces, cientos de ellas, pero ninguna le había dolido como aquella.

Olivia notó su gesto de dolor y aunque se arrepintió de haber sido tan cruel, su orgullo fue más poderoso. Barajar la remota posibilidad de estar celosa no entraba en sus planes aquella noche y disculparse, tampoco.

—¿Y a ti qué más te da si soy o no una puta, eh? —protestó Claudia, todavía dolida. Debería haberla mandado a paseo o haberla ignorado, como había hecho otras veces ante el mismo comentario, pero no fue capaz. Olivia le importaba. ¿Desde cuándo?—. Lo normal sería que te diese igual lo que hago o dejo de hacer, siempre y cuando no te afecte.

La pelirroja no supo qué responder. Tenía razón.

—¿Ves? Ahí lo tienes: no sabes qué decir ¿Y sabes por qué? ¡Porque estás celosa!

—¡Por favor! El día que esté celosa de ti será el día en que las vacas vuelen.

Claudia se acercó a la ventana con grandes zancadas y descorrió la cortina.

—¡Mira, Olivia! —exclamó, señalando hacia el exterior—. ¡Es Clorinda! ¡Ha venido surcando el cielo para saludarte!

Olivia se acercó a la puerta y la abrió con furia.

—¡Oh, mira, Clau! Ha venido a buscarte el agente de Domenech. ¡Pregunta si tu cama está libre esta noche! Oh... buenas tardes, señor Winehouse... Que pase un buen día —saludó al posadero, ruborizándose momentáneamente al ver que pasaba por allí justo en el momento en el que había abierto la puerta. Después se la cerró en las narices.

Claudia no daba crédito al comportamiento de la pelirroja, y era muy frustrante. Se sentía fuera de sí, iracunda, incapaz de que no pudiera comprender por qué se había rebajado tanto delante de aquel imbécil petulante de los chistes de cabras. Sentía ganas de abofetearla por ser tan egoísta y no ver que todo aquello formaba parte de un plan para conseguir que las invitara a la fiesta. ¿Por qué no podía entenderlo?

—¡Te juro que no te aguanto! ¡Eres insoportable!

—¡La que no te aguanto soy yo! ¡No sabes las ganas que tengo de llegar a Madrid para librarme de ti!

—¡Estupendo! ¡Ya somos dos!

Claudia notó que Olivia respiraba con dificultad. En un acto reflejo la mano se le había crispado y había apretado el puño en el bolsillo de su chaqueta. Permanecieron un buen rato mirándose, estudiándose con las pupilas encendidas, tratando de calmarse. Olivia tuvo que recordarse a sí

misma que tenía enfrente a una compañera de trabajo y Claudia hizo un verdadero ejercicio de control mental para no llegar a las manos.

—¿Y bien? ¿Lo has conseguido? —preguntó la pelirroja. Todavía respiraba con dificultad pero se encontraba un poco más calmada.

—Sí, el viernes, a las siete.

Se hizo un silencio extraño, incómodo. Olivia clavó la mirada en el suelo y se ruborizó.

—Siento... lo de antes... No pretendía dejarte sola... Ni tampoco insultarte.

Otro extraño silencio.

—Y yo siento haberte gritado —se disculpó Claudia, mesándose el cabello con nerviosismo—. Me sentó mal que me dejaras sola con ese idiota.

Olivia sonrió. Se había convencido a sí misma de que su compañera estaba verdaderamente interesada en Aristides Chronos, y de alguna manera resultaba un consuelo saber que no era así.

—Bueno, eso está bien, por un momento pensé que te interesaba el hombre de las cabras.

La morena rio con ganas antes de menear la cabeza con descrédito.

—Qué poco me conoces, Olivia. ¡Yo tengo muchísimo mejor gusto! —le dijo antes de dedicarle una mirada que le hizo estremecer sin motivo. Pero Claudia decía la verdad. Tenía un gusto exquisito.

Si alguna cosa había quedado clara tras haber pasado una semana entera en Durness era que Jorge Domenech era lo más parecido a un cacique. Los habitantes le idolatraban y guardaban respeto porque daba trabajo a muchos lugareños. Este era el motivo por el cual mucha gente en Durness protegiera con celo la intimidad del escritor. Todos sabían que a él le gustaba preservar su vida privada y hacían lo posible por mantener a raya a los curiosos. Lo positivo era que ahora se habían convertido en parte de la familia, pero tenían por delante la parte más difícil: convencer al escritor de que firmara un acuerdo con su editorial.

Con el paso de los días y los escasos avances que habían hecho para acercarse a él, ambas acabaron comprendiendo lo importante que era aquella fiesta. Debido al hermetismo en el que se hallaba sumido el pueblo de Durness y las escasísimas apariciones públicas de Jorge Domenech, si no conseguían hacerle firmar durante esa fiesta, ya podían olvidarse de

hacerlo en otra ocasión. Tendrían que regresar a Madrid con las manos vacías y esa posibilidad quedaba completamente descartada. Solo de imaginar la cara que pondría Morán, a Olivia se le ponían los pelos de punta.

La elección de la indumentaria fue el primero de sus contratiempos. Ninguna había previsto asistir a una fiesta de gala y cualquier esperanza de encontrar un modelo adecuado en la única tienda de ropa que había en los alrededores quedaba descartada: Modas Rupperta no se parecía en nada a Dolce & Gabbana.

Tuvieron suerte de que Fernando se prestara a hacerles el favor durante el comienzo de sus vacaciones navideñas. Él y su novia Julia les enviaron varios vestidos para que pudieran elegir el que más les gustaba.

—¿Seguro que es una buena idea? ¿Y si el griego no es más que un ganadero de la zona y os está tomando el pelo? ¿Qué pasará entonces? —les comentó el muchacho durante una conversación telefónica.

—Tranquilo, Fernando.

—Sí, no te preocupes: Oli lo tiene todo bajo control —afirmó Claudia por detrás, para sorpresa del muchacho, que no pudo evitar preguntarse desde cuándo frases como “Oli lo tiene todo bajo control” formaban parte del vocabulario de Claudia.

Sintió tentaciones de hacer algún comentario al respecto, pero se limitó a intercambiar una mirada con su novia, como diciéndole “luego te cuento”.

El vestido que eligió Olivia era largo, de un favorecedor color champán. Con ayuda de Claudia, se las había arreglado para dominar su casi siempre despeinada melena y ahora la llevaba recogida en un elegante moño, dejando al descubierto la zona de su nuca, que resultó ser tan seductora que Claudia no pudo evitar apreciarla de soslayo.

Ella iba completamente de rojo, con un vestido que marcaba su curvilíneo cuerpo. Se había pintado los labios a juego y estaba tan guapa que Olivia sabía que tan pronto hiciera su aparición, todas las miradas se centrarían en ella. Había sido así desde el colegio; ahora no podía ser diferente. Pero, a decir verdad, ella tampoco se veía mal. La propia Claudia parecía sorprendida de su atuendo y acababa de cazarla observando su muslo, porque su vestido tenía una raja que hacía que al sentarse se le viera gran parte de una pierna.

—Ya hemos llegado —anunció el señor Winehouse, que se había

prestado a llevarlas a la casa de Domenech en su furgoneta.

—No me habías dicho que vivía en un castillo.

Claudia se encogió de hombros.

—No me lo preguntaste. Estabas demasiado ocupada enfadándote conmigo.

Olivia sonrió. A pesar de las discusiones, tenía que reconocer que Claudia empezaba a caerle muy bien.

El castillo de Beckinsale era una de las propiedades más importantes de Escocia. Se trataba de una de estas fortalezas medievales de muros empedrados, coronada por dos verticales torreones desde los que siempre daba la sensación de estar siendo vigilado por varios pares de ojos. Atravesaron la verja de hierro forjado que rodeaba toda la finca y caminaron con dificultad por el camino empedrado que conducía a la entrada. La fortaleza había sido engalanada convenientemente para la ocasión. El jardín estaba decorado con centros de flores frescas, y dos gigantescas antorchas recibían a los invitados en la gigantesca puerta de entrada.

El interior no era menos impresionante. Una alfombra roja atravesaba el recibidor del castillo, iluminado por velas que titilaban en el suelo, distribuidas en hileras. Al cruzar un amplísimo recibidor de altos techos, se llegaba al salón donde parecía que iba a tener lugar la cena. La mayoría de los invitados ya había llegado cuando ellas hicieron su aparición, charlaban alegremente mientras degustaban los aperitivos que servían los camareros. Todos iban vestidos de gala, por lo que se sintieron aliviadas al no desentonar con el ambiente.

Aristides Chronos se acercó a ellas nada más verlas. Hizo una genuflexión y les besó la mano.

—Señoritas, hoy están espléndidas —afirmó, aunque centrándose más en Claudia.

Olivia se sintió bastante incómoda al tener de nuevo enfrente a aquel individuo. Sintió que el monstruo verde de los celos empezaba a despertarse en su interior, pero esta vez logró controlarlo. Claudia la miró con curiosidad, como si estuviera intentando descifrar sus pensamientos y le dedicó una sonrisa cálida que le hizo olvidar rápidamente la presencia del griego.

Aristides Chronos hizo un gesto con la mano y ellas lo siguieron a través del salón. Claudia iba delante y, como era de esperar, hizo que

varias cabezas se giraran a su paso. La gente parecía deslumbrada por su belleza.

Recorrieron varios metros hasta que dieron con un grupo de tres personas, una mujer y dos hombres que charlaban animadamente cerca de cuarteto de cuerda que arrancaba notas de sus instrumentos para amenizar la velada.

—Permítanme que les presente al anfitrión de la fiesta, el escritor Jorge Domenech —comentó Aristides mientras posaba la mano en el hombro del hombre que les estaba dando la espalda, para conseguir llamar su atención.

Jorge Domenech se giró y sonrió complacido con lo que vio, antes de saludarlas con extrema cortesía. La presencia de Claudia no pareció impactarle especialmente. Sin embargo, sus ojos se detuvieron en Olivia, a quien analizó con frialdad y sorpresa cuando llegó el turno de saludarla. Por un momento la muchacha sintió pánico de que la hubiera reconocido, de que hubiera descubierto que trabajaba para García & Morán o lo sospechara porque algún habitante del pueblo le hubiera dicho que habían estado preguntando por él. Ese sería el final de su viaje y sintió tanto pánico que estaba segura de que se le notaba en la cara.

Claudia se dio perfecta cuenta de su nerviosismo y para intentar tranquilizarla, entrelazó su brazo al suyo, al tiempo que rompía el hielo entablando conversación con el escritor: —Una fiesta preciosa, muchas gracias por invitarnos.

—El placer es todo mío —respondió Domenech, todavía con la mirada fija en Olivia, aunque no pareciera completamente ajeno a los encantos de Claudia, muy especialmente a su generoso escote.

—Estoy sedienta —afirmó Claudia con rapidez, todo estrategia—. ¿Nos disculpan, caballeros, si vamos a buscar algo que llevarnos a los labios? He visto unas botellas de champán que parecen deliciosas.

—Por favor —replicó Domenech con un gesto de su mano—, están en su casa.

Claudia tiró disimuladamente de Olivia, que parecía haberse quedado petrificada. Le iba susurrando cosas al oído para intentar tranquilizarla.

—Sonríe, sonríe todo lo que puedas o notará que te ha entrado el pánico.

—¿Has visto cómo me ha mirado? ¿Crees que sospecha que somos editoras? —inquirió entre dientes, mientras se esforzaba por sonreír lo

máximo posible.

—Puede ser, pero no lo creo. Si no, ya nos habría encerrado en las mazmorras.

—Entonces, ¿por qué me ha mirado así?

La morena se detuvo cuando llegaron a la mesa de las bebidas. Agarró una copa de champán y le dio un trago largo. Si la noche continuaba por aquellos derroteros, tenía toda la intención de emborracharse.

—Seguramente porque piensa que eres muy guapa —respondió con naturalidad.

—Claro, se iba a fijar en mí teniéndote a ti delante. No digas tonterías...

Claudia bajó su copa, dejando un poso de carmín rojo en el borde del cristal. A veces no daba crédito a sus oídos.

—Olivia, mírate, por favor, estás preciosa esta noche. ¿Quién no querría estar contigo? Hasta yo mataría por estar contigo.

La pelirroja sintió calor en las mejillas. Ese comentario había sido de lo más inesperado, pero por la forma en la que la estaba mirando, supo que Claudia estaba siendo sincera. Sus pupilas brillaban más que de costumbre, seguramente debido al generoso sorbo de champán, y no pudo evitar que sus ojos viajaran sin querer hacia los labios de Claudia, hacia ese carmín rojo que había manchado el borde de su copa.

—¿Les apetece un canapé?

Fue un camarero quien las interrumpió esta vez. Claudia desvió la mirada y notó que ella también se estaba ruborizando. Pensó que no debería haber dicho aquello. Se estaba metiendo en jardines de los que no estaba muy segura de cómo salir y aunque en su vida había salido airoso de otras situaciones complicadas, nada podía compararse a estar empezando a sentir algo por Olivia Simón. Sin embargo, ella no parecía darse cuenta del problema. Ella no parecía darse cuenta de absolutamente nada y Claudia agarró otra copa de champán, dispuesta a ahogar sus penas en doradas burbujas que juguetearan con su paladar.

El camarero se fue, pero entre ellas ya se había formado un silencio extraño que Olivia intentó olvidar mirándose los pies, como si en ellos hubiera algo fascinante, y que Claudia empleó para observar a los invitados. A los pocos minutos de ignorarse una a la otra todo volvió a su sitio, y optaron por hablar de trabajo, como siempre hacían cuando se veían forzadas a superar una situación tensa.

—Siento tener que decirte que no deja de mirarte.

—¿A mí? —Olivia estaba confusa. Todavía respiraba con dificultad. Se le notaba agitada.

—Sí, a ti. Creo que le has impactado, Olivia. Si mi instinto no me falla, vas a tener que hablar tú con él.

—¿Yo? ¡Pero yo no puedo hacer eso! ¡Eres tú la que sabe coquetear! Eres tú la que tiene que...

Un carraspeo interrumpió lo que la pelirroja estaba diciendo. Al girarse, se topó con Aristides Chronos y toda su pomposidad, que se estaba colocando los gemelos mientras esperaba a que las chicas notaran su presencia. Olivia le dirigió una mirada de impaciencia a su compañera, aunque ella no pareciera preocupada en lo más mínimo. Estaba claro que la idea de verla tratando de coquetear con el escritor le divertía profundamente.

—Señorita —dijo, dirigiéndose a Olivia—, si fuera tan amable de acompañarme, al señor Domenech le gustaría invitarle a un baile.

La pelirroja la miró presa del pánico, pero Claudia le guiñó un ojo para darle a entender que podía hacerlo. Aunque hubiera querido, en realidad no podía hacer nada para ayudarla, el escritor estaba interesado en Olivia, no en ella y aunque esto constituía un ligero contratiempo, si la pelirroja conseguía mantener la calma y se dejaba llevar un poco, tal vez tuvieran alguna esperanza.

—¿Le importa si le robo a su acompañante unos minutos? —le preguntó Aristides Chronos, mirándola con lascivia.

—Para nada, creo que sabré distraerme hasta que me sea devuelta —contestó, toda elegancia y saber estar, aunque estuvo a punto de morderse la lengua nada más decirlo. Sonaba como si Olivia fuera algo suyo.

Suspiró. Ahora solo tenía que buscar una forma de matar el tiempo hasta que su compañera volviera. Se recogió el vestido para sentarse en una de las butacas estilo Luis XVI. No lo hizo por descansar de los tacones, ya que estaba acostumbrada a llevarlos la mayor parte del día, sino porque desde aquella posición podía echar un discreto vistazo a toda la habitación y, especialmente, al círculo de gente que se había formado alrededor de Olivia, que lidiaba con la situación con una serenidad admirable.

Le sorprendió verla tan segura y confiada. Estaba convencida de que la pelirroja no era consciente de hasta qué punto su belleza y refinamiento estaba deslumbrando a los invitados, en especial a Domenech, que no

dejaba de atusarse la rubia barba de chivo sin quitarle ojo de encima. Miraba sobre todo su escote, que aquella noche no solo era generoso sino también llamativo. Claudia se había dado cuenta de ello nada más verla, pero no hizo ningún comentario al respecto porque, conociéndola, se habría cambiado el vestido por un jersey de cuello alto en menos de lo que dura uno de sus pestaños.

Captó por el rabillo del ojo una presencia a su lado, y volvió la cabeza para mirar al chico que se acababa de sentar en la butaca que tenía enfrente. Parecía un clon de Alberto Montero, el chico del departamento de marketing de la editorial. Misma sonrisa de autocomplacencia, mismo flequillo peinado descuidadamente adrede, pero, oh, distintos ojos, este los tenía azules.

Claudia suspiró con cansancio. ¿De verdad? ¿Es que no era suficiente con tener que aguantar a todos los Montero del mundo a diario como para encontrarse el mismo tipo de guapo pretencioso en Escocia también? ¿En un viaje de trabajo? Ah, no. Esta vez ni tenía ni quería sacar la paciencia para soportar otra ronda de piropos.

Su intención era quitarse al moscón de encima lo antes posible, por lo que decidió darle un poco de femme fatale en vena. Por lo menos así se desquitaría de los malos momentos que le había hecho pasar Montero.

—Buenas noches —la saludó el chico con otra de esas sonrisas produce-suspiros-de-quinceañeras—, estaba al otro lado de la habitación, y no he podido evitar fijarme en...

—En mí, claro. —Claudia cruzó las piernas. El chico abrió la boca con asombro—. No, no me lo digas: ha sido por el "movimiento de mi increíble melena morena" o por "la exuberante belleza de mis rasgos exóticos".

—En realidad...

—No, en serio —le interrumpió la morena, inclinándose más hacia él—, déjame adivinarlo, es mucho más divertido. Estás pensando en la "delicada caída del satén rojo por mi piel tostada" o en cómo mi "encantadora y confiada sonrisa" te obnubila. Quizás quieras "escribir una oda a mis perfectamente definidos hoyuelos". Las he escuchado todas, querido, dudo de que tengas la capacidad de sorprenderme.

Se quedó mirándole, desafiante, balanceando su copa de champán, intentando transmitirle todo el hastío que tantos hombres le habían causado a través de los años.

El joven carraspeó, y se acercó todavía más ella, para susurrarle al oído:

—En realidad quería preguntarte si podrías presentarme a tu amiga, la del vestido dorado. Es la mujer más bonita que he visto en mucho tiempo —le explicó cortésmente.

Claudia parpadeó. El chico señaló con la cabeza a Olivia. Claudia parpadeó otra vez. Durante un segundo entero, con todas sus décimas, se sintió la chica más estúpida de todo el castillo, seguramente también de todo el planeta, probablemente del universo. Volvió a parpadear.

—Está casada —dijo tan pronto como consiguió salir del trance—, con muchos hijos. Decenas de hijos. Y perros, muchos perros. Oh, sí. Esa casa es un zoológico, ya me entiendes.

Su interlocutor frunció los labios y rebuscó en el interior de la chaqueta. Sacó una tarjeta de visita y se la tendió.

—Aun así, ¿le harás llegar mi tarjeta? Estaría encantado de...

—Claro —le cortó, cogiendo grácilmente la tarjeta entre dos dedos y enarcando una ceja—. Patrick —dijo leyendo el nombre del muchacho—. Me aseguraré de que la reciba.

El tal Patrick sonrió con todos los dientes humanamente mostrables, en señal de agradecimiento, y desapareció de nuevo entre los invitados. Claudia observó unos segundos la tarjeta, casi sin dar crédito a lo que acababa de ocurrir.

—Ooops —dijo entonces, abriendo la mano y dejando caer la tarjeta al suelo mientras daba un sorbo a su copa de champán—. Una verdadera lástima, Patrick...

Al fin y al cabo, el champán que servían en la fiesta era de primera, así que le hizo un gesto al camarero para conseguir otra copa. Cuando se puso en pie, no se privó del gusto de pisar con disimulo la tarjeta un par de veces. Pero sólo un par, tampoco era cuestión de excederse.

Capítulo 8

¿ESA CLAUDIA?

La música de la orquesta seguía sonando en sus oídos cuando llegaron a la posada de Little Winehouse. Claudia giró la llave todo lo despacio que pudo teniendo en cuenta que se encontraba un poco achispada por culpa de la cantidad de copas de champán que había ingerido. Ahora no recordaba cuántas habían sido, pero seguramente muchas más de las recomendables.

Olivia no cabía en sí de alegría. Ella había sido la reina de la fiesta, porque Jorge Domenech, además de dedicarle toda la atención que le negó al resto de sus invitados, al final de la velada había hecho pública su decisión de publicar su nueva novela con García & Morán.

La pelirroja todavía no se lo creía, estaba tan contenta que se sentía como Cenicienta a la vuelta del baile, aunque todavía conservara los dos zapatos y Domenech fuera la antítesis de su príncipe azul.

El escritor se había mostrado amable y comedido la mayor parte de la noche, al menos hasta que el alcohol empezó a hacer mella en sus ademanes y consideró oportuno pasar de los piropos a la acción. Olivia había tenido que hacer malabarismos para evitar que le tocara el culo en varias ocasiones, cuando creía que nadie podía verles. Le resultó especialmente difícil en un momento de la noche en el que Domenech se volvió todo tentáculos, cuando salieron al balcón a tomar el aire. Mientras ella intentaba venderle la exclusiva de García & Morán, el escritor intentó ponerse demasiado tierno y acabó extralimitándose un poco. Por suerte, en ese momento apareció Claudia, justo cuando los dedazos de Domenech la tenían aprisionada por la cintura y estaba a punto de besarla.

—Hoy has estado impresionante —comentó Claudia en un susurro, empujando la puerta principal de la posada, que chirrió ruidosamente. La señora Winehouse se revolvió en su cama. Dio media vuelta en sueños y siguió durmiendo.

—Qué va, casi lo arruino todo. Si no llega a ser por ti, no habría podido hacerlo.

Claudia sonrió, complacida con el cumplido, aunque no fuera del todo cierto. Había sido muy aburrido estar espiando los pasos de la parejita para impedir que Domenech se envalentonara y acabara haciendo algo de lo que

se arrepintieran todos, pero el mérito era de Olivia. Ella solamente había tenido que torear los piropos del griego, a quien tuvo que rechazar en varias ocasiones con toda la elegancia que supo reunir. Había sido agotador, pero solo por tener aquel contrato asegurado, había valido la pena. Casi le pareció sentir el tacto rugoso del documento que Domenech había firmado con su puño y letra, aunque se encontrara en el fondo de su pequeño bolso de fiesta.

—¿Qué le dijiste para convencerle de que firmara?

Olivia pareció ruborizarse ante la pregunta. Fijó la mirada en los escalones que subían hacia su habitación y se detuvo un momento.

—Bueno, digamos que le dejé entrever que yo sería su editora y que trabajaríamos codo con codo, hasta altas horas de la madrugada si fuera necesario.

—¡No!

—Sí, hija, sí.

Los ojos de Claudia brillaron con diversión. Olivia la miró con temor de que la juzgara por haber utilizado sus mismas tácticas. Ella no era así, esos no eran sus métodos, y sin embargo, aquella noche vio claramente que la única manera de cerrar un acuerdo con Domenech era flirteando con él.

Claudia se limitó a dedicarle una sonrisa de oreja a oreja, como si con ello intentara transmitirle lo orgullosa que se sentía de ella. Olivia iba a poner un pretexto para su comportamiento, pero notó que Claudia la rodeó por la cintura, atrayéndola con fuerza hacia su cuerpo. Fue todo tan rápido que Olivia casi ni se percató de cómo había acabado abrazando a Claudia, muy fuerte, muy cerca, su cabeza reposando sobre su hombro. Olivia suspiró profundamente al sentir el contacto con su cuerpo, al aspirar el perfume de Claudia, que tenía la barbilla clavada en su hombro. Su boca estaba tan cerca de su oreja que, cuando la morena habló, una bocanada de aire tibio lamió la sensible piel de su cuello.

—Gracias por habernos salvado el pellejo —le dijo, antes de estrechar todavía más el abrazo.

Claudia olía tan bien que cerró los ojos para intentar memorizar la fragancia. Su piel morena estaba caliente, era suave y Olivia sintió un cosquilleo en las yemas de los dedos cuando deslizó sus manos por la espalda de su vestido. Sintió de nuevo el olor de su perfume, colándose muy dentro, grabándose a fuego en su memoria.

Rompieron el abrazo, pero Claudia sentía la cabeza llena de aire por

culpa de las copas de champán. Las burbujas doradas no eran buenas consejeras, y aunque la tentación era grande, no quería hacer algo de lo que se arrepentiría al día siguiente, así que solamente se inclinó, le dio un beso en la mejilla y caminó hasta la puerta de la habitación.

Olivia se quedó un rato al pie de la escalera, observando cómo abría la puerta, desconcertada por lo que aquel abrazo le había hecho sentir. Justo en ese momento comprendió que el viaje había terminado y no supo si debía sentirse triste o aliviada. Al final iba a poder pasar la Navidad con Luis y el resto de su familia, pero en lugar de sentirse feliz por ello, la idea solo le provocó indiferencia. Al día siguiente regresaría a Madrid. El viaje tocaba a su fin y eso significaba que en menos de veinticuatro horas todo volvería a ser como antes. Pero Olivia ya no estaba segura de que esto fuera lo que deseaba.

Claudia se despertó inquieta y desorientada. Por un momento había olvidado que todavía se encontraba en Durness y que esa misma mañana debían regresar a casa. Miró hacia el lado derecho y vio que la cama de Olivia estaba vacía. Las sábanas estaban revueltas, dándole a la escena un aire inequívoco de abandono, lo cual le transmitió una sensación de vacío. Era todo muy absurdo y llevaba días reprendiéndose por ello, pero no podía evitarlo.

Una semana antes habría dado cualquier cosa por volver a casa y librarse de la presencia de la pelirroja. Ahora, sin embargo, habría sido capaz de donar sus pagas extra con tal de quedarse un día más en Durness con ella. A veces, la vida la llevaba por derroteros que no era capaz de comprender, pero tenía que aceptarlos igualmente, pensó tras esconder su rostro debajo de la almohada. Entonces escuchó los pasos de Olivia entrando en la habitación, pero prefirió mantenerse quieta, como si siguiera durmiendo.

—¿Estás despierta? Voy a darme una ducha —le dijo ella.

Claudia no se molestó en contestar. Estaba demasiado ocupada tratando de controlar las ganas que tenía de llorar y el nudo que se le había formado en la garganta. Prefirió esperar a que Olivia volviera a entrar en el baño, porque no estaba dispuesta a darle demasiadas explicaciones, así que esperó a escuchar la puerta, cerrándose, para retirar la almohada de su rostro. Suspiró. ¿A qué venía esta frustración que sentía? ¿Desde cuándo se sentía así por Olivia?

En el interior del cuarto de baño, la pelirroja recostó la espalda contra la puerta y permaneció así varios minutos, mirando el techo enmohecido por las vaharadas de agua caliente que desprendía la bañera. El grifo estaba abierto pero todavía no había sido capaz de entrar en la ducha. Se encontraba derrotada, vacía. Por algún motivo inexplicable, regresar a Madrid era como escalar una montaña muy alta y escarpada. Ni siquiera tenía ganas de volver a ver a Luis. Le daba igual si se reencontraba con él o si cuando al llegar a casa se encontraba con una nota de despedida en la que le decía que la había dejado para siempre. Le era indiferente. Y eso era horrible.

Sentía ansiedad y un pinchazo en el pecho cada vez que pensaba en ello, y aunque llevaba varias horas despierta, todavía no había sido capaz de hacer la maleta o de darse una ducha para ponerse en marcha. Los últimos minutos los había pasado pensando en las musarañas, observando de refilón a Claudia, que dormía profundamente y sonreía en sueños. En varias ocasiones se preguntó en qué estaría pensando y se culpó a sí misma por sentirse así, porque tenía claro que si Claudia descubría que no deseaba volver a Madrid, se reiría de ella. Seguramente, ella estaba contentísima de regresar a su ajetreada vida social y ni se le pasaba por la cabeza que Olivia estuviera ahora mismo al borde de las lágrimas.

Apretó los dientes para contener las ganas que tenía de llorar. Aquello era absurdo. Olivia no estaba acostumbrada a sentirse así, tan desorientada y perdida. Por lo general, actuaba de manera racional con todo lo que le pasaba y siempre era capaz de controlar sus sentimientos. Pero ahora se sentía vulnerable, pequeña, frágil. No tenía ni idea de a qué se debía esa tristeza tan profunda y devastadora, que conseguía incluso dejarla paralizada durante segundos enteros. Esperaba volver a la normalidad al pisar Madrid, pero tenía el presentimiento de que algo había cambiado en su interior, como si una pieza importantísima se estuviera roto o hubiera dejado de funcionar. Aquello no iba a ser un camino de rosas.

Tras varios intentos, consiguió hacer acopio de fuerzas y ponerse en marcha. Cambió la temperatura del agua, intentando no pensar en nada más que en darse una ducha. Comprobó que estaban allí los champúes, aunque no vio su cepillo del pelo por ninguna parte. Miró en su neceser y en los cajones, donde tampoco lo encontró, y acabó llegando a la conclusión de que se lo había dejado fuera, en la coqueta o en la mesita de noche, aunque ahora no estaba de humor para salir y tener que fingir una sonrisa delante

Claudia. Si acaso, ya lo buscaría después.

Recordó entonces haber visto a su compañera metiendo su cepillo en su neceser la noche anterior, y supuso que no le importaría que lo usara. Así que fue hasta él y metió la mano en el neceser para extraerlo. Pero al hacerlo consiguió que algo cayera en el suelo del cuarto de baño. Se trataba de un sobre blanco, un poco abultado, sin remitente ni nada escrito en su superficie.

Olivia lo miró con el ceño fruncido y se agachó para recogerlo. Por unos segundos se sintió tentada de abrirlo, pero en seguida se reprendió a sí misma por haber tenido una idea tan fuera de lugar. Husmear en la vida de los demás era muy impropio de ella, y además estaba mal, pensó, mientras volvía a meter el sobre en el neceser. Estaba ya a punto de meterse en la ducha, pero entonces recordó lo que había dicho Claudia, aquel día en la taberna, cuando le dijo que solo conocía su pasado. ¿Y su presente? se preguntó. ¿Contendría aquel sobre la respuesta a la misteriosa Claudia Martell?

Dejó el cepillo encima del lavabo y miró largamente el sobre. Una de sus esquinas asomaba por la esquina del neceser, como tentándola a que lo cogiera de nuevo. Estaba a punto de violar la intimidad de su compañera, pero, aunque fuera plenamente consciente de ello, la tentación se hizo mucho más poderosa. Cerró los ojos, intentando reunir el valor para hacerlo, y rápidamente estiró el brazo para agarrar el sobre.

Sus dedos se deslizaron entonces por la solapa, apartándola con ansiedad. Olivia miró por encima de su hombro solo para cerciorarse de que la puerta no estaba abierta. Se quedó más tranquila al ver que el pestillo estaba bien echado. En el interior del sobre había varios papeles y fotografías. Extrajo una, la primera que salió, y contempló en ella a una chica muy guapa, rubia, alta y delgada. La chica abrazaba a Claudia mientras le daba un beso en la mejilla. Olivia giró la fotografía y vio la dedicatoria. Alguien había escrito detrás: "No me importa nada con tal de que estemos juntas. Por favor, piénsalo".

El sobre también contenía cartas, decenas de cartas manuscritas. Todas ellas acababan con un "PD: Te quiero" y las firmaba alguien que se hacía llamar "C".

Olivia no pudo resistir la tentación de descubrir qué ponían aquellas misivas, y empezó a leer la primera de todas, creyendo que le servirían para conocer un poco más a Claudia. Pero a medida que avanzaba en su

lectura su rostro iba mudando de expresión y hubo momentos en los que se ruborizó como una colegiala, sorprendida por lo que acababan de ver sus ojos. Otras veces solo frunció el ceño, pero en ciertos pasajes tuvo que reprimir un “oh” de sorpresa. Aquella lectura consiguió confundirla tanto que inicialmente no fue capaz digerir toda esa información, como si acabara de entrar en un profundo estado de shock.

Claudia Martell, la misma Claudia que desdeñaba las atenciones de Montero y de todos cuantos la cortejaban, la Claudia que despertaba suspiros cuando entraba en un bar, la que podía tener a sus pies a cualquier hombre del planeta tierra o de cualquier planeta galáctico, vivo o muerto... esa Claudia... ¿Tenía novia? Olivia no daba crédito.

Capítulo 9

LO SÉ

Prácticamente no hablaron durante el viaje, prácticamente no se miraron, y las dos se comportaron como unas perfectas desconocidas hasta que estuvieron de vuelta en la tumultuosa Madrid.

Las últimas horas juntas habían sido muy difíciles. Olivia no fue capaz de ocultar su desconcierto. Lo había intentado, pero el tema no se le iba de la cabeza. Aunque intentaba disimular, cada vez que miraba a Claudia se acordaba del contenido del neceser y tenía miedo de que pudiera averiguar lo que había hecho, como si lo llevara escrito en la frente. Se pasó el resto del viaje mirando por la ventanilla, respondiendo con monosílabos cada vez que Claudia intentaba entablar un tema de conversación, y evitando, en la medida de lo posible, que sus ojos se encontraran.

A Olivia todavía le temblaban las manos cada vez que recordaba alguna de las frases de aquellas cartas. Sentía el corazón acelerado ante la presencia de Claudia y estaba extrañamente ¿enfadada? Sí, enfadada era la palabra. Se sentía engañada. Es cierto que ellas no habían sido las mejores amigas, pero estos últimos días habían intimado, al menos lo suficiente para que todo esto no tuviera que ser un tabú entre ellas. Olivia le había contado cosas que no le contaría a alguna de sus mejores amigas. ¿Por qué Claudia no había sido igual de sincera? ¿Acaso la veía como alguien tan intolerante que no aceptaría tener una amiga lesbiana? Ella no era así.

Puede que no tuviera amigos homosexuales, pero apoyaba los derechos del colectivo gay. Claudia estaba muy equivocada si pensaba que la iba a juzgar por su orientación sexual. ¿Qué más le daba a ella con quién se acostaba? Porque le daba igual, ¿verdad?

Este era, más o menos, el carril por el circulaban sus pensamientos, a toda velocidad. Su preocupación resultaba tan evidente que Claudia se percató casi al instante de que algo iba mal. El comportamiento de Olivia le hizo entender que había un problema, pero estaba tan contrariada por la idea de regresar a Madrid que no encontró fuerzas para indagar. En cierto sentido, incluso agradeció que se mostrara tan distante y huraña porque así iba a ser mucho más sencillo regresar a la rutina, despedirse, y fingir que seguía odiándola. Ese era el plan, porque el odio requería una dosis mucho menor de valentía que admitirse a sí misma lo que estaba empezando a sentir por Olivia.

Claudia tenía la sensación de que la noche anterior se había sobrepasado y eso la mortificaba. Se reprendía por haberla abrazado así en las escaleras, por haberle dicho lo guapa que era y también por haberle confesado lo orgullosa que se sentía tras su actuación con Domenech. Le hubiera gustado decirle muchas otras cosas, como que tenía una nuca preciosa que debería enseñar más a menudo, o que el color champán hacía juego con sus ojos y que descubrir su lado más femenino había sido uno de los mejores regalos de aquel viaje. Pero decidió omitir todos estos comentarios, convencida de que ya se había extralimitado suficiente.

Cuando el taxi las dejó en la puerta de la editorial fue el momento más crítico de todos, porque ninguna sabía cómo actuar. Olivia pensó en estrecharle la mano, pero consideró el gesto demasiado frío después del abrazo que se habían dado la noche anterior. Claudia estaba esperando que fuera la pelirroja quien decidiera cómo tenía que ser la despedida. Seguía flagelándose mentalmente por lo ocurrido y no quería meter la pata de nuevo. Envueltas en esta bruma de desconcierto, se miraron la una a la otra, conscientes de que ya no podían posponerlo más. Había llegado el momento de separarse.

—Ha estado bien, gracias por todo —se atrevió a decir Claudia. Aquel le pareció un buen comentario para romper el hielo.

—No, gracias a ti. He aprendido muchas cosas en este viaje —contestó Olivia, aunque todavía sin mirarle a los ojos.

—Bueno, supongo que aquí se acaba todo.

—Efectivamente, aquí se acaba.

—Mañana, a más tardar, entregaré los papeles de la firma a Morán — explicó Claudia—. Pero imagino que la cosa no se pondrá en marcha hasta después de Navidad.

—Sí, ya lo vemos después de las vacaciones.

Entonces la morena se inclinó y le dio un suave beso en la mejilla que consiguió ruborizarla.

—Feliz Navidad, Oli —le deseó—. Da recuerdos a tu madre de mi parte.

—Lo mismo digo. Feliz Navidad.

Después, las dos echaron a andar. Una caminó en una dirección y la otra en la contraria, y por un momento Claudia tuvo la sensación de que la temperatura en Madrid acababa de descender varios grados.

Habían pasado meses desde su regreso de Durness y muchas cosas habían cambiado desde entonces. Morán estaba muy complacido con su trabajo y las felicitó, aunque no hubieran conseguido la talla del zapato de Domenech (Olivia reportó que estaba convencida de que se trataba de un cuarenta y cuatro, pero fue incapaz de demostrarlo) y pronto se puso en marcha la campaña de promoción del nuevo libro.

En realidad, Domenech era tan conocido que apenas hizo falta publicitarlo. Les bastó con un par de llamadas a los medios de comunicación, que enseguida se interesaron e hicieron cola para entrevistarle, así como a varios puntos de venta estratégicos en las librerías. Por lo demás, todo iba viento en popa. La primera edición estaba asegurada antes incluso de que el libro viera la luz y esto eran muy buenas noticias para García & Morán. Las ventas de esta obra suponían un porcentaje elevadísimo de los ingresos que percibiría la empresa aquel año.

Para sorpresa de Olivia, el escritor no se había olvidado de sus promesas durante la fiesta y solo le puso una condición a Morán para dejar el contrato completamente blindado: tenía que ser Olivia Simón quien se ocupara personalmente de la edición de esta obra. Al señor Morán esta petición no le cogió enteramente de sorpresa. Conocía la debilidad de Domenech por las mujeres guapas, aunque estaba casi convencido de que sería Claudia quien robaría el corazón del autor y Olivia la que lo encandilaría con su intelecto. Al parecer, al escritor le gustaba todo lo que le ofrecía la pelirroja, quería llevarse el paquete completo, aunque no fue

por esto por lo que Morán decidió ascenderla a editora senior, sino por la capacidad que había demostrado.

A pesar de todo, Olivia seguía teniendo una opinión tan mala sobre *Lorena, otra historia*, la nueva obra de Domenech, que prefirió reservársela para los momentos de intimidad con sus amigos más cercanos.

La evolución de Claudia fue un poco diferente. A las pocas semanas de su regreso, pidió un traslado a otro departamento de muchísimo menos prestigio. La gente no entendió aquella decisión tan repentina y la consideraron absurda. Claudia era una de las mejores editoras de novela de su generación y ahora pretendía ocuparse de la publicación de obras menores, como manuales de jardinería y consejos para mantener tu ordenador libre de virus. Era de locos.

Todos sabían que a ella le encantaba su trabajo, la habían visto quedarse hasta altas horas de la madrugada en el despacho, con apenas un sándwich de atún y la débil luz de un flexo iluminando los manuscritos. Claudia podía pasar la noche entera devorando páginas, haciendo anotaciones hasta que saliera el sol, con tal de no desperdiciar los cinco minutos que separaban la editorial de su casa. Los bedeles del edificio ya la conocían y a veces incluso le llevaban café o un aperitivo para matar la gula nocturna. Por eso nadie entendía que una persona tan volcada en su trabajo hubiera solicitado voluntariamente que la degradaran. Los rumores sobre las posibles causas empezaron a circular tan rápido como la pólvora y se barajaron opciones tan absurdas como que había insultado a Morán, o que aquella era su manera de protestar por el hecho de que hubieran puesto a Simón al frente de la última obra de Domenech. Pero la realidad era que nadie conocía la respuesta.

Olivia se enteró de su traslado dos días antes de que se hiciera efectivo, gracias a una conversación fortuita que escuchó en el ascensor entre un guarda de noche, que empezaba a esas horas su turno, y una de las limpiadoras, que lo acababa en ese preciso momento. La noticia la impactó tanto que no pudo evitar inmiscuirse en la conversación y preguntar por los detalles.

—No lo sabemos, no se lo ha dicho a nadie. Yo me enteré hoy porque se lo dijo al chico de mantenimiento —alegó la señora de la limpieza—. La luz de su nuevo despacho está fundida y quiere que se la arreglen.

—Pero tiene que haber otra explicación —protestó la pelirroja—. Susana y yo trabajamos con ella, y es raro que no nos haya dicho nada.

El guarda de noche se encogió de hombros. Y lo mismo hizo la limpiadora, que insistieron en que aquello era todo lo que sabían.

Empezó así a preguntarse si su viaje no tendría parte de culpa en esta decisión, si a lo mejor Claudia no había encajado bien que Domenech la quisiera a ella como única editora. Pero nada de esto tenía sentido. Claudia no era así, a ella le daba igual editar esta obra porque no tenía nada que demostrarle a Morán o a los accionistas. Sin embargo, la duda estaba ahí, y sentía una gran congoja cada vez que pensaba en ello.

A pesar de este cambio y de que ya no compartía oficina con Claudia, se veían mucho, pero sus encuentros siempre resultaban incómodos. Coincidían en los pasillos, en el cuarto de baño o, peor, en el ascensor, entre decenas de personas que las estrujaban hasta que quedaban incómodamente pegadas una a la otra. A veces se encontraban en la sala del café y apenas intercambiaban un par de saludos cordiales, casi siempre propiciados por Fernando, que solía entablar conversación con Claudia. Había días en los que coincidían en la entrada de la editorial y entonces tenían que sortear entre risas nerviosas quién cruzaría primero la puerta ("Pasa tú", "No, tú"), y otras veces descubrían que eran, posiblemente, las únicas de la planta que se quedaban trabajando hasta altas horas de la madrugada. En esos momentos, se dedicaban una sonrisa cansada y sincera, porque ambas comprendían por lo que estaba pasando la otra. Pero eso era todo. Y a Olivia le sabía a poco.

Durante esos meses había tenido demasiado tiempo para atar cabos. Todavía le fascinaba la idea de que Claudia (Claudia Martell, ¡por todos los santos!) pudiera sentirse atraída por las mujeres. Eso se lo hubiera esperado de cualquiera, pero no de ella. De Susana Ríos, por ejemplo, habría sido mucho menos impactante. Al menos su compañera tenía el pelo muy corto, no era demasiado presumida y, en cierta manera, encajaba con el prototipo de lesbiana que Olivia tenía en la cabeza. De Amanda, su extravagante amiga, tampoco le hubiese extrañado. A fin de cuentas, una persona capaz de afirmar que los extraterrestres existen y de creer a pies juntillas que un OVNI había aterrizado en la azotea de sus vecinos, podía ser cualquier cosa. La veía muy capaz de ponerse a experimentar en un momento de inspiración celestial y descubrir que prefería a las mujeres por razones tan peregrinas como que su piel huele mejor que la de los hombres. Amanda era así de impredecible.

Julia, Ana... cualquiera encajaba más en el prototipo. Y, sin embargo,

había tenido en sus manos la prueba indiscutible de que Claudia tenía una relación con otra mujer. A menudo se preguntaba qué dirían en la editorial si lo descubrieran, aunque en García & Morán la homosexualidad no era ningún tabú. De todos era bien sabido que Morán hijo era más femenino que su hermana Mercedes. Los gais abundaban en el departamento de diseño y, que ella supiera, el departamento de Recursos Humanos no ponía impedimentos para contratar a alguien según su orientación sexual. Por eso le sorprendía tanto el secretismo de Claudia. Después de todo, a lo mejor era cierto que en los últimos años se había convertido en una persona más discreta y recelosa de su intimidad, puesto que en sus años de colegio no lo había sido en absoluto.

Pero todo esto no justificaba la fascinación que había desarrollado Olivia por el tema. Ella misma se daba cuenta que, desde que había descubierto las preferencias sexuales de Claudia, ahora se sentía extrañamente atraída por los detalles de las relaciones homosexuales. Días atrás había visto uno de esos libros temáticos, a punto de editarse, y lo había metido disimuladamente en el bolso. A pesar de las protestas de Luis, no fue capaz de pegar ojo hasta que llegó a la última página. En una ocasión había entrado también en uno de esos chats que tan obscenos le habían parecido en el pasado. Allí charló un rato con Bollerita_Tierna, que resultó ser un hombre, pero que se mostró francamente amable el tiempo que fingió ser una chica.

Y luego estaba Claudia, a la que seguía sin poder mirar a los ojos, en parte porque se sentía muy culpable de lo que había hecho, pero sobre todo porque ahora la veía con otros ojos. No podía evitar mirarla de una manera extraña, demasiado curiosa y vacilante. Era como si de repente su compañera de trabajo tuviera súper poderes, un magnetismo especial del que no podía escapar.

Para su desesperación, la curiosidad que sentía no decreció con el paso de los meses, en todo caso se fue intensificando. Si antes pensaba en ello, últimamente lo hacía con fruición, de una manera casi enfermiza. Olivia esperaba que la distancia y el paso del tiempo la ayudaran a deshacerse de esta pequeña obsesión suya, pero, en lugar de eso, lo único que consiguió fue obsesionarse todavía más, hasta el punto de que sus reacciones empezaban a ser físicas. Ahora, cada vez que tenía a Claudia enfrente, su corazón se aceleraba, su mente se quedaba en blanco, tenía la boca seca y sentía un sudor frío bajando por la espalda. ¡Estaba actuando

como una colegiala!

Por las noches, antes de quedarse dormida, la mente de Olivia volaba y empezaba a fantasear o a rememorar episodios de su estancia en Escocia. Los cambiaba y moldeaba a su gusto, y algunos días soñaba con ello. Cuando esto ocurría, se despertaba muy agitada, empapada en sudor, recordando las imágenes más tórridas e inquietantes de su sueño. A veces Luis se despertaba con ella, sobresaltado, y la abrazaba muy fuerte pensando que había tenido una terrible pesadilla. Entonces Olivia se sentía todavía más culpable, porque cuando cerraba los ojos de nuevo lo hacía con la esperanza de volver a retomar el sueño donde lo había dejado.

Si quitársela de la cabeza suponía ya un verdadero problema, la pelirroja tenía ahora uno mucho peor: Luis se estaba empezando a dar cuenta de que le ocurría algo extraño.

—¿En qué estás pensando? —le dijo cierto día, nada más apagar la luz.

Luis se acodó en la cama y la miró. Su novia empezaba a preocuparle. Últimamente había estado demasiado ida. En Olivia era normal estar distante, porque de por sí podía ser algo fría, pero en los últimos meses estaba tan poco cariñosa que ni siquiera hacían el amor los días que previamente habían fijado en el calendario. Eso nunca había pasado antes.

—En nada. ¿Por qué lo preguntas?

—No sé, estabas ausente. Estos días siempre estás ausente.

—Duérmete, anda. Mañana tienes un día muy largo. —Olivia le dio un beso en la frente y se dio media vuelta. Se tapó con las mantas y se hizo un ovillo.

No podía decirle lo que pasaba porque ni ella misma lo sabía. Pero aquello estaba empezando a ser absurdo. Tenía el novio más maravilloso del mundo y ella solo podía pensar en fantasmas. Cerró los ojos y pensó que a lo mejor iba siendo hora de acudir a un psicoterapeuta. Quizá, después de todo, fantasear con compañeras de trabajo no era tan normal como decían algunos libros. Porque ¿y si no eran solamente fantasías?

Aquel día era viernes, por lo que algunos de los departamentos de la editorial tenían permiso para concluir la jornada más temprano. Claudia pertenecía ahora a uno de esos departamentos. Pero tenían la edición de un manual entre manos y como las galeradas tenían que entrar en imprenta cuanto antes, no se podía permitir el lujo de trabajar menos horas. Por

suerte, habían quedado todos en ir a celebrarlo al Dublín cuando acabaran.

Claudia cruzó las puertas abatibles del local a las cinco de la tarde. Iba acompañada de dos compañeros de su departamento. Echó un vistazo al interior del bar, que estaba hasta la bandera, y a los pocos segundos escuchó una voz que le resultó familiar. Estaba tan cerca que, aunque hubiera querido, no habría sido capaz de ignorarla.

—Vaya, has venido —le dijo—. ¿Sabes qué día es hoy, Martell?

—Mmm... déjame adivinar: ¿El día en que te pierdes y te apartas de mi camino?

Alberto Montero esbozó una sonrisa pícaro y se mordió el labio inferior.

—Casi aciertas. Es viernes, el segundo viernes de mes: te toca rechazarme.

—Vaya, te creía más listo. Pensaba que acababa de hacerlo. —Los compañeros de Claudia rieron sinceramente su respuesta.

—¡Vamos, Martell! Déjame que al menos hoy te invite a una copa. Solo hoy, como una excepción.

Valoró el riesgo y sus consecuencias, y pensó que era mínimo. Cuando quisiera, podría zafarse de él usando la excusa de que había dejado plantados a sus compañeros de trabajo y, de paso, conseguiría una copa gratis.

—De acuerdo, pero una nada más.

—¡Ha dicho que sí! —proclamó Montero a voz en grito y de manera teatral, alzando los brazos—. ¿Lo habéis oído todos? ¡CLAUDIA MARTELL ME HA DICHO QUE SÍ, ALABADO SEA DIOS!

Los empleados de la editorial que estaban allí reunidos levantaron su copa para brindar con él, pues todos estaban al corriente de lo insistente que podía llegar a ser con ese asunto de salir con Claudia. Hasta el dueño del local, Tino, aplaudió al enterarse de la noticia.

Los vítores llamaron la atención de Olivia, que estaba sentada en una de las mesas que ocupaban los editores de novelas. Ella no solía ir nunca al bar, pero su equipo acababa de tener una reunión con Domenech para discutir unos cabos sueltos y le pareció que no le vendría mal sociabilizar. Dirigió la mirada hacia el lugar donde provenía el griterío y vio a Claudia, sonriendo y bajando la mirada con vergüenza mientras Alberto Montero ponía un brazo sobre su hombro. No cabía duda de que aquella situación la estaba incomodando.

—¿Qué tomas? —le preguntó Montero, silbando para que Tino, el dueño del bar, se acercara a atenderles.

—Cerveza.

—Vamos, Martell, déjate de mariconadas. ¡Es viernes! Ponle un whisky, Tino.

Claudia se volvió a reír pero no protestó. Tino no tardó en llegar con las bebidas. Ella estaba sirviendo cuando advirtió algo a través del enorme espejo que había detrás de la barra: Olivia estaba allí. Sus cejas se elevaron con sorpresa. Ella era la última persona que habría esperado encontrarse en un lugar como el Dublín.

—Por la chica más guapa de toda la editorial. —Le oyó decir a Montero, que alzó su copa para brindar. En realidad no le estaba prestando demasiada atención—. No, espera, por la chica más guapa de todas las editoriales de la ciudad, con permiso de la señora Morán, aunque ella no cuente porque ha pasado demasiadas veces por quirófano.

Claudia brindó con Montero, aunque lo hizo distraída porque estaba más atenta a los movimientos de Olivia que a lo que el chico le estaba diciendo. Montero podía llegar a ser encantador, pero era una persona demasiado pagada de sí misma. Estaba bien para un polvo y poco más. Para un polvo salvaje, de una noche sudorosa en la que los cuerpos humedecidos resbalan aunque nunca llegan a despegarse. Pero Claudia estaba cansada de aquello, ya había tenido demasiados polvos salvajes y todos tenían la misma consecuencia: se despertaba vacía al día siguiente. Por lo demás, la conversación de Montero se basaba en adular a la chica que tenía delante y en un soliloquio del yo, yo, yo, que aburriría hasta al mismísimo Job, de paciencia infinita.

Aguantó unos cuantos minutos, todos los que Montero era aguantable sin sexo de por medio, y luego se disculpó muy correctamente explicándole que tenía que saludar a otras personas y dándole las gracias por la invitación.

—Ha sido agradable —admitió—, aunque tienes que prometerme que no te acostumbrarás a esto.

El comentario arrancó una sonrisa al muchacho.

—Prometido, pero seguiré intentando que salgas conmigo.

—Hecho.

Quizá fue el alcohol, que le cayó como una bala de cañón en el estómago vacío, pero el caso es que lo primero que hizo fue desobedecer

todos los consejos que le había dado su amiga Berta y caminó directamente hacia Olivia. Tenía en mente la sana intención de desearle un feliz día, nada más, solo eso, y después se iría por donde había llegado. O eso pensaba ella.

—Hola. —No era un mal comienzo. Mejorable, pero correcto en cualquier caso.

Olivia se sorprendió al darse la vuelta y ver a Claudia. No esperaba que se dirigiera a ella, entre otras cosas porque desde que habían regresado de Durness no habían vuelto a hablar, salvo en ocasiones de extrema necesidad. Se habían estado evitando una a la otra durante meses y, sin embargo, allí estaban, un poco achispadas de más y mirándose a los ojos nuevamente. Olivia sonrió con timidez y se levantó de la mesa para poder hablar a solas con ella. Se le notaba tan sorprendida que Claudia sintió la necesidad de explicarse: —No hace falta que te levantes. En realidad solo quería desearle que pases un buen fin de semana.

—Feliz finde para ti también, Clau —le dijo con un ligero tono de melancolía en la voz.

—Te... ¿te apetece una copa? —dijo de repente, sin darse cuenta de que ya no podía retirarlo. Le había salido sin querer, sin darse tiempo a pensarlo, aunque Olivia parecía tan desconcertada que Claudia estaba segura de que la respuesta iba a ser negativa. Pero se equivocó.

—Me encantaría, claro.

Y entre copa y copa se les pasaron los minutos, las horas en las que los clientes fueron entrando y saliendo del Dublín mientras ellas permanecían sentadas en el mismo sitio. Por un momento les dio la sensación de que nada había cambiado, de que estaban de vuelta en Durness, compartiendo una cerveza mientras vigilaban a Jorge Domenech o a alguno de sus empleados.

—Eres una gran... editora. —El alcohol parecía estar haciendo efecto en Olivia, aunque Claudia ya sabía cómo tratarla cuando se comportaba así. Lo único verdaderamente importante era impedir que se acercara a las vacas, se dijo a sí misma.

—Tú eres mejor —respondió la morena con sinceridad.

—¿Yo? ¿Tú sabes lo que estás diciendo? Te recuerdo que estuve hablando con una vaca, Claudia, ¡con una vaca!

—Una vaca a la que le pusiste nombre.

—Exacto: Clorinda, la vaca amiga.

—Ese debería ser el próximo título de Domenech: *Clorinda, una nueva historia* —propuso Claudia, alzando su vaso.

—Brindo por ello. ¡Por *Clorinda, una nueva historia*!

—Y, por lo demás, ¿qué tal estás? ¿Qué tal con Luis?

Por toda respuesta, Olivia negó enérgicamente con la cabeza. Se daba cuenta de que cada vez estaba más borracha, pero le daba igual, estaba con Claudia y ahora lo último que quería era recordar sus problemas con Luis.

—¿Y eso? ¿Ha pasado algo?

—Mejor cambiemos de tema, es complicado. ¿Qué tal tú? ¿Alguien que te guste?

—Bueno, ya sabes... un ligue aquí, otro allá.

—Lo sé, Claudia, no hace falta que finjas conmigo —afirmó con determinación, comprendiendo que quizá estaba un poco más bebida de lo que le gustaría estar.

—Ya, por eso en el cole te llamaban la "sabelotodo" —bromeó Claudia.

—No, Clau. Me refiero a que *lo sé*.

—¿Qué es lo que sabes?

Olivia se inclinó hacia delante para acercarse más a ella. En ese momento era un caballo desbocado. Estaba a punto de hacerlo, estaba a punto de confesarle su pecado. Por fin se iba a librar del remordimiento. Se tapó la boca con la mano y le susurró al oído con entonación alcohólica: — Te gustan las mujeres.

Claudia se quedó pálida y fría como el mármol. Aquello sí que no se lo esperaba. Tardó unos segundos en reaccionar.

—¿Te leíste las cartas que había en el sobre?

—No todas las que me hubiese gustado leer *¡hip!* —confesó Olivia encogiéndose de hombros. Estaba siendo asquerosamente sincera. Sabía que tenía que cerrar la maldita boca, pero ya era demasiado tarde para hacerlo.

—¡No me lo puedo creer!

—Tranquila, ¡no se lo voy a decir a nadie!

—¿Decirles qué? —Claudia estaba furiosa. Unos clientes se giraron con curiosidad. Por suerte, la gente de la editorial ya se había ido mucho antes.

Olivia volvió a bajar la voz.

—Pues que te gustan las chicas... bueno, no todas, porque está claro

que yo no te gusto: siempre te ibas cada vez que me duchaba.

—¡Eres una cotilla insufrible!

—¿Yo? —A Olivia se le bajó la borrachera. Le habían llamado muchas cosas en la vida, pero nunca jamás le habían llamado cotilla—. ¡Ja, tiene gracia que eso lo diga una *calientacoños*!

Llegados a este punto, la discusión alcanzó su punto más álgido. Las dos estaban tan enfadadas que parecían a punto de llegar a los puños. Los clientes del bar, sorprendidos por sus gritos, empezaron a estar más pendientes de la discusión que de sus consumiciones.

—Nada de peleas en el bar, chicas —intervino Tino, que por experiencia era capaz de oler a distancia el inicio de una buena gresca. — Si queréis pelear, salid a la calle.

—¡Bien! —asintió Olivia.

—¡BIEN! —convino Claudia.

Se dirigieron hacia la salida. Olivia se desequilibró un poco al bajar del taburete en el que estaba sentada. Nunca en su vida se había peleado con nadie, pero a pesar de su nivel de alcohol en la sangre (o quizá por ello), parecía convencida de que podía lograr vencer a Claudia en una pelea cuerpo a cuerpo.

Claudia estaba tan furiosa que, nada más salir, miró en todas direcciones, sin duda buscando un buen sitio en el que batirse en duelo con ella.

En la esquina del Dublín daba comienzo un callejón que la gente solía usar para asuntos escatológicos cada vez que bebía una copa de más. Claudia puso dirección hacia allí con paso seguro y Olivia la siguió haciendo eses. Algún cliente del bar intentó darles alcance para presenciar el duelo, pero se metieron tan rápido en el callejón que, cuando los curiosos salieron a la calle, ya no había ni rastro de ellas, así que entraron de nuevo en el bar, dando el asunto por concluido.

—¿Quién empieza? —tronó Claudia, apretando los puños y poniéndose en guardia, como si fuera una boxeadora.

—Tú.

—Bien. Acabemos lo que empezamos en el colegio.

Claudia dio un paso atrás y dio un puñetazo en el aire que le hizo trastabillar. Olivia entornó los ojos para intentar adivinar dónde iba a atacarla después, pero estaba tan borracha que no conseguía ver con nitidez los puños de Claudia.

—¡Espera! —pidió la pelirroja.

—¿Qué? —se detuvo Claudia.

—Nada de golpes en la cara. Mañana tengo una comida familiar.

—Mmmm... Bien.

Claudia se puso de nuevo en posición de ataque. Olivia, en posición de defensa. Cuando estaba a punto de lanzar su segundo puñetazo, ella también recordó algo: —Ni en el cuello. Ayer pillé una contractura y todavía no se me ha curado...

—De acuerdo —asintió Olivia—. Oh, espera. Y será mejor que no me golpees en el pecho tampoco: lo tengo muy sensible. Y ni se te ocurra darme patadas en la espinilla, ¿me oyes, Martell?

—Perfectamente. Eso nos deja: brazos, cadera, culo y pies. ¿Trato hecho?

Olivia parecía estar de acuerdo.

—No, espera —dijo Claudia—. Tampoco me des en la rodilla izquierda. Tengo una lesión de cuando era pequeña y no está bien curada...

—¿Qué tal si sólo nos damos pisotones y nos tiramos de los pelos como haría cualquier tía? —propuso Olivia.

Claudia pareció meditar la idea durante unos instantes.

—Bien. Me parece correcto. A lo mejor si te quedas calva, dejarás de hurgar en mis asuntos personales.

—¡Ya te he dicho que fue sin querer!

—¡Pero lo hiciste! ¡Has violado mi intimidad!

—Bueno, tu intimidad, ya ves tú, como si fuera tan escandaloso que te gusten las mujeres. Deberías centrarte en otras cosas, Claudia.

—¿Cómo qué?

—Pues, por ejemplo, no ir por la vida coqueteando con compañeras de trabajo.

—¡Yo *no* estaba coqueteando contigo! El día que coqueteé contigo, créeme, Olivia: te enterarás.

—¿Ah, sí?

—¡Sí! —respondió Claudia. Estaba tan furiosa que inconscientemente había caminado un par de pasos y ahora se encontraba a escasos centímetros de la pelirroja.

—Pues... —lo meditó unos segundos—... Demuéstramelo —la retó Olivia, poniendo los brazos en jarra.

Esto desconcertó un poco a Claudia, que lo último que esperaba era

que la pelirroja le retara a hacer una cosa semejante.

—Estarás de broma...

—No, estoy muy en serio —le aseguró Olivia—. Quiero que me lo demuestres. Quiero saber qué se siente cuando la increíble Claudia Martell coquetea contigo. Vamos, hazlo.

—¡Ja! —se mofó, señalándola con el dedo porque en realidad no sabía qué contestar a eso—. Lo que te pasa a ti es que... es que...

—¿Es qué, Claudia? —se envalentonó Olivia. Fruto del alcohol o no, en ese momento le estaba brotando toda la valentía que debería haber tenido hace meses. Se sentía lúcida e invencible—. Vamos, acabemos con esto, sincerémonos de una vez. ¿Qué pasó en Escocia?

—No sé de qué me estás hablando. —Claudia bajó la mirada.

—Sí lo sabes, y yo también. Así que es una estupidez seguir negándolo. Acabemos con esto aquí y ahora. Repite lo que has dicho antes, por favor.

Claudia no sabía por qué, pero de repente el tono de voz de Olivia había cambiado, se había vuelto dulce.

—¿El qué, exactamente? —Le había dicho muchas cosas. Cosas de las que seguramente se arrepentiría más tarde.

—Eso de "lo que te pasa a ti"...

Claudia no comprendía a dónde quería llegar con aquello, pero aun así carraspeó y dijo:

—"Lo que te pasa a ti es que..."

Olivia comenzó a acercarse lentamente a ella, hasta que se quedó a diez centímetros de su nariz. Eran prácticamente de la misma estatura, así que no le costó mucho esfuerzo mirarla fijamente a los ojos antes de cogerle la mano, suspirar profundamente y continuar la frase donde Claudia la había dejado: —Lo que me pasa a mí, Clau, es que eres absurda, egoísta, chula, prepotente e incluso superficial. Te crees el ombligo del mundo y estás tan malacostumbrada a ser el centro de atención que piensas que el resto hemos nacido para servirte. Y te juro que eso me enfurece tanto como me entenece. Llevas la falda demasiado corta y en ocasiones te vistes como un zorrón. Pero cuando lo haces no puedo dejar de mirarte. La mayor parte del día me pones de los nervios y el resto de las veces tengo ganas de abofetearte con todas mis fuerzas, pero te aseguro que es muchísimo más insoportable tener que vivir constantemente pensando dónde estarás, con quién o por qué hoy no me has saludado. Porque, por

alguna extraña razón que todavía desconozco, lo cierto es que no he dejado de pensar en ti en todo este tiempo. Y eso lo odio, Claudia, odio tanto sentirme así como te odio a ti. —Se detuvo un momento para tomar aire. Estaba hablando muy rápido—. Eso es lo que me pasa a mí...

A Claudia casi se le descuelga la mandíbula. Permaneció unos minutos en silencio, sin saber bien qué decir, pero, como venía siendo habitual, tampoco ella se quedó callada: —Oh, bien. Hablemos ahora de ti, Olivia, la perfecta sabelotodo. Te has pasado tantos años con la nariz pegada a los libros que parece haber olvidado cómo se comportan las personas normales en la vida real. No distinguirías la indiferencia del enamoramiento aunque te apuntaras a un cursillo avanzado para hacerlo. Me pasé todo el viaje a Escocia huyendo de ti porque me estaba enamorando de ti, pero lo único que has hecho es ofenderte por ello y meter la nariz en mi vida sin mi consentimiento. Eres tozuda, histérica y ¿qué hay de esos pelos? ¡En serio! ¿Por qué te empeñas en torturarnos a todos con ellos? Eso es lo único imperfecto en Olivia Simón, la perfecta novia, editora, amiga y ama de casa. Por lo demás, estás tan obsesionada con la perfección absoluta que todos tenemos miedo de acercarnos a ti por si no damos la talla, por si no estamos a la altura de la perfecta Olivia Simón. Y eso también me incluye a mí, ¡maldita seas!

—Bien, me alegro de que estemos de acuerdo en que no nos soportamos —afirmó Olivia, todavía con la respiración entrecortada.

—Yo también me alegro.

—¿Vas a besarme ya?

—Por supuesto.

Claudia agarró a Olivia con fuerza, la atrajo hacia ella y la besó. En la boca, atrapando los labios, en el cuello, en las mejillas, en la piel que lleva hasta la barbilla. La besó furiosa y suavemente, como lo harían dos animales y como lo harían dos chicas. Se besaron con la boca partida, buscando sus lenguas y encontrándolas. Con la respiración entrecortada. Con preguntas que se hacían cada vez que buscaban una nueva bocanada de aire.

—¿Todavía la quieres?

—Cortamos hace meses.

—¿La dejaste tú?

Claudia asintió. —En Barcelona.

Se siguieron besando, en la sombra, en el callejón donde nadie podía

verlas. Caminaron a trompicones hasta la pared sin separarse, hasta que Olivia quedó totalmente empotrada.

—¿Y Luis?

—No sabe nada.

—¿Se lo dirás?

—Si me sigues besando así, sí.

Olivia metió la mano dentro del suéter de Claudia y deslizó los dedos sobre la suave piel del final de su espalda. Su respiración se agitó. Era suave y caliente, tal y como la había imaginado cada vez que había pensado en tocarla, cada noche de los últimos meses, antes de quedarse dormida.

Claudia enredó sus manos en el cabello de Olivia y sonrió dentro del beso. Estaba igual de enmarañado que en sus sueños, pelos más tiesos que un alambre, y sus dedos se quedaron atrapados en aquella melena leonina que siempre le había parecido rematadamente sexy. Notaba, no obstante, una ola de calor creciendo en su interior y sabía que si no frenaba sus besos a tiempo, le sería imposible despegarse de Olivia. Querría más. Mucho más. Lo querría todo de ella.

Por suerte, en ese preciso momento un gato maulló y les pareció notar la presencia de alguien al comienzo del callejón. Eso les hizo separarse rápidamente, intentando dominar sus respiraciones entrecortadas. Un huracán parecía haber arrasado la melena de Olivia.

—¿Hay alguien ahí? —Las pupilas de Claudia se contrajeron intentando acostumbrarse a la luz de la farola que iluminaba el callejón. Le pareció haber visto a alguien, pero ahora la entrada estaba desierta.

—Ha sido solo el gato —la tranquilizó Olivia, apretando su mano.

Durante un instante se quedaron mirándose una a la otra, pupila con pupila. Les parecía increíble lo que acababa de ocurrir entre ellas. Olivia se ruborizó visiblemente, aunque dio gracias por los claroscuros del callejón, que disimulaban un poco el rubor de sus mejillas.

—Será mejor que nos vayamos. Luis me estará esperando.

Claudia, que estaba avergonzada que ella, miró el suelo y asintió quedamente.

—Ve tú primero, no vaya a ser que nos vean salir juntas en este estado —propuso, señalándose la camisa, que tenía casi todos los botones abiertos.

Olivia se despidió de ella. Estuvo tentada de darle un último beso,

pero al final hizo el ademán y se acobardó en el último momento. En su lugar, le dio un beso en la mejilla. Acto seguido caminó hacia la salida del callejón. Claudia se quedó observándola, hasta que su figura se perdió completamente entre el gentío de la calle.

Capítulo 10

SOLO PARA ELLA

Al lunes siguiente, Olivia había perdido la cuenta de las veces que había removido su café. Tenía la mirada fija en el remolino de líquido negro y no porque le resultase interesante ver cómo se disolvía en él un terrón de azúcar, sino porque Claudia estaba sentada un par de mesas más allá, en la cafetería cerca de la editorial, y si levantaba la vista de la taza, sabía que sus miradas se encontrarían.

Para su mente, acostumbrada a la rutina, el control y el orden, todo aquello era demasiado. Todavía no podía creer lo que había ocurrido el día anterior, en el callejón, cuando sin motivo aparente habían acabado besándose. Un minuto antes estaban discutiendo, y al minuto siguiente no eran capaces de despegar sus labios. ¿Qué conclusión debía sacar de todo aquello? Era de locos.

Tampoco podía creer que la escena se hubiera repetido en sus sueños, una y otra vez, consiguiendo que se despertara en medio de la noche, empapada en sudor, sintiendo un profundo agujero en el centro del pecho cuando se giró en la cama y vio a Luis, roncando a pierna suelta, ajeno a todo lo ocurrido.

Una mezcla de vergüenza y desconcierto le hacían tener los ojos firmemente clavados en su taza, pero eso no le impedía notar que Claudia la estaba mirando fijamente, sin ningún tipo de reproche, más bien con un deje de melancolía, como si esperara una reacción por su parte. Olivia dio un suspiro y removió el café con tanta fuerza que el líquido se convirtió en un diminuto tsunami negro, que giraba y giraba en el centro de su taza. Pensó que no le hubiera importado desaparecer por él.

Advirtió por el rabillo del ojo que Claudia se acababa de levantar, y no pudo evitar que su corazón diera un vuelco cuando vio que se estaba dirigiendo hacia la mesa donde se encontraba sentada. Sus mejillas se pusieron entonces tan incandescentes como las nalgas de un niño que acabara de recibir unos buenos azotes, y el momento no parecía terminar nunca, era como si Claudia se estuviera acercando a cámara lenta. Si decidía detenerse a saludar, no tenía ni idea de qué le iba a decir.

Olivia entreabrió la boca para escupir unas torpes palabras cuando

Claudia estaba ya a menos de un metro de distancia. Tenía un nudo en la garganta y la boca seca, pero estaba dispuesta a decir "hola", "qué tal", cualquier tontería con tal de suavizar el momento. Cuando por fin levantó los ojos de la taza de café y buscó su mirada, se topó de bruces con su espalda. Claudia había pasado de largo, no sin antes rozar disimuladamente su hombro con la mano y dejar un rastro de ese perfume exquisitamente caro que tan loca la volvía.

No se le fue el olor en toda la mañana. Hasta cuatro horas la acompañó aquel aroma dulce y salvaje que impregnaba la habitación que ambas compartían en Escocia y que tanto echaba de menos ahora. Luis no olía así. Luis olía a otra cosa, a algo más familiar, seguro y estable, pero también mucho menos excitante. Olivia no se había dado cuenta de lo mucho que echaba de menos a Claudia hasta ese momento.

Lo intentó todo para librarse de aquel aroma. Se quitó la chaqueta, roció el despacho con el ambientador de pino barato con el que Susana se empeñaba en torturar su buen olfato, se lavó las manos compulsivamente en múltiples visitas al baño y hasta estuvo un buen rato con las fosas nasales taponadas con algodón para obligarse a respirar por la boca. Nada de aquello funcionó, el maldito perfume no se iba, se le había calado en el alma. Y si el dichoso olor no se iba, tampoco se iban los recuerdos de Claudia.

Desesperada, dejó caer el bolígrafo sobre la mesa y permaneció unos segundos observando las marcas de sus dientes en el capuchón de plástico. Ni siquiera se había dado cuenta de que lo había estado mordiendo todo ese tiempo. La que sí advirtió su extraño comportamiento fue Susana, aunque la muchacha se limitó a observar toda la escena de refilón, sin deseo alguno de tomar parte. Tenía el presentimiento de que se iba a meter en problemas si trataba de inmiscuirse o si le preguntaba qué la inquietaba tanto. Así que no hizo ni una sola pregunta cuando vio que la pelirroja se levantaba de golpe y salía del despacho como una exhalación.

Olivia no tardó ni medio segundo en cruzar el pasillo que la separaba de su objetivo. Estaba tan furiosa que recorrió aquellos metros en un par de zancadas, sus pisadas amortiguadas por la moqueta del pasillo. Llegó a la puerta en cuyo lateral se podía leer "Claudia Martell" y la abrió de golpe, sin pensárselo dos veces, sin llamar previamente.

—¡Mira, Claudia, yo... —comenzó a decir.

Entonces vislumbró un zapato de tacón, y luego un tobillo, y un

gemelo perfectamente delineado. Sus ojos siguieron subiendo por la pantorrilla y se perdieron en el borde de la falda. Claudia no esperaba visitas y la gente acostumbraba a llamar a la puerta antes de entrar, por lo que había aprovechado ese momento para ajustarse la media y tenía una pierna apoyada en la silla de invitados justo cuando la pelirroja hizo acto de presencia.

Olivia sintió que se le formaba un nudo en la garganta y no fue capaz de seguir con la frase, apenas pudo tragar saliva. Se sintió tan avergonzada que no se le ocurrió nada mejor que dar media vuelta y marcharse.

A Claudia le sorprendió tanto su visita que no reaccionó de inmediato. Después intentó llamarla para que esperase, pero al final tuvo que salir corriendo detrás de ella. Por suerte, todos los empleados de la editorial parecían demasiado atareados para darse cuenta de la persecución que acababa de iniciarse. Cuando vio que la perseguía, Olivia aceleró el paso y Claudia se esforzó por alcanzarla con el mayor de los disimulos, con pasos muy cortos que amplificaban los golpes de sus tacones, posándose con firmeza en el suelo alfombrado de la editorial.

La morena estaba convencida de que la perdería de vista tan pronto como llegara a las puertas de los ascensores, pero la suerte se puso de su parte. Olivia tropezó con alguien y tuvo que detenerse.

—¡Fernando!

—¿Estás bien? ¿De quién escapas?

—Yo... no... —titubeó—. Tengo prisa...

—¡Hola, Fernando!

—Hey, hola, Clau.

Olivia apretó los dientes con fastidio cuando Claudia la asió firmemente del brazo para que no se escapara de nuevo.

—¿Me la prestas un momento? Tengo que hablar con ella de una cosa importante.

La pelirroja se obligó a sonreír y disimuló. No podía arriesgarse a que Fernando sospechara, así que no opuso impedimento cuando la morena empezó a tirar de su brazo para obligarle a entrar en el ascensor.

—Será sólo un momento —se excusó Claudia, todavía dirigiéndose al muchacho. Apretó uno de los botones y las puertas del ascensor empezaron a cerrarse.

—¡No olvides que tenemos cena a las nueve! —gritó Fernando antes de que las puertas se cerraran del todo.

Claudia miró a Olivia, tratando de testar su estado de humor. La pelirroja tenía los brazos cruzados sobre el pecho en señal de fastidio. Eso nunca era buena señal. Estaba a la defensiva, pero no iba a permitir que eso la detuviera.

—Bien, ya estamos solas. ¿Me explicas ahora a qué ha venido ese numerito? —le preguntó sin rodeos. Deseó que Olivia dejara de mirar al suelo y la mirara a los ojos, pero no estaba segura de poder conseguirlo.

—No sé de qué me estás hablando —repuso ella, contrariada.

Se arrepentía de haber ido al despacho de Claudia a decirle... ¿A decirle qué? ¿Que dejara de usar aquel perfume que olía tan bien? ¿O que no debería ajustarse las medias delante de sus compañeras de trabajo porque era demasiado sensual? Ni siquiera sabía por qué había ido a su despacho. Se sentía tan estúpida que prefería negarlo todo si eso le ahorra tener que dar una explicación.

Pero pasó por alto que aquello se había convertido en una cosa de dos. Claudia estaba allí, delante de ella, pidiéndole explicaciones, y estaba cansada de jugar al gato y al ratón. Las evasivas de Olivia le repatearon tanto que, enfadada, pulsó el botón de parada del ascensor de un manotazo. La luz de emergencia se encendió y la alarma empezó a sonar.

—Pues no nos vamos de aquí hasta que no me digas qué te pasa.

—¿Qué diablos estás haciendo?

—Parar el ascensor.

—Eso ya lo veo, ¿pero por qué?

—Para que me cuentes qué te pasa conmigo.

—¡No puedes hacerme esto!

—¿Hacerte qué? —se exasperó Claudia—. ¿Qué es lo que te hago, Olivia? —repitió, pero esta vez en un tono insinuante, perfectamente consciente de lo que estaba haciendo.

Claudia se animó a acortar distancias. Caminó dos pasos, los justos para hacer que la pelirroja no pudiera retroceder más y quedara acorralada contra la pared del ascensor. Cogió entonces un mechón rebelde de su pelo, lo enredó en su dedo índice con suavidad, y le susurró al oído: —¿Qué es, *exactamente*, lo que te hago?

Hasta tres avisos llegaron al bedel de la editorial para advertirle de que uno de los ascensores se había estropeado con personas dentro. Siguiendo el procedimiento habitual, el hombrecillo intentó llamar al

teléfono de emergencia para tranquilizar a las personas que se habían quedado encerradas, pero nadie contestaba, y el aparato siguió sonando un buen rato, hasta que Olivia lo descolgó de un manotazo, después de que Claudia la empotrara contra la pared del ascensor y empezara a lamerle el cuello.

La pelirroja sintió que le flaqueaban las rodillas. Tenía la sensación de que se iba a caer de un momento a otro, pero se sentía incapaz de frenar la cascada de besos en la que se habían sumido.

Olivia mordía, chupaba y jugaba con los carnosos labios de Claudia, que dejaban un doloroso vacío cada vez que paraban de besarla. Cuando Claudia habló, Olivia la empujó todavía con más fuerza contra una pared del ascensor, obligándole a juntar de nuevo sus labios contra los suyos. En ese momento sintió un escalofrío subiendo por su espina dorsal al notar que las manos de Claudia se habían escurrido por dentro de la goma de su ropa interior. Había perdido por completo la noción del tiempo y ni siquiera se inmutó cuando empezó a sonar la voz del bedel, preguntando una y otra vez por el teléfono del ascensor cuántos eran y si se encontraban bien. ¿Qué podía decirle? Por supuesto que no se encontraba bien. A Olivia le daba la sensación de haber olvidado su nombre, su procedencia, su edad. Solo sabía que Claudia la estaba acariciando y que quería más de esas caricias. Las necesitaba.

Lo único que le preocupaba era sentir sus manos e intentar controlar los escalofríos cada vez que la morena conquistaba un centímetro más de piel. En un momento dado tocó algún punto sensible porque Olivia gimió y agarró su melena para intentar controlar su respiración entrecortada.

—¿Te las quitas tú o tengo que enviarte un burofax para solicitar audiencia? —bromeó Claudia, jugueteando con la goma de su ropa interior, sin detenerse ni un segundo.

Recorrió el cuello de Olivia con los labios, deslizando la lengua con suavidad hasta el lóbulo, mientras con sus manos conseguía deshacerse de la ropa íntima de Olivia, que acabó en sus tobillos. Cuando no encontró más piel que seguir saboreando, buscó a tientas los botones de la camisa de la pelirroja, que empezó a desabotonar con suavidad.

—Esto... no... no es una buena idea —dijo Olivia al sentir un hilo de aire fresco que se colaba por su entrepierna y le subía por la barriga.

Claudia desabrochó dos botones más, los justos para retirar la camisa hacia los lados.

—No tenemos por qué hacer nada que no quieras hacer.

Ese no era el problema. Olivia quería, no podía desear más otra cosa, pero estaba muerta de miedo. Sentía pánico de sus propias reacciones. Temblaba como una hoja, su piel ardía y su corazón latía muy deprisa. Claudia se agachó y empezó a besarle la tripa trazando un camino hacia abajo con su lengua y no pudo evitar que se le escapara un gemido de placer.

—Oli, quiero hacerte el amor —le dijo, desatando una bandada de mariposas en su interior—, pero aquí no.

La pelirroja pensó que le iba a explotar la cabeza. Estaba tan excitada que sintió deseos de salir de allí, tumbar a Claudia sobre uno de los escritorios y arrancarle la ropa a jirones. Quería entregarse a ella y que la hiciera suya, pero ella tenía razón: allí no. No así, no cuando Fernando acababa de verlas juntas y Luis la esperaba en casa, sin imaginar por un momento lo que estaba ocurriendo.

Lo malo era que no sabía cómo controlarse. Habían pasado meses sin decirse nada, casi sin verse, y durante todo ese tiempo lo único que intercambiaron fueron miradas furtivas en la cafetería de la editorial, en los pasillos, cada vez que se cruzaban en los ascensores y ahora... esto. Todo sumaba, como si su piel hubiera hecho una operación matemática y ya no estuviera dispuesta a esperar más. Quemaba en su entrepierna, quemaba en sus manos, que no podían estarse quietas y no dejaban de buscar el contacto con Claudia. La deseaba allí y ahora. La deseaba como nunca había deseado a nadie en toda su vida y por primera vez le daba igual si era en un ascensor o delante de todos sus compañeros. Olivia se sentía libre, inmensa, y también muy sexy, porque cada vez que miraba a Claudia a los ojos era capaz de ver reflejado en ellos el mismo deseo que sentía ella.

Frustrada por lo que sentía, retorció las prendas de Claudia, como si quisiera ahorcar con sus propias manos la molesta tela que se interponía en su camino. Las hubiera hecho añicos de no haber sido por la cara que puso Claudia en aquel preciso momento.

—¿Qué pasa? ¿Algo va mal? —le preguntó, preocupada.

—¡Dios mío! ¡Es Quique! ¡Está aquí! —dijo, haciéndole gestos para que bajara la voz y escuchara.

—¿Quién es Quique?

—¡El bedel!

—¡Oigan! ¿Me escuchan? ¿Hay alguien ahí? ¿Se encuentran bien? — gritó el hombre, esta vez con voz más audible. Estaba al otro lado de las puertas del ascensor—. No se preocupen. Mantengan la calma, los sacaré en seguida.

Claudia se recompuso todo lo rápido que pudo. Falda, camisa, medias, pelo. Miró a Olivia, esperando encontrarla ya preparada para salir del ascensor, pero se sorprendió al verla arrodillada, palpando desesperadamente el suelo, como si buscara algo.

—¿Qué ocurre? ¿Se te ha caído un pendiente?

—¡No! ¡Estoy buscando mis bragas! ¡Y con esta luz no veo nada!

Claudia sintió deseos de soltar una carcajada, pero justo en ese momento la puerta del ascensor renqueó haciéndose a un lado y el bedel apareció tras ella.

—¡Por fin! —exclamó Quique, vestido con una túnica azul que lo identificaba como el manitas de la editorial—. Estas malditas puertas dan más guerra que un niño de teta.

Olivia estaba tan roja que se alegró muchísimo de que la luz de emergencia siguiera encendida y aquel hombre no pudiera apreciar el sudor que perlaba su frente. Se incorporó con lentitud, tratando de disimular lo mejor que pudo su estado de agitación, aunque no dejara de echar miradas furtivas al suelo. Sus bragas tenían que estar por alguna parte, ¡no podían haberse evaporado, así, de repente! Y no podía dejarlas allí.

—Muchas gracias por haber venido tan rápido —le dijo Claudia, no sin cierto retintín en la voz—. Estaba empezando a hacer un calor insoportable aquí dentro, ¿verdad, Olivia?

La pelirroja se limitó a asentir con incomodidad y Claudia le hizo un gesto para que se moviera y saliera del ascensor. Sabía que estaba disfrutando de su descuido, podía ver sus labios curvados en una pícaro sonrisa, y sintió ganas de asesinarla. Por su culpa sus bragas se iban a quedar allí hasta que alguien las encontrara y ¿entonces qué? Ya casi podía imaginar los rumores, corriendo por toda la editorial. Cientos de historias inventadas, la mayoría de las cuales no tendrían ninguna base de verdad, pero con estas cosas una nunca podía estar del todo segura.

Estaba ya resignada a dejarlas atrás, pero de repente las vio, arrinconadas en una de las esquinas del ascensor. Era demasiado tarde para agacharse y recogerlas, ¿no?

—Oh, vaya, mira esto —dijo Claudia, entrando de nuevo en el

ascensor. ¿Pero qué demonios se proponía? —Qué curioso... alguien ha dejado aquí su ropa interior.

No, aquello no podía estar ocurriendo. Aquello tenía que ser fruto de su imaginación, una horrible pesadilla. No podía ser verdad que Claudia tuviera sus bragas en la mano, colgando del dedo índice, y se las estuviera tendiendo a aquel hombre, cuyas cejas estaban a punto de fundirse con la raíz de su pelo.

El bedel carraspeó para aclararse la voz. Se le notaba un poco incómodo.

—No crea, señorita Martell, no crea —dijo—. Si le contara la de cosas que deja la gente tirada por aquí, no me creería.

—No se preocupe, ya las dejo yo en objetos perdidos —propuso Claudia.

Olivia contuvo un grito ahogado.

—Como usted guste. Ya me dirá, ¿qué iba a hacer yo con ellas?

Pero todo esto fue demasiado para la pelirroja. Después de todo, quizá no estuviera preparada para la naturalidad desbordante de Claudia a la hora de tratar los asuntos más delicados. Lo supo cuando vio que ella se metía sus bragas en el bolsillo de la falda. En ese momento le golpeó aquella idea. Fuerte. Certera. Fue un pensamiento demasiado triste y realista para darle la espalda y obviarlo. Por eso cuando el bedel entró en el ascensor para analizar la causa de su parón y ellas dos se alejaron lo suficiente para que no las escuchara, Claudia notó que le pasaba algo.

—¿Estás bien?

—Escucha, Clau, yo...

—Ya —la interrumpió—. No digas nada más, no hace falta. Me lo han dicho antes.

—No, escucha, no me has dejado terminar —insistió Olivia.

—No es necesario, ¿verdad? Está todo muy claro. —Claudia metió la mano en el bolsillo, sacó su ropa interior y se la tendió—. Toma, creo que esto es tuyo.

—Claudia no es por ti, es que...

—Lo entiendo, Olivia. De verdad que todo lo que me vayas a decir ya lo he escuchado antes. Lo entiendo —insistió, acariciando su mano mientras le dedicaba una mirada cálida—. Ve o llegarás tarde.

—¿Tarde?

—La cena, ¿recuerdas? Has quedado con Fernando.

—Ah, sí, la cena. —La pelirroja bajó la vista y la clavó en el suelo. No sabía qué decir, pero sí sabía que no quería despedirse así. No era justo después de todo lo que había ocurrido.

Al verla así, con las mejillas todavía sonrosadas y de un color que hacía juego con su cabello y sus pecas, Claudia pensó que estaba observando a la mujer más preciosa que había visto en su vida. Supo también que a partir de entonces ya nada sería igual. Ya no valía la pena poner excusas ni mentirse: estaba rematada e irremediablemente enamorada de Olivia Simón. No sabía cómo había ocurrido, pero así era. Y ahora tenía que despedirse de ella, porque no se encontraban en igualdad de condiciones. Olivia no sabía lo que quería y ella lo tenía demasiado claro. Lo mejor era que lo dejaran correr, quizá para siempre, si Olivia no le ponía remedio.

—Ve, no te preocupes por mí —la animó, al ver que todavía no se había movido.

—Sí, será mejor que me vaya.

Claudia se encontraba tan ensimismada pensando en los sentimientos que acababa de descubrir, que le cogió desprevenida que Olivia le diera un beso de despedida en la mejilla. Pestañeó con fuerza, pero cuando volvió en sí, ella ya se había alejado varios metros.

—¡Oli, espera! ¡Te dejas algo!

Pero la pelirroja fingió no haberla escuchado. Hundió sus manos en los bolsillos, sonrió para el cuello de su camisa y siguió andando. Porque no se dejaba nada: eran para ella. Solo para ella.

Capítulo 11

SALVO AMANDA

A la hora prevista, Olivia se encontró con Fernando en el vestíbulo de la editorial. Tomaron juntos un taxi hasta la casa que él compartía con Julia, pues allí era donde se solían reunir todos los amigos.

Cuando llegaron a la casa, Julia ya se encontraba en la cocina, tratando de resolver una crisis doméstica con los pucheros. Las actividades caseras no eran su punto fuerte de la novia de Fernando y Olivia temió por su salud al ver el estado frenético en el que se hervían esa noche las ollas, cazos, sartenes e incluso platos, que volaban por la cocina en direcciones opuestas y órbitas imposibles.

—Deja que te eche una mano con eso —le dijo, remangándose la chaqueta.

—Gracias. Ya sabes lo mal que se me da cocinar. Por un momento he estado a punto de atizar a Amanda con esa sartén. Casi la dejo sonada.

—¿Más todavía? —bromeó Olivia—. Lo dudo.

—¿Crees que si le doy un sartenazo recuperará el poco juicio que le queda?

Olivia se encogió de hombros. —Todo es probarlo.

Al otro lado del pasillo, los demás ya estaban a la mesa disfrutando los aperitivos que Luis había sacado para amenizar la espera mientras se hacía la cena. Miguel había acudido a la cita con Ana, su novia, que ahora era una más del grupo, y Amanda venía en compañía de Rodolfo a secas, su extravagante novio del que ninguno sabía su apellido. Rodolfo era un naturista a quien había conocido gracias a las cartas que ambos enviaban a una revista especializada en animales extraños (y sospechosamente inexistentes).

Al día siguiente era festivo y todos parecían estar pasándolo en grande. Luis se acercó a la cocina para saludarla tan pronto como advirtió su presencia. Y aunque ella le correspondió con un beso tan tibio como indiferente, a él pareció bastarle. Estaba demasiado ocupado mascando cacahuets a dos carrillos para alarmarse por un saludo algo más frío de lo habitual.

Pero Olivia sí era muy consciente del comportamiento que estaba

teniendo. En varias ocasiones Julia había tenido que repetir lo que le estaba diciendo para que le prestara atención. Había saludado a los demás con un gesto desganado y durante el trayecto hasta la casa apenas intercambió palabra con Fernando.

Intentaba no pensar en ello, pero era incapaz de quitarse a Claudia de la cabeza. Su encuentro en el ascensor estaba todavía demasiado reciente y aunque estaba decidida a olvidarse de ella, cada dos segundos se preguntaba dónde estaría, con quién, que estaría pensando... si estaría pensando en ella o si sentiría lo mismo. Por supuesto, el hecho de no llevar bragas no ayudaba en absoluto, pero, detalles aparte, era consciente de que nunca se había sentido tan confusa.

Por suerte, un mal día lo tenía cualquiera, y como era la primera vez que se comportaba así delante de sus amigos, todavía no les había dado motivos de preocupación o sospecha.

Salvo en el caso de Amanda.

Amanda siempre había tenido *ese* don. Sí, el don de ver donde otros no lo hacen. Y la virtud de ser la persona más inoportuna con el noventa y nueve por ciento de sus comentarios. Por eso, cuando sacó la bandeja de pudding y se sentó a la mesa, a Olivia se le dispararon todas las alarmas. Amanda, que estaba sentada justo enfrente de ella, la miró con los ojos entrecerrados, algo que para ella era una señal inequívoca de peligro. Hubo un momento en el que le pareció advertir que le sonreía con compasión y eso le puso los pelos de punta.

Decidió entonces evadirse y participar lo menos posible en la conversación para no darle más motivos de sospecha. Las voces de sus amigos se convirtieron entonces en meros sonidos en la lejanía, Olivia perdida en sus recuerdos, Olivia tratando de comer sin conseguirlo. En un momento dado, Luis le ofreció vino, pero ni siquiera se dio cuenta. Lo único que escuchó con claridad fue la altisonante voz de Amanda cuando dijo: —...eso es que está enamorada. Cuando yo me enamoro también pongo esa cara de haber visto un fantasma.

Entonces su estómago dio un vuelco, haciéndole regresar rápidamente a la realidad.

—Claro que está enamorada —contestó Julia—. Tiene una relación con Luis, ¿recuerdas, Amanda?

—No me refería a eso —puntualizó Amanda—, no me refería a Luis. Fernando entornó los ojos y Olivia sintió que su corazón batía

frenéticamente contra su pecho mientras los demás clavaban la mirada en ella, intentando entender qué había querido decir Amanda con ese comentario tan poco afortunado. Sin embargo, nadie se atrevió a hablar y, por supuesto, tampoco preguntaron. Lo único que hicieron fue permanecer callados, aunque mirando a Olivia con asombro, como si esperaran que ella aclarara el entuerto o lo negara todo.

—¿Más vino? —les ofreció Rodolfo a secas, rompiendo el hielo.

A veces era muy conveniente que el novio de Amanda fuera tan inoportuno como ella. Este comentario consiguió acabar con el silencio y eso le regaló unos valiosos minutos de calma. Aunque, a juzgar por la cara de Luis, no serían demasiados. Su novio parecía haber comprendido su extraño comportamiento de repente, como si hubiera tenido una epifanía, y Olivia supo que ya no habría más prórrogas después de aquella noche. El tiempo de descuento se había acabado.

La señora Martell supo que había alguien más en su casa nada más cerrar la puerta de entrada y pisar el vestíbulo. Hasta a mil metros de distancia habría sido capaz de reconocer el perfume de su hija y aunque le parecía sospechoso que les hubiera hecho una visita la noche previa a un festivo, entró en el salón fingiendo total normalidad.

—¡Hola, cariño! —saludó con calidez mientras dejaba su inmenso bolso en una silla y se acercaba para depositar un beso maternal en la frente de Claudia.

—Hola, mamá. ¿Qué tal el trabajo?

—Oh, ya sabes, el mismo aburrimiento de siempre.

La madre de Claudia conocía muy bien a su hija. Sabía que si pretendía descubrir lo que le pasaba y por qué motivo estaba en casa de sus padres, tendría que desviar el tema, fingir normalidad, para luego reconducir la conversación hasta llegar al asunto en cuestión. Así que estuvo un buen rato charlando sobre cómo les había ido el día y de otras cosas banales que no despertaban el interés de ninguna de ellas, al menos en aquel momento. Solo cuando Claudia hizo una pausa para respirar hondo, con dificultad, su madre comprendió que tenía vía libre para preguntar.

—A ti te ocurre algo. ¿Es por Carolina?

—¿Carolina? —Claudia se sorprendió al escuchar el nombre de su ex—. Ni siquiera me acuerdo de ella, mamá. Esa historia murió hace mucho

tiempo.

—Ay, yo qué sé, hija, con lo mal que lo pasaste...

—Ya, pero no es por eso.

—¿Entonces? —inquirió su madre mientras se plisaba la falda. Con Claudia también era importante no mostrar impaciencia ni excesivo interés si uno quería que abriera su corazón.

Claudia suspiró de nuevo y buscó las palabras. Le resultaba muy difícil hablar de aquello, especialmente con su madre.

—Digamos que he conocido a alguien.

La señora Martell asintió lentamente y le dedicó una mirada cálida a su hija. —No veo cuál es el problema —dijo.

—Ella tiene novio y... —Claudia se detuvo un instante.

—¿La quieres? —le preguntó al advertir que se le atascaban las palabras.

Claudia se limitó a asentir. Tenía miedo de romper a llorar si decía algo más.

—¿Se lo has dicho? —mover la cabeza de lado a lado, en signo de negación, y su madre tuvo entonces muy claro lo que debía decir a continuación—. Cariño, entonces quizá deberías decirle a Olivia lo que sientes.

Sus ojos se abrieron de par en par. Si antes estaba mirando su regazo, ahora observaba a su madre con verdadera sorpresa.

—¿Cómo lo has sabido?

—Oh, vamos, sabe más el diablo por viejo que por diablo. ¿Todo ese odio reconcentrado? Pregúntale a tu padre cómo nos conocimos. Eres igualita a él: cuando alguien no te gusta, es que te gusta demasiado. Tú no lo habrás notado, pero estos últimos meses me has hablado más de ella que en toda tu vida. Solo lamento no poder contárselo a su bendita madre. Ella daría lo que fuera para que se separara de ese cabeza cuadrada de Luis.

Este comentario le despertó una sonrisa. Su madre tenía razón. No conocía a Luis, pero por lo poco que Olivia le había hablado de él ya sabía que no era precisamente la alegría de la huerta.

—Pero ella le quiere o, al menos, lo respeta. Y no creo que esté dispuesta a dar explicaciones al mundo entero por alguien...

—¿Alguien como tú?

Claudia asintió quedamente y su madre la rodeó con un brazo para que acurrucara la cabeza sobre su hombro.

—Hija, mírate: ¿De qué estás hablando? ¡Eres una mujer fantástica! ¿Quién no iba a querer estar contigo?

—Olivia Simón, ¿por ejemplo? —bromeó con amargura.

—Hace mucho que le perdí la pista a Olivia, lo reconozco —le confesó mientras le acariciaba el pelo—, pero cuando estás enamorada, el qué dirán queda en segundo plano. Y si Olivia tiene la mitad de corazón del que parece tener y te quiere un cuarto de lo que tú la quieres a ella, estoy segura de que acabará entrando en razón. Pero ahora lo importante es que pienses en ti, que estés bien. ¿Qué has pensado hacer?

—No lo sé. —Claudia se levantó y empezó a caminar sin rumbo por la habitación—. Había pensado en irme, tomarme un descanso para aclarar las ideas, ¿sabes?

—Si crees que eso es lo que necesitas ahora mismo, no veo motivo para que no lo hagas. ¿Tu jefe estaría de acuerdo?

Asintió. —Creo que no le sorprendería si pidiera un traslado.

—Bien, entonces puedes planteártelo. Pero de eso debes preocuparte más adelante. Esta noche de lo único que tienes que preocuparte es de ayudarme a preparar la cena —le pidió su madre, acariciando su brazo—. Tu padre volverá de viaje en unas horas y me gustaría sorprenderle con algo. ¿Qué te parece un pollo al ajillo?

Claudia sonrió. De pronto se sentía mucho mejor. Había sido un acierto pasarse por allí después del trabajo.

—Me parece estupendo, mamá.

—Perfecto, entonces no admitiré un no por respuesta: te quedas a cenar.

Al día siguiente, Claudia estaba tratando de resolver un asunto especialmente difícil. Su nuevo trabajo era bastante más aburrido que el anterior y de vez en cuando requería su presencia fuera de hora, como era el caso. Pero no se quejaba: el cambio había sido decisión suya y al menos ahora no tenía que convivir con Olivia cada hora de cada día. Con ello había evitado que sus sentimientos fueran a más y había puesto una distancia prudencial entre ellas, a pesar del desliz ocurrido el día anterior.

Ella tampoco había dejado de darle vueltas a cada minuto que habían pasado juntas en el ascensor. Cuando se metió en la cama estuvo rebobinando una y otra vez, recordando los besos que se habían dado y la persecución previa, que ahora le hacía sonreír. Pero también había tomado

una decisión importante: se había acabado. Olivia tenía novio y lo último que deseaba era arruinar su relación y meterse, probablemente, en problemas con Fernando. Aunque ellos dos no tuvieran una amistad demasiado estrecha, Fernando era importante para ella. Era una de esas personas a las que siempre tenía presente; sabía que podía contar con él si alguna vez lo necesitaba.

Había otras tantas razones para olvidarse de Olivia. Como, por ejemplo, el hecho de que estaba convencida de que no iba a ninguna parte con ella. Por más que su madre insistiera en que ella y su padre se habían conocido de igual manera, Olivia y ella eran como la noche y el día; agua y aceite; norte y sur; Abel y Caín... polos opuestos. Olivia era testaruda, cascarrabias y perfeccionista. Necesitaba tenerlo todo bajo control. Y Claudia era espontánea, despreocupada y un desastre patológico. Si algo odiaba era hacer planes y controlar sus sentimientos, pero la pelirroja no podía vivir con tanto caos.

Además, tampoco tenía muy claro que correspondiera sus sentimientos. A veces le daba la sensación de que lo único que buscaba Olivia era jugar un rato, traicionarse a sí misma, hacer exactamente aquello que nadie esperaría de ella. Desmelenarse. Y ella no era el experimento de nadie, se negaba a hacer de conejillo de indias.

Así que, aunque le doliera, debía continuar con su vida antes de que fuera demasiado tarde. Por eso se forzó a sí misma a pensar en otra cosa y concentrarse en la aburrida documentación que debía revisar. Cuanto antes se fuera a casa, mejor. Era ya tarde y quería disfrutar de lo que restaba de festivo.

Agarró el bolígrafo con desgana y empezó a hacer anotaciones al pie de aquel escrito justo cuando escuchó una voz inconfundible: —Eras tú, ¿verdad?

La oficina estaba tan vacía aquel día, que no pudo evitar sobresaltarse. Cuando levantó la vista y vio a Fernando, en el umbral de la puerta de su despacho, supo que pasaba algo malo. El muchacho tenía la cara desencajada y parecía enfadado. Por su aspecto, no le costó demasiado deducir que no había pegado ojo en toda la noche.

—Eras tú la del callejón —le dijo—. Y no se te ocurra negármelo, Claudia, porque os vi con mis propios ojos.

—Escucha, Fernando, yo...

—No —la interrumpió él—. Escúchame tú a mí: el novio de Oli me

ha despertado a las cinco de la mañana porque ella le ha confesado que quiere a otra persona. —Fernando tenía el brazo extendido y señalaba con furia hacia el exterior del despacho. Por un momento pensó que Luis se encontraba allí fuera, esperando para entrar, pero le alivió descubrir que solo era un gesto furibundo—. ¡Está destrozado!

—Fernando, yo no... ¡Fue solo una tontería! ¡Se ha acabado!

—¿De verdad? ¿Tú crees que se ha acabado? Porque yo no lo creo. Pensaba que eras de otra manera, Clau. Pensaba que eras muy diferente.

Y eso fue todo. Fernando cerró la puerta y se fue hecho un basilisco, sin darle la oportunidad de explicarle que estaba equivocado. Realmente ella era de otra manera, aunque quizá fuera demasiado tarde para poder demostrárselo.

Capítulo 12

AHORA O NUNCA

Un año después...

Estaba muy nerviosa cuando llegó a la puerta de la editorial. Había pasado mucho tiempo y aquel lugar encerraba demasiados recuerdos dolorosos, muchas heridas abiertas e infinitas preguntas sin respuesta. A nada de ello deseaba enfrentarse. Durante meses se había dicho a sí misma que estaba preparada, pero ahora que el momento había llegado notaba que le temblaba el pulso y sentía un inexplicable vértigo extendiéndose por la boca de su estómago.

Pero allí estaba, a escasos centímetros de la puerta, su mano, sudorosa, bien sujeta al picaporte. Varios empleados pasaron por delante de la cristalera sin reparar en ella. Estaban demasiado ocupados en sus tareas diarias y aunque los conocía a todos, ninguno se dio cuenta de su presencia. Por un momento se sintió como el espectador que contempla una película desde la comodidad de su butaca, sabedor de que no participará en ninguna de las escenas que está viendo, aunque esté de sobra familiarizado con ellas.

La editorial estaba igual que siempre. Nada había cambiado. Las secretarías seguían trajinando de un cubículo a otro buscando quien les resolviera este o aquel problema. Los repartidores de correo seguían

confundiendo la correspondencia, generando el caos allá donde fueran. Los editores se reunían en la salita del fondo, e imaginó que allí estaría ahora mismo alguno, tratando de averiguar cuál era la mejor estrategia para abordar a un escritor especialmente escurridizo. Y luego estaba ella, Claudia, cuya postura como espectadora le hizo comprender que nada ni nadie era irremplazable. La vida seguía, y era decisión suya ser valiente y participar o acobardarse y volver por donde había venido.

Se armó de valor para girar unos centímetros la perilla de la puerta. Pero primero dio un suspiro, hondo, reparador, antes de poner el primer pie en el interior del pasillo.

Lo que vino después no se lo esperaba. Al principio fueron solo unas cabezas que aparecieron por encima de los cubículos de trabajo. Después, más cabezas asomadas desde el interior de los despachos. Y el silencio. Un silencio que le hizo replantearse si cruzar la puerta había sido, después de todo, la mejor idea.

Estaba a punto de dar media vuelta cuando la gente estalló en aplausos. Claudia se ruborizó tanto que tuvo que dejar su maletita rosa en el suelo para ocultar su rostro entre las manos.

Cualquiera hubiera dicho que la única que no había sabido valorar el éxito de su última publicación era ella. La noticia se había extendido por García & Morán como la pólvora, y todos los empleados estaban al corriente de lo ocurrido, incluso el bedel, que fue uno de los primeros en acercarse para darle la enhorabuena. Claudia, que no era de grandes recibimientos, se sintió un poco sobrepasada por la calurosa bienvenida, pero aun así tuvo que admitirse a sí misma que se sentía orgullosa de haber tenido tanto olfato para identificar un auténtico best-seller. Era agradable regresar con la cabeza bien alta, tras unos meses de duro trabajo.

Arturo Morán consiguió abrirse paso entre los presentes y se acercó a ella. Por un momento Claudia pensó que no iba a felicitarla porque Morán era un hombre estoico, que muy pocas veces dejaba entrever sus verdaderas emociones. Pero hasta él se olvidó de su talante serio por unos segundos y tras dedicarle unas amistosas palmaditas en la espalda, comentó: —Bien hecho, Martell. Desde el principio supe que era usted un verdadero fichaje. Esto va a dar guerra durante una década por lo menos. ¡Esta mañana ha llamado Mediaset! ¡Quieren hacer una película!

Estuvo por lo menos cinco minutos encajando halagos y bienvenidas de la gente más variopinta. Algunos de ellos ni siquiera los conocía, pero

Claudia respondió a todas las felicitaciones con una cálida y sentida sonrisa, que por desgracia se esfumó demasiado rápido. A los pocos segundos de que la multitud se hubiera despejado, volvió a sentir aquella desapacible sensación de caída libre en la boca del estómago. Había llegado el momento, tanto si estaba preparada para afrontarlo como si no.

Agarró su maletita rosa del suelo y empezó a caminar, dejándose envolver por el sentimiento de familiaridad, de que nada había cambiado realmente, a pesar de todo. Todavía recordaba la mañana en la que se había personado en el despacho de Morán para aceptar sus insistentes propuestas de retomar su antiguo trabajo como editora de novelas. Lo que él no sabía era que estaba tan desesperada por desaparecer de la faz de la tierra que habría aceptado cualquier destino, el que fuera, con tal de poner tierra de por medio. Si Morán hubiera sabido la verdad, es muy probable que no hubiera aceptado la única condición que le puso Claudia: que la mandara tan lejos como fuera posible, durante el máximo espacio de tiempo, a una delegación tan remota e impopular que nadie en su sano juicio aceptaría ese empleo, ni siquiera triplicándole el sueldo.

Arturo Morán se tomó unos segundos para meditar la cuestión, pero no hizo ninguna pregunta personal o embarazosa. El dueño de la editorial se limitó a mirarla de soslayo, con cierto recelo, sin duda preguntándose el motivo de su extraña petición. Después aceptó sin pestañear, porque sabía que no tenía escapatoria posible: o aceptaba las condiciones de Claudia o se exponía a perder a una de las mejores editoras que había pisado los suelos de aquella casa.

Después de muchos meses leyendo manuscritos de autores mediocres, Claudia tuvo la fortuna de encontrar la gallina de los huevos de oro. Muchas personas del gremio se empeñaban en decir que lo de encontrar best-sellers era una cuestión de olfato, pero ella estaba convencida de que se trataba de pura suerte. Aquel manuscrito, de hecho, había llegado a sus manos en una lluviosa mañana de lo más normal, y desde la primera página supo que con una buena campaña de marketing su escritora sería capaz de triplicar, en menos de un año, las ventas globales de la última obra de Jorge Domenech. Su libro era un verdadero bombazo editorial, la golosina con la que sueña cualquier editor del planeta. Sin embargo, su publicación supuso también el punto y final de su exilio. Claudia comprendió muy pronto que si no quería caer en el ostracismo profesional, tenía que regresar a Madrid para hacerse cargo de la segunda entrega de la saga.

Madrid significaba enfrentarse con su pasado, pero un año después de su desagradable encuentro con Fernando, estaba casi convencida de que se sentía preparada para afrontar el reto. En cualquier caso, aquella era la publicación más importante de su vida, nadie habría entendido que le diera la espalda ahora que todo el mundo hablaba de ella.

Claudia había tenido tiempo de sobra para prepararse mentalmente. Pero lo había pensado tantas veces que le resultaba extraño que hubiera llegado la hora de enfrentarse al reencuentro. La noche anterior no había podido pegar ojo dándole vueltas a su regreso, pensando cómo sería o de qué manera la recibirían sus compañeros de trabajo tras haber pasado tanto tiempo lejos. Pero, sobre todo, había pensado en ella. En ella y en la última vez que se habían visto. Tenía la sensación de que tras aquella puerta la estaban esperando todos estos recuerdos, y por eso le resultaba tan difícil abrirla.

Su mano ya estaba empapada en sudor cuando la posó sobre la perilla. *Debes tranquilizarte*, se dijo a sí misma, *es absurdo ponerse nerviosa*. Respiró profundamente y cerró los ojos antes de abrir la puerta de su antiguo despacho con aquella pregunta rondándole la cabeza: ¿Cómo reaccionaría Olivia ante su regreso?

—¡Hola, Claudia!

Lo que vio no era lo que había imaginado. Susana Ríos estaba charlando amigablemente con la persona que ocupaba el escritorio de enfrente y esa persona no era Olivia Simón.

—¿Qué tal el viaje? —preguntó muy animadamente su excompañera, que se puso en pie para darle la bienvenida.

Claudia recorrió los escasos metros que las separaban y recibió con desgana el abrazo de Susana. Estaba tan desconcertada que permaneció tesa mientras se dejaba abrazar. Sus ojos todavía estaban clavados con sorpresa en aquella otra persona.

—Hola, Claudia, no sabes la ilusión que me hacía conocerte. Todo el mundo habla de lo mismo. Has hecho un trabajo impresionante —dijo la otra muchacha, poniéndose en pie también.

Ahora que caía en la cuenta, la conocía, pero no por su vida personal, sino por su trabajo con Dolores Guzmán, una de las editoras más poderosas de Madrid.

—Gracias, ¿Érica, era?

—Sí, Érica Pose.

—Érica se incorporó a nuestro equipo hace unos meses. Está haciendo un trabajo excelente —le informó Susana con una sonrisa. Parecía encantada de tener allí a Érica en lugar de...

—¿Y dónde está...?

—¿Olivia? —la atajó Susana—. ¿No te has enterado? Pidió un traslado a las pocas semanas de que tú te fueras.

—¿Traslado? —preguntó, extrañada.

—Sí, ahora vive en Barcelona, ¿verdad?

Érica asintió con la cabeza y luego dijo:

—Fue una sorpresa para todos. En realidad nadie sabe por qué se marchó.

—Tonterías —objetó Susana—, todo el mundo sabe que se fue por lo que se fue.

Susana se acercó a ella, y se tapó la boca con la mano para susurrarle al oído:

—Dicen que dejó plantado a su novio porque se enamoró de otro, aunque nadie sabe quién es el otro...

La oficina de Barcelona supuso un verdadero reto para Olivia, que tuvo que acostumbrarse a estar alejada de su familia y amigos. Durante varios meses creyó volverse loca de lo sola que se sentía, pero al final consiguió ocupar su mente a base de centrarse en el trabajo, que cada día era más, debido al renovado interés del público por las obras editadas por García & Morán.

Su jornada laboral prácticamente había acabado cuando terminó de firmar un par de documentos. Consultó su reloj de pulsera y se dio cuenta de que se le estaba haciendo tarde si quería tomar el avión a Madrid. Esa noche habían quedado en reunirse para planificar la despedida de soltera de Amanda, que acababa de anunciar su compromiso con su querido y lunático Rodolfo Asecas. Así que la pelirroja había decidido aprovechar la ocasión para pasar todo el fin de semana con sus amigos y hospedarse en casa de Fernando y Julia.

Tardó más de lo habitual en llegar al aeropuerto. Los viernes por la tarde siempre eran caóticos, la gente tenía tanta prisa por comenzar el fin de semana que cualquier medio de transporte era susceptible de ir con retraso. Así que se presentó en el mostrador de facturación tan tarde que casi le dio un infarto cuando el empleado de la compañía aérea le informó,

todo sonrisas, que debía correr si quería coger su vuelo, porque estaban a punto de cerrar las puertas.

Olivia apuró todo lo que le permitieron la falda y bailarinas que se había puesto por la mañana. Era difícil correr por la terminal cargando con su pesado bolsón de mano. La pelirroja no había aprendido la lección y seguía llevando exceso de equipaje en todos sus viajes, incluso en las escapadas que apenas duraban dos días, como era el caso. Llegó casi sin aliento a la puerta de embarque, donde una azafata la miró con cara de sabueso por llegar tarde.

Cuando divisó la fila en la que estaba su asiento, comprendió que había sido la última pasajera en entrar. Seguramente la habían llamado en varias ocasiones por el sistema de megafonía y el vuelo se había retrasado moderadamente por su culpa. Ahora entendía por qué algunos pasajeros la miraban con cara de pocos amigos. Los azafatos cerraron las puertas de la nave tan pronto como se dejó caer, exhausta, en su asiento, y en ese momento sonó su teléfono móvil.

—Por favor, tiene que apagar el móvil ahora —la reprendió una azafata—. Las puertas ya están cerradas.

Asintió a regañadientes, pero apretó la tecla de apagado de su teléfono sin rechistar ni mirar el mensaje de texto que acababa de recibir. Sus amigos y sus padres sabían que a aquellas horas tenía que tomar un avión, así que no podía ser nada importante. No pasaba nada por mirarlo más tarde, cuando hubiera aterrizado en Madrid.

Capítulo 13

NO ES UNA CITA

Fernando, Luis, Julia, Miguel y Ana estaban manteniendo una acalorada discusión sobre los pormenores de la despedida de soltera que pretendían organizarle a Amanda. Si se hubiera tratado de otra persona, las posibilidades habrían sido infinitas. Pero se trataba de Amanda, sujeto difícil y extravagante donde los hubiera, y eso limitaba muchísimo sus posibilidades.

—Siempre podemos organizar una visita al Museo de Ciencias Naturales —propuso Julia, encogiéndose de hombros—. Seguro que es su favorito.

—¡Pero eso es aburrido! —protestó Luis—. Se trata de una despedida de soltera. Deberíamos organizar algo más entretenido.

—Ya, Luis, pero el problema es que yo no me imagino a Amanda rodeada de strippers, metiéndoles dinero en la bragueta. Tenemos que pensar en otra cosa —puntualizó Julia.

Fernando no estaba participando en la conversación. Les escuchaba atentamente mientras miraba por la ventana, pero había preferido mantenerse al margen. Llevaban ya media hora discutiendo las diferentes opciones y empezaba a estar cansado de que no se pusieran de acuerdo.

—¿Qué os parece una casa encantada? La semana pasada vi un reportaje sobre una que hay en Toledo —propuso Miguel—. Recuerdo que el año pasado Amanda comentó algo sobre visitar una casa con fantasmas. La del reportaje se alquila por días.

Luis sintió un escalofrío solo de imaginarlo. —No puedes estar hablando en serio —repuso.

—¡Es una idea fantástica, Miguel! —Se emocionó Julia—. También podríamos organizar una fiesta temática.

—¿Te has vuelto loca? ¡Es una casa encantada! ¡Hay fantasmas! —se quejó Luis.

El muchacho buscó con la mirada el apoyo de Fernando, pero su amigo estaba de espaldas a ellos, y acabó bufando con impotencia.

—¡Y podríamos llamar a la banda de tu hermana para que amenizara la fiesta! —propuso Ana, agarrando con emoción el brazo de su novio Miguel.

Luis puso los ojos en blanco. Una fiesta sonaba bien, pero no si estaba amenizada por la banda de la hermana de Miguel. La criatura tenía dieciséis años, y se negaba a ver a grupo de adolescentes que ensayaban en un garaje como si fueran una banda de rock consolidada. Esto, sumado al hecho de que la despedida iba a consistir a cazar supuestos fantasmas que merodeaban por una casa en medio de la nada, distaba mucho de ser la despedida que Luis se había imaginado.

—¿Hola? ¿Alguien me escucha? Repito: hay fantasmas.

Pero no, nadie le escuchaba, o si lo hacían les traía sin cuidado su opinión.

—Mi osito es un verdadero genio —afirmó Ana con orgullo.

—Entonces, decidido: la casa encantada. ¿A ti qué te parece la idea, Fernando? —le preguntó Julia.

—¿Alguien sabe dónde está Olivia? —se interesó Miguel—. ¿Se habrá retrasado su avión?

Aquello sí que llamó la atención de Fernando, que se giró para contestar esta pregunta. Sin embargo, no llegó a abrir la boca porque justo en ese momento sonó el timbre de la puerta.

—Ya abro yo —les dijo al resto, saliendo corriendo hacia la entrada de la casa.

Como habían pedido una pizza unos minutos antes, Fernando estaba convencido de que se trataría del repartidor, pero cuando abrió la puerta se encontró con una sorpresa.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó, alarmado.

Olivia arrugó la frente, contrariada. Estaba demasiado cansada del viaje y de toda la semana de trabajo para hacer bromas.

—¿A ti qué te parece? Venga, Fer, ayúdame con esto, que estoy muy cansada —le dijo, pidiéndole ayuda con el bolsón.

Pero su amigo seguía con aquella cara de haber visto un fantasma y con un movimiento rápido se interpuso entre ella y la puerta, bloqueándole el paso.

—¿Qué haces? ¿Te has vuelto loco?

—No has mirado tu móvil, ¿verdad?

La pelirroja frunció el ceño.

—Míralo, corre —insistió su amigo, cerrando la puerta a sus espaldas, como si no quisiera que nadie escuchara su conversación.

Aquel comportamiento era muy extraño, pero Olivia estaba demasiado cansada para contradecirle y sabía que Fernando no le iba a dejar entrar hasta que no hiciera exactamente lo que le pedía. Así que dejó la maleta a un lado y comenzó a revolver en el interior de su bolso, en busca del dichoso teléfono.

Pasaron unos segundos hasta que el móvil se encendió y pudo acceder al menú principal, en donde se encontró el icono de un sobre cerrado. Era el mensaje que había recibido nada más ocupar su asiento en el avión. Olivia miró a Fernando con dudas, segura de que el mensaje tenía algo que ver con la extraña actitud de su amigo, que le hizo un gesto con la cabeza invitándole a leerlo.

Su corazón empezó a latir con tanta fuerza cuando apretó el botón para abrirlo, que le costó trabajo enfocar las letras. Cuando acabó de leerlo, miró a su amigo en busca de una explicación para todo aquello.

—Fer... ¿Cómo?

—Vamos, no hay tiempo —la apremió él, agarrando su maleta y empujándola en dirección contraria a la casa—. Tú vete, yo me ocupo de esto.

La pelirroja consultó su reloj de pulsera. Eran las nueve y media de la noche. Miró el móvil y luego su reloj una vez más.

—¡Pero si apenas queda media hora!

—¡Pues por eso! —respondió Fernando—. No querrás llegar tarde.

Pero Olivia se quedó allí parada, inmóvil, en shock. De todas las cosas que podían pasar aquel día, aquella era la más inesperada. Le habría sorprendido menos si alguien le hubiera dicho que habían dado con la manera de curar el cáncer. El mensaje la había dejado tan estupefacta que de repente se sintió muy mareada, superada por el momento.

—Fer, no sé si puedo hacerlo. Es decir, ¿por qué ahora? ¿Y qué excusa le pongo al resto?

Fernando se giró para comprobar que sus amigos no les habían visto. Podía escuchar la risa de Ana colándose por el quicio de la puerta y vio por la ventana que todavía estaban discutiendo sobre la despedida de Amanda. Luis parecía más enfadado que nunca, pero, en general, seguían charlando, como si ninguno hubiera notado lo larga que estaba siendo su ausencia.

—Por eso no te preocupes, yo me ocupo de ellos —trató de tranquilizarla—. Y no me digas que no sabes si quieres esto, porque te conozco muy bien, Oli. Te has pasado el último año llorando por las esquinas, así que ahora no tienes excusa. Lo entenderán. ¡Vete! ¡Contéstale y vete!

Sin saber por qué lo hacía o si era lo que deseaba, la pelirroja hizo exactamente lo que Fernando acababa de recomendarle. Dejó allí su maleta y echó a correr hacia la calle principal del barrio, porque allí circulaban más taxis.

Tenía el teléfono móvil tan firmemente agarrado que los nudillos casi se le habían puesto blancos. Entonces recordó, en medio de la carrera, que debía contestar el mensaje que le había mandado Claudia.

Claudia... Había pasado tanto tiempo.

Comenzó a teclear con el pulso todavía acelerado, sin atinar con las palabras correctas. Lo peor de todo era que no estaba segura de encontrarse en pleno poder de sus facultades mentales en ese momento. Podría escribir cualquier disparate y no darse cuenta, pero confiaba en su instinto.

Olivia sabía que Claudia regresaba ese día a Madrid. Lo había visto en el boletín de la editorial, aunque se había negado a pensar demasiado en ello. Sí, en su fuero interno era consciente de que aquel fin de semana las dos estarían de nuevo en la misma ciudad, algo que no había ocurrido en mucho tiempo, pero confiaba en que sus diferentes estilos de vida las mantuvieran alejadas. Olivia solo tenía que evitar merodear por los alrededores del barrio de Claudia y confiar que el destino no las juntara por casualidad, en cualquier esquina.

Se imaginó que en algún momento, ahora que Claudia estaba de vuelta, volverían a hablar por algún tema de trabajo, pero no esperaba tener noticias suyas tan pronto. Por cómo se había ido (rápido y sin despedirse), estaba convencida de que Claudia no deseaba saber nada de ella, sobre todo después del encontronazo que había tenido con Fernando.

Esto cambiaba las cosas y no estaba segura de que su magullado corazón pudiera soportarlo. Cargar con la noticia de su regreso ya había sido un varapalo importante. Durante un año su único objetivo, su obsesión, de hecho, había sido olvidarse de lo ocurrido. Olivia quería rehacer su vida o, por lo menos, recuperar lo poco que quedaba de ella.

Deseaba volver a sus hobbies, a su rutina, y en un futuro no muy lejano quizá encontrar a una persona con quien pudiera compartir todas esas cosas sencillas del día a día, todas las pequeñas cosas que no tenían nada que ver con el huracán Claudia, con su espontaneidad y esa sensación de estar todo el día de vacaciones cuando estás a su lado. Había estado a punto de conseguirlo, pero la reaparición de Claudia le hizo entender que necesitaba más tiempo.

Seguía sintiendo algo por ella, era absurdo negárselo, pero si todavía le quedaba cualquier duda al respecto, los nervios que sintió al ver su mensaje habían servido para confirmarlo. “Cena, hoy, a las 22:00 ¿Te espero en el vestíbulo? No aceptaré un no por respuesta”, le había escrito Claudia.

El taxi se paró en el primer semáforo, pero Olivia todavía no le había contestado. Estaba tan nerviosa que le temblaban los dedos y no atinaba bien con las teclas. Escribía una respuesta e inmediatamente la borraba. Otra respuesta y la borraba de nuevo. Así, durante otros cinco minutos, hasta que se decidió por la respuesta más simple de todas:

Bien. Nos vemos allí.

PD: Pero esto no es una cita

Claudia:

Claro que no es una cita.

Olivia dice:

Bien, porque nunca tendría una cita contigo.

Claudia:

Ya somos dos.

Olivia:

¿Has vuelto para esto? ¿Para decirme que nunca tendrías una cita conmigo?

Claudia:

Te recuerdo que has sido tú la que ha dicho que no es una cita.

Olivia:

¡Porque no lo es!

Claudia:

¡Claro que no!

Olivia:

Es un alivio. Tenía miedo de que te hicieras ilusiones.
Me alegro de que lo hayamos aclarado.

Claudia:

Yo más.

Olivia:

¿Nos vemos en el vestíbulo?

Claudia:

No.

Olivia:

¿No? ¿Te lo has pensado mejor?

Claudia:

Balthazar.

Te quedan 4 minutos y medio.

Olivia:

¿Has reservado mesa?

Claudia:

Sí.

Olivia:

¿Cómo sabías que te iba a decir que sí?

Claudia:

No lo sabía.

Olivia:

¿Entonces?

Claudia:

Échale la culpa a Fernando. Fue él quien me prometió que no me darías calabazas ;)

Se metió el móvil en el bolsillo de su abrigo pensando que no sabía si le molestaba más que Fernando la conociera tan bien para saber que acabaría aceptando la invitación o que Claudia hubiera hecho una reserva en un restaurante sin haber confirmado su respuesta.

Estaba ya cerca del restaurante en el que iban a reencontrarse. Llegaba varios minutos tarde, pero aun así le había dicho al taxista que la dejara unas calles atrás para poder tomar aire fresco y calmar los nervios. Si la ocasión fuera diferente, habría sido típico de ella personarse en con puntualidad británica, cinco o diez minutos antes de la hora fijada. Pero hoy necesitaba ordenar sus pensamientos y, con franqueza, no quería ser la primera en llegar. Le sobrepasaba la idea de estar esperando, quizá sentada en la barra del bar, tentada a pedir uno o dos cócteles para estrangular la

ansiedad que le provocaría la espera. Seguramente miraría hacia la puerta más de diez veces, en intervalos separados por escasos segundos, con una copa en la mano y un generoso puñado de cacahuets en el otro, y la escena no le parecía demasiado arrebatadora. Porque el restaurante tendría cacahuets en la barra. Siempre los tienen cuando lo último que quieres es hinchar como un globo antes de una cita.

No, no es una cita, se recordó a sí misma.

Pero había algo que le hacía sentir todavía peor. Había mentido a sus amigos. Aunque Fernando le hubiera dicho que ya les ponía él una excusa, seguía siendo un comportamiento muy impropio de ella. Olivia nunca había sentido la necesidad de mentir, ni siquiera cuando Luis le había puesto contra la espada y la pared tras aquella desastrosa cena en la que Amanda debería haber cerrado la boca y ella haber sido mucho más sincera.

Todavía recordaba vívidamente aquella discusión con Luis. Si se esforzaba, incluso podía escuchar su voz casi con tanta claridad como sus pasos en la acera.

—¿Es verdad? —le había preguntado él a bocajarro, nada más cruzar el umbral de la puerta, cuando regresaron a casa después de la cena.

Ni siquiera hizo falta que se explicara, porque Olivia supo inmediatamente a qué se refería. Acababa de quitarse el abrigo y se giró para ver la expresión de su cara. Luis estaba apoyado en el marco de la puerta, esperando una respuesta. Parecía derrotado.

—¿Amanda tiene razón? ¿Estás enamorada de otro y por eso estás tan rara conmigo? —insistió él.

Su cara estaba pálida, demudada, y una expresión de terror empezó a perfilarse alrededor de sus cejas. Olivia conocía muy bien esa sensación de vértigo. Al menos eso lo compartían, porque ella se sintió exactamente igual en ese momento.

—Por favor, no me mientas. Sé que te ocurre algo.

La pelirroja permaneció en silencio un buen rato. Estaba intentando controlar las ganas que tenía de llorar y también trataba de encontrar las palabras adecuadas para responder a las preguntas de su novio. Cabía la posibilidad de mentir. Podía hacerlo. ¿Pero a dónde le llevaría una mentira? ¿Qué conseguiría con ello, aparte de hacerse más daño?

—Ya no —contestó finalmente, con voz estrangulada. Jamás se había sentido tan ridícula y diminuta, tan indefensa.

—¿Pero hubo otra persona?

—Eso se ha acabado, Luis... Créeme, se ha terminado.

Pero no consiguió que sus palabras sonaran seguras, porque ni siquiera ella misma se creía lo que estaba diciendo.

—¿Quién es?

Olivia levantó los ojos del suelo en busca de los de su novio, pero no los encontró. Solo fue capaz de atisbar una nota de dolor en la pálida frente de Luis.

—¿De verdad importa eso?

El silencio de Luis fue la mejor respuesta que obtuvieron los dos. Ponerle nombre al problema no importaba, y ambos lo sabían. El problema podría haberse llamado de mil maneras. Marcos, Juan, Tomás... o Claudia. Eso daba igual, porque al final del día seguiría teniendo las mismas consecuencias en su relación. Y ambos lo sabían. Así que en ese momento en lo único que pensaron fue si el suyo era un problema que tenía solución. El tiempo acabó demostrándoles que no.

Olivia sacudió la cabeza, intentando no recordar los patéticos meses que sucedieron a aquella noche. Fue como si algo se hubiera roto entre ellos tras aquella confesión y los esfuerzos que hicieron las semanas posteriores tampoco sirvieron para reparar el daño. Habían intentado ponerse una tirita en el corazón, pero ningún vendaje tenía la resistencia necesaria para que pudieran seguir juntos tras aquel desastre natural llamado "Clau". Al igual que haría un huracán, ella se había colado en sus vidas y había arrasado con todo.

Qué duda cabe que el exilio voluntario de Claudia fue de gran ayuda y por un momento tanto Luis como Olivia pensaron que sería capaces de encauzar su relación y olvidarse de lo ocurrido. Pero la pelirroja descubrió muy pronto que la herida entre ambos era mucho más profunda, porque respondía a problemas que nada tenían que ver con Claudia. Y así intentó explicárselo a su amigo Fernando, que, aunque muchas veces se metiera en camisas de once varas, tenía que reconocer que, de no haber sido por él, nunca habría sido capaz de llamar a las cosas por su nombre.

—Lo mismo le dije a ella cuando fui a echarle la bronca. Que no se puede ir por la vida rompiendo parejas.

Olivia miró a Fernando con los ojos muy abiertos. Habían quedado para tomar un café porque ella necesitaba desahogarse. Estaba triste por la reciente noticia de que Claudia se marchaba de la ciudad, pero las palabras

de su amigo acabaron con su ensimismamiento de un plumazo.

—¿A ella? ¿Fuiste a hablar con Clau? ¡Fernando! ¿Pero en qué estabas pensando?

—Lo sé, lo siento, ¿vale? Estuvo fuera de lugar —se disculpó él—, pero estaba furioso y pensé que te había tendido una trampa.

—¿Una trampa? Ella no ha tenido la culpa de nada, de nada...

Olivia se hundió en su silla, apoyó su frente en las manos, sin dar crédito a lo que acababa de escuchar. Este gesto de desesperación levantó las sospechas de Fernando, que entornó los ojos como si acabara de descubrir algo.

—Espera un momento... —le dijo, señalándola con el dedo—. Tú la quieres, ¿verdad?

Ahí estaba, la pregunta que rondaba incansablemente su mente y se negaba a contestar.

—Querer es una palabra muy fuerte, ¿no crees?

—Oli...

—No lo sé, ¿vale? Me lo he preguntado muchas veces, pero te prometo que no lo sé.

—Pero si la quieres...

—Ya...

—Nosotros... Es decir, sabes que nosotros vamos a apoyarte con lo que...

—Lo sé.

—¿Entonces? ¿Cuál es el problema? Está claro que tu relación con Luis ya no tiene solución. Habéis llegado a un callejón sin salida. Te va a costar mucho que vuelva a confiar en ti.

—¿Crees que me odia? —preguntó Olivia con aprensión.

—¿Quién? ¿Clau?

—No, Luis.

—¿Qué te ha dicho? —se interesó Fernando.

—Nada —se desesperó Olivia—. Absolutamente nada. Ya sabes cómo es.

Fernando asintió quedamente. Sí, sabía cómo era Luis, pero también sabía que por muy orgulloso que fuera su amigo, se trataba de una persona con un corazón de oro. Estaba seguro de que lo último que deseaba era ver hundida a Olivia.

—Luis no se perdonaría a sí mismo que estuvieras con él por

obligación —le dijo, tratando de calmarla—. Si realmente quieres a Claudia... bueno, tendrá que asumirlo. Él y todos los demás, aunque te diré que a mí no me coge de sorpresa. Siempre has sido un poco...

Fernando se detuvo. Aquello no sabía cómo decirlo.

—Un poco, ¿qué?

—¡Nada! Un poco... ya sabes.

—No, no sé.

—Bueno, tienes que admitir que nunca has sido la mujer más rematadamente femenina del lugar. Apenas demuestras interés por los hombres, no eres nada presumida, la moda te da exactamente igual y aunque seas muy femenina, hay veces que tienes una mente más masculina que la mía —le confesó—. La verdad es cuando te conocí pensé que eras, ya sabes, pero que te daba vergüenza decirlo.

Fernando enrojeció. Nunca le había contado esto a nadie, ni siquiera a Julia, y no estaba muy seguro de cómo se lo iba a tomar Olivia. Esperaba que su amiga le arreara un guantazo, quizá incluso se lo merecía, y por eso le sorprendió tanto que la pelirroja estallara en sonoras carcajadas.

—¡Y me lo dices ahora! —comentó, muerta de risa, pegándole cariñosamente.

—¿Ves? —dijo él, señalando la marca que le había dejado en el brazo—. Eres una bollera incorregible.

El recuerdo apaciguó un poco el malestar que sentía cada vez que recordaba esta época de su vida. El sabor agridulce seguía ahí, pero se encontraba dividida: por un lado, sentía unas ganas irrefrenables de huir, pero, por el otro, tenía muchísimas ganas de ver de nuevo a Claudia. Y en cierta manera, estaba casi segura de que así acabaría de golpe con todas sus dudas. Verla le serviría para descubrir si lo que había sentido por ella había sido un capricho pasajero, un mero efecto rebote propiciado por sus problemas con Luis, o algo real.

Llegó a la entrada del restaurante y tan pronto cruzó el umbral de la puerta supo que había hecho lo correcto.

Claudia estaba sentada en uno de los taburetes de la barra. Le sonrió nada más verla. Sus ojos se encontraron durante unos segundos en los que solamente se sonrieron. Olivia permaneció un buen rato de pie, mirándola, como si sus piernas se negaran a moverse, y Claudia sintió que su corazón estaba a punto de salirse por su garganta. El estómago de las dos dio un vuelco y ambas tuvieron claro que no era por el tipo común de hambre,

sino porque habían pasado demasiados meses en ayunas la una de la otra. Un año, para ser exactos.

El metre se acercó a Olivia.

—¿Puedo ayudarle, señorita? —preguntó.

Pero en realidad fue incapaz de escuchar correctamente lo que decía. Estaba demasiado ocupada observando a Claudia, percibiendo detalles de ella en los que no había reparado al primer vistazo. Tenía ojeras y parecía cansada, pero estaba tan guapa que Olivia sintió calor en su interior, como si una especie de magia reparara algo que llevaba mucho tiempo roto. En ese momento no fue consciente del sudor frío que perló su espalda o de la palpitación desbocada de su corazón, porque Clau le estaba sonriendo y con eso le bastaba.

Por fin Claudia consiguió romper el contacto y bajó de su taburete para acercarse a ella, pero mientras caminaba en su dirección Olivia supo exactamente lo que tenía que contestarle al metre: —No se preocupe, tengo una cita.

Capítulo 14

"ESO"

Olivia agradeció que el metre no reaccionara ante lo que acababa de decir. Parecía un hombre de mente abierta y todo el mundo sabe que los profesionales de la hostelería ven muchas cosas en sus dilatadas carreras. Cuando el hombre escuchó lo de la "cita", y vio que Claudia se acercaba muy sonriente, ni siquiera pestañeó. Se limitó a tirar del extremo de su ceñido chaleco y con toda la cortesía del mundo les hizo una señal con la mano para guiarlas hasta su mesa. Claudia y Olivia permanecieron un buen rato quietas donde estaban, sonriéndose con vergüenza.

—Hola —fue todo lo que dijo Claudia. A pesar de la simpleza del mensaje, le costó muchísimo decirlo. Una oleada de calor subió por su pecho. Tenía a Olivia enfrente, después de tanto tiempo y resultaba raro, porque a pesar de todo, había una extraña familiaridad en la escena. Era como volver a estar en casa.

La pelirroja sonrió con nerviosismo.

Claudia guió la marcha hasta la mesa, dejando un rastro de su perfume en el aire que Olivia apreció inmediatamente, y que le hizo ponerse todavía más nerviosa de lo que estaba.

La morena se había acicalado para la ocasión, era evidente, aunque no le hubiera puesto excesivo empeño. Olía bien, iba maquillada, llevaba el pelo recogido en una coleta y varios mechones rebeldes se descolgaban por su nuca blanca, suave, ligeramente perlada por el sudor que le causaban los nervios.

Por el contrario, ella se sentía sucia, sudada después de un largo día de trabajo, de los apuros en el aeropuerto, primero, y la búsqueda de un taxi, después. Habría matado por una ducha. Se sentía tan fea que se encogió levemente en la silla.

—Estás preciosa —le dijo Claudia, como si le hubiera leído el pensamiento, consiguiendo que se ruborizara pero también que se sintiera un poco más a gusto.

Estudió a Claudia con recelo, y al ver cómo brillaban sus ojos oscuros supo que no era una burla. Realmente ella pensaba que estaba guapa, incluso así de desaliñada.

—Tú también. Vaya, estás estupenda, la verdad.

¿Y ahora qué? Alguien tenía que romper el hielo y Olivia no sabía cómo hacerlo. Así que probó con lo típico, lo que se había estado preguntando desde que había recibido el mensaje.

—No esperaba que me llamas tan pronto —comentó, arrepintiéndose en cuanto las palabras salieron de su boca—. Quiero decir que no esperaba que me llamas.

—Ya. —Claudia se colocó la servilleta sobre el regazo, y empezó a jugar con la copa que tenía delante—. Si te digo la verdad, yo tampoco esperaba hacerlo.

—¿Y por qué lo has hecho?

—Te fuiste.

—Ah, eso. Quería decírtelo, pero no sabía si... ya sabes.

—¿Cómo es que Morán permitió que te fueras? —A Claudia esto le causaba especial curiosidad. No era habitual que el jefe se resignara a perder a uno de sus mejores editores enviándole a una oficina muerta. Esta decisión le había sorprendido casi tanto como su traslado. Quizá más, conociendo los poderes de persuasión del editor.

—Supongo que fue una causa de fuerza mayor. —Olivia tomo una gran bocanada de aire. Se le hacía extraño estar hablando de esto con Claudia, pero comprendía su sorpresa e interés—. Morán estaba enterado de lo que ocurría entre Luis y yo. Al final, la situación se hizo insostenible y decidí que sería bueno poner distancia entre nosotros. Necesitaba tanto un cambio que era eso o dejar la editorial para buscar otro trabajo. Supongo que prefirió concederme un tiempo para aclarar las ideas.

Claudia asintió y dio un sorbo lento a su copa.

—¿Te fuiste por él? —preguntó, aunque ambas sabían que la pregunta que deseaba hacer era otra.

Olivia esbozó una sonrisa de medio lado.

—En parte, sí. En parte, sabes muy bien por quién me fui.

A Claudia no le hizo falta escuchar nada más. Sintió la esperanza tomando forma en su interior y se sentía bien, como una cálida ola de verano que se lleva las marcas de los pies en la arena. Reprimió las ganas de coger la mano de Olivia, que reposaba, pálida e insegura, al lado de su servilleta.

Se moría de ganas de hacerlo, pero aquello no era una cita. Ella no había querido que lo fuera y deseaba respetarla, así que volvió a hundir la

nariz en su copa para dar otro trago, esta vez un poco más largo, ansiosa por descubrir lo que aquella noche podía depararles.

—No funcionó, ¿sabes? Me refiero a lo de Luis. —Olivia tuvo que aclararse la voz para seguir hablando—. Lo intentamos, pero al final nos dimos cuenta de que lo nuestro no tenía futuro. Tanto uno como el otro habíamos aniquilado lo más importante en una pareja: la pasión, la espontaneidad. De alguna manera nos habíamos convertido en unos autómatas y yo no era feliz.

Claudia asintió. Tenía ganas de interrogarla, pero no estaba segura de que fuera lo más conveniente. Después de pensarlo unos segundos, llegó a la conclusión de que una no estaría de más, con una sola pregunta demostraría interés.

—¿Y qué tal con él? —dijo—. ¿Y con tus amigos?

Pero la contestación quedó interrumpida por el camarero, que se acercó a la mesa para preguntar si ya podía tomar nota y la conversación tomó entonces otros derroteros.

Claudia le contó lo que había estado haciendo durante su exilio voluntario y Olivia parecía extasiada con su relato. Al contrario que Claudia, ella no tenía intención alguna de contarle su solitaria existencia en Barcelona, aunque hubiera mejorado mucho en los últimos meses. Desde luego, no tenía nada que ver con las interesantes historias que le estaba contando Claudia.

Escuchó con especial atención cuando le contó cómo había dado con el borrador de su autora estrella, y estaba tan absorta con la historia que tardó un buen rato en prestar atención a su alrededor. Cuando lo hizo, reparó en que aquel local estaba repleto de parejas. De uno y otro lado había parejas cogidas de las manos, riéndose, compartiendo confidencias o haciéndose arrumacos. Algunos eran más tímidos y solamente se sonreían o intercambiaban alguna mirada cómplice, pero aun así Olivia sintió envidia de todas. Eso era lo que quería para sí misma, esos momentos de locura transitoria compartidos con una persona especial. Y era curioso porque sabía que tenía a la persona adecuada justo enfrente de ella. Darse cuenta le hizo sentir pánico, como si de pronto sus pies hubieran dejado de estar en tierra firme, y palideció tanto que Claudia se preocupó al advertir su súbito cambio de actitud.

—¿Te encuentras bien?

—Perfectamente. ¿Por qué?

Claudia señaló su plato con el tenedor. —Porque mientes muy mal, y apenas has pegado bocado.

—Es... —Olivia titubeó un momento, no se lo ocurría nada que decir—. Solamente estoy un poco nerviosa, eso es todo.

—Lo sé.

La pelirroja frunció el ceño. —Y si lo sabes, ¿para qué preguntas?

—Para que te desahogues. —La morena se resguardó tras la carta de los postres. Sabía que le sería mucho más fácil hablar si no estaba pendiente de su respuesta—. ¿En qué estás pensando?

Olivia meditó los pros y contras de sincerarse. Por un lado, estaba el hecho de que entre ellas ya casi no había nada que ocultar. Había pasado un año desde la última vez que se habían visto y las cartas estaban sobre la mesa. Pero por otro lado, las dudas conseguían paralizarla. ¿Y si Claudia solo la había invitado porque quería rememorar viejos tiempos? ¿Y si no sentía lo mismo que ella? ¿Y si había alguien más en su vida?

—Es... —comenzó a decir con voz temblorosa. ¿Cómo se decía algo así?—. Es que no sé cómo funciona esto.

Claudia retiró la carta de postres. La miró confundida.

—¿Qué es exactamente "esto"? —Intuía por dónde podían ir los tiros, pero no se resignaba a decirlo. Quería escucharlo de labios de Olivia.

—Ya sabes: tú y yo. Y... esto.

—No te entiendo, Olivia.

—Pues... las mujeres. No tengo ni idea de cómo... ya sabes.

¿Y era el murmullo de los clientes del local o una bandada de abejas acababan de anunciar la llegada de la primavera? Claudia sintió que estaba a punto de explotar de alegría, pero no era cuestión de hacérselo saber, no tan pronto.

—Ah... eso.

—Sí, "eso" —Olivia marcó las comillas en el aire, por si no había quedado claro.

—Pero "eso" no debería preocuparte. Tú lo has dicho antes: no estamos en una cita —le espetó Claudia, logrando que se ruborizara tanto que el tono bermellón de su cara rivalizó con el de su pelo—. A no ser que me lo estés preguntando porque te estás planteando cambiar de vida.

—Ya... —contestó, carraspeando—. Ya sé que no es una cita. Eso lo hemos dejado claro. —Claudia asintió. De nuevo parecía más concentrada en la carta de postres que en sus palabras, aunque en realidad fuera todo lo

contrario—. Y no es que quiera cambiar de vida, como tú dices. Es sólo que... tú y yo... bueno, solo somos amigas, ¿no?

La morena la miró fijamente a los ojos. Sonrió y asintió pacientemente.

—Buenas amigas —puntualizó Olivia.

—Muy buenas amigas.

—¡Las mejores!

—Más que eso: somos ya viejas amigas.

—Y lo que pasó en el callejón —siguió diciendo Olivia— y luego en el ascensor... en realidad no tiene nada que ver. Se trató solo de una demostración... —Olivia no sabía qué palabra emplear y sintió que su mente se quedaba en blanco cuando vio que Claudia empezó a acariciar su mano.

—Fue una demostración fraternal de afecto, al igual que esto —dijo, terminando la frase que había empezado la pelirroja.

Se trató de un gesto muy simple, pero que consiguió despertar un súbito escalofrío en Olivia. Claudia aprovechó su momento de azoramiento para acercarse disimuladamente su silla a la de ella.

—Lo que pasó es que me dejé llevar por el alcohol. De hecho, apenas lo recuerdo, porque suelo tener lagunas siempre que bebo. Pero eso es todo. Ahora ya ha pasado. Porque, a fin de cuentas, dos chicas juntas no es lo natural, ¿verdad?

Claudia volvió a asentir aunque ya no la estaba escuchando. Olivia tendía a divagar cuando se ponía nerviosa y ella lo sabía. Resultaba mucho más interesante dejar el brazo colgado por debajo de la mesa y luego sentir un cosquilleo en las yemas de los dedos mientras rasgaba el aire que la separaba de la pierna de Olivia. Se estaba volviendo loca por tocarla, por sentir de nuevo la suavidad de su piel contra la palma de su mano. Apenas quedaban un par de centímetros. Estaba tan cerca que casi le dolía la espera.

Cuando por fin la tocó, Olivia dio un respingo al sentir el contacto de su mano contra su muslo. No podía verla, pero eso lo hacía todavía más excitante. Tuvo que esforzarse para continuar hablando, aunque se hubiera quedado pálida y tartamudeara de vez en cuando.

—Y también por ese motivo esto no es, no puede ser, una cita.

Pero yo ni ella misma se entendía. La mano de Claudia había empezado a trepar por su muslo. Estática no había sido un problema, pero

en movimiento le provocó un pinchazo entre las piernas. Había llegado de repente, como estallando por dentro y brotando hacia fuera. Tuvo que apretar muy firmemente las rodillas para mitigar el dolor de aquel pinchazo traicionero. Hacía calor.

—Ya te lo he dicho: yo jamás tendría una cita contigo —le dijo Claudia, que ahora estaba tan cerca que podía sentir su aliento lamiéndole la oreja. Su perfume se hizo tan presente que se mareó con la simple idea de aspirarlo directamente de su piel.

—Ni yo contigo —afirmó Olivia sin ninguna convicción. Estaba totalmente rendida. Claudia podía hacerle lo que quisiera, pedirle lo que fuera, y le diría que sí sin pestañear.

¿Cómo no iba a estar rendida si la mano de Claudia se había colado debajo de su falda? Si sus dedos separaron tan suavemente la tela haciendo que se le erizara hasta el último pelo de su despeinada melena. Cuando la mano de Claudia empezó a subir en dirección contraria a la rodilla, la pelirroja se olvidó de los postres y de que aquello no era una cita. Se olvidó, también, de que estaban en un restaurante y de que en los restaurantes no se gime, maldita sea.

—¿Has dicho algo? —preguntó Claudia, divertida, sonriendo, pero sin dejar de acariciarle.

—¿Vives sola?

—Con mi gato.

Olivia echó un vistazo alrededor. Levantó la mano apresuradamente.

—¡Camarero! La cuenta, por favor.

Luego miró a Claudia y le dedicó una sonrisa radiante.

—Pero que sepas que esto sigue sin ser una cita.

Capítulo 16

TODA LA NOCHE

Claudia intentó abrir su apartamento, pero siempre es complicado atinar con la cerradura cuando alguien te empuja contra la puerta y estás de espaldas a la madera, mientras la otra persona te da pequeños mordiscos en el cuello y los intercala con la suavidad reparadora de su lengua. Olivia mordía y lamía; lamía y mordía, y luego pasaba lentamente su lengua por la piel del cuello de Claudia como si así quisiera reparar el daño que sus dientes hubieran podido causar.

—Llave, cerradura —consiguió decir Claudia, casi sin aliento.

En algún rincón de su cerebro Olivia procesó estas palabras y aunque no quería dejarla ir, le dio una tregua para permitirle que abriera. Habían recorrido un largo camino para llegar a este momento y ahora no estaba dispuesta a esperar. Necesitaba llegar hasta el final, y si era necesario estaba dispuesta a suplicarle a Clau que, por favor, acabara con aquella tortura. La deseaba tanto que incluso dos segundos eran muchos, dos segundos sin besar a Claudia se hacían eternos.

Sus besos sabían demasiado bien para dejar de besarla durante tanto tiempo. Su lengua era suave y hábil, estaba mojada, pero al mismo tiempo le abrasaba, provocándole un incendio en cada fibra de su ser. Olivia pensó que aquellos besos eran muy diferentes a los de Luis, porque cada vez que la lengua de Claudia bailaba con la suya, se sentía como si estuvieran haciendo el amor con la boca. Había sido así desde el principio, cuando descubrieron que entre ellas no había necesidad de reajuste. Sabían cuándo lamer, cuándo morder, en qué momento debían acelerar el ritmo y cuándo era necesario pausarlo para recuperar el aliento. Y con cada nueva bocanada de aire, cuando obligatoriamente tenían que separarse para poder respirar, le quedaba aquel sabor de despedida en los labios.

Por eso fue tan doloroso hacerse a un lado. Escuchó el *clic* de la cerradura y vio que la puerta se abría, mostrándole el interior del apartamento de Claudia, que en aquel momento le pareció como la entrada a un mundo nuevo. En aquel lugar podía ser ella misma, dar rienda suelta a lo que sentía, sin pensar en el qué dirán, en las expectativas que la gente tenía de ella. En el apartamento de Claudia podía ser la Olivia que siempre

quiso ser pero nunca se atrevió.

Sin embargo, al ver el vestíbulo en sombras y escuchar el ronroneo de su gato, cuyas pezuñas hicieron un ruido muy característico al advertir la llegada de su dueña, fue para Olivia una sobredosis de realidad que no se esperaba. Le golpeó de repente, a traición, y cuando se dio cuenta ya no pudo escapar de ella. Palideció.

—¿Estás bien? —le preguntó Claudia.

Sí, estaba bien y sabía que aquello era lo que quería, pero no pudo evitar que el miedo la paralizara. Por primera vez desde que habían salido del restaurante, comprendió lo que estaba a punto de pasar.

Inesperadamente sus miedos seguían allí, intactos. Eran los mismos que había tenido durante meses, cuando dejaba que su mente volara libre y se imaginaba cómo sería estar con Claudia, compartir un momento íntimo con ella, oler su piel, acariciarla, yacer desnuda con ella. Estos momentos siempre venían acompañados de un instante de pánico, cuando se daba cuenta de que no tenía ni idea de cómo tocar a una mujer. Eso era algo que no se aprendía en el colegio ni que figurara en los libros de la universidad que tan concienzudamente había leído.

—Olivia. —La voz de Claudia sonó dulce esta vez—. ¿Estás segura de que quieres hacer esto?

La pelirroja miró al suelo y comprendió que todavía estaba en el felpudo de la puerta. Sus pies no se habían movido. Estaba paralizada como una figura de hielo y sentía el mismo frío por dentro. Claudia la observó desde el interior de su apartamento.

—¡Sí! Digo, ¡no! Es decir, yo... ¿Y tú? ¿Tú estás segura?

Claudia sonrió divertida, de medio lado, como si nunca le hubieran hecho una pregunta más fácil de responder. Se acercó hasta ella, la tomó de la mano y le dio un beso.

—Yo me muero por estar contigo, pero si no estás preparada o no quieres, no tenemos por qué hacer nada.

Aquellas palabras actuaron como si encerraran magia. Siempre le ocurría lo mismo con Claudia. Bastaban unas pocas palabras suyas para conseguir reactivar de nuevo todo su ser y olvidarse de los miedos. Para ella significaba mucho que la respetara de manera tan incondicional, poniendo sus deseos en primer lugar; era el mejor de los afrodisíacos. Gracias a ello Olivia dejó de pensar, olvidándose de sus propios miedos. Silenció su cerebro y se centró en escuchar la llamada de su cuerpo,

volviendo a sentir la urgencia de que Claudia la tocara. Cuanto antes, mejor.

—Quiero que me hagas el amor.

—¿Estás segura? —insistió la morena.

—¿De que tengo miedo? Mucho, estoy muy segura —bromeó Olivia—. ¿De que me aterra no saber cómo tocarte? Ni te lo imaginas.

Claudia sonrió y sus ojos brillaron al pensar que Olivia era la mujer más adorable del planeta por tener la valentía suficiente para admitir sus propias inseguridades. Había sufrido a demasiadas locas que parecían comerse el mundo y luego armaban un drama por nada. Olivia no era así.

—Tú solo déjate llevar —le dijo, acariciándole la cara.

Comenzó besándola lentamente, caminando de espaldas al interior de la casa para no perder el contacto. Estuvo a punto de tropezar con el gato, pero cuando el animal maulló en señal de protesta consiguió esquivarlo.

Olivia empezó a desabotonar la camisa de Claudia, un botón tras otro, intentando corregir el temblor que tenía en las manos. Pero sentir la piel del abdomen de Claudia cosquilleando las yemas de sus dedos le hizo querer ir más rápido. No podía esperar. No quería esperar. Sin dejar de besarla, consiguió desabrochar el último botón, hasta que la prenda quedó libre y pudo deslizarla por su espalda. La camisa cayó sobre la cabeza del gato, que maulló ruidosamente al verse ciego por unos segundos.

—Un momento, dame solo un segundo. — Claudia le dio un beso—. Ni se te ocurra irte a ningún lado, vuelvo en seguida.

La morena se agachó para recoger al gato, salió corriendo con él, lo encerró en la habitación del fondo y regresó a toda prisa, como si tuviera miedo de que la pelirroja se lo pensara mejor.

—Por cosas como esta me conquistaste —bromeó Olivia, antes de fijarse en su sujetador de encaje negro—. Y como esta, claro.

Claudia se miró el sujetador y sonrió con picardía. Después reanudó los besos, solo que esta vez le dio un beso lento, lánguido, uno de esos besos que te hacen pedir más, suplicar, porque solo uno no es suficiente.

—¿Por esto también?

—Puede ser...

—¿Y por esto? —dijo, acariciando con delicadeza uno de sus pechos. Fue solo un roce leve por encima de la camisa, pero los pezones de Olivia reaccionaron al instante. Estaban duros como el acero.

—No... no estoy muy segura —tartamudeó la pelirroja.

—O puede que te conquistara por cosas como esta. —Claudia se mordió el labio inferior y la miró fijamente, con deseo. Retiró el top de Olivia, hasta dejarla en ropa interior y comenzó a besarle la clavícula, trazando pequeños círculos con la lengua mientras bajaba hasta su tripa. Jugó también a excitarla todavía más jugando con el broche de su falda, sin llegar a desabrocharlo, torturándola, volviéndola loca con la espera. Olivia gimió en señal de protesta y se mordió el labio y la miró con las pupilas ardiendo por el deseo.

—¿Cama? —le propuso, todavía besándola.

Las palabras sonaron torpes en aquel baile frenético de labios, lenguas, dientes, pero Claudia la comprendió.

—Demasiado lejos —ronroneó.

Antes de que pudiera pensárselo dos veces, Olivia ya estaba tumbada en el sofá. Claudia la empujó y se colocó encima, con las piernas enredadas entre las suyas, su cadera encajada con la suya. El simple contacto de sus cuerpos, todavía a medio desnudar, fue suficiente para arrancarle un jadeo de placer que salió de lo más profundo de sus entrañas. La piel de Claudia estaba caliente, ardía, no podía esperar a sentirla completamente desnuda, fundiéndose con la suya.

Olivia posó la despojó de sus pantalones y de la ropa interior, y la apretó con fuerza para atraerla todavía más. Creyó perder la poca cordura que le quedaba cuando Claudia empezó a mover sus caderas en círculos, una vez y otra y otra más, frotando aquella zona tan sensible de su cuerpo. ¿Qué hacían todavía vestidas? Los pantalones de Claudia eran ya un estorbo, no así la falda que llevaba Olivia, por donde se colaron las manos de la morena para perderse por debajo de la tela. La morena empezó a jugar con el forro hasta que olvidó qué era piel y qué era tela. Le hacía cosquillas, pero estaba demasiado excitada para reírse de veras. Lo único que quería era que la tocara.

—Tócame —le rogó Olivia.

Aunque lo que en realidad quería decir y no se atrevió era fóllame. Fóllame hasta que pierda el sentido.

Claudia subió su minifalda hasta la cintura y con un movimiento experto se deshizo de la ropa interior de Olivia, que se estremeció al notar que estaba desnuda. Al mirar a Claudia fue muy consciente de su desnudez y de que nunca antes había estado así delante de una mujer. En realidad nunca había estado así delante de nadie, tan a su merced, sintiéndose tan

diminuta y a la vez tan poderosa.

Claudia se tomó su tiempo en contemplar el cuerpo desnudo de la pelirroja, extasiada por las pecas que salpicaban su pálida tez. Había esperado tanto a que llegara ese momento que no podía creer que por fin hubiera ocurrido. Quería que Olivia la mirara, que lo compartieran juntas. Deslizó las yemas de sus dedos por los hombros de la pelirroja para deshacerse de su sujetador. El tirante se deslizó sin protestas, rozando su delicada piel mientras descendía hasta el codo. Había tanto silencio que casi pudo escuchar el sonido del broche al abrirse.

Olivia no apartó la mirada de ella, se había perdido tanto la una en la otra que a Claudia incluso le costó trabajo bajar los ojos cuando sus pechos por fin quedaron libres. Quería decirle algo bonito para que se relajara, para hacerla sentir mejor. Quería decirle que era preciosa, que sería un pecado no tocar su cuerpo desnudo, que estaba enamorada de ella. Porque estaba enamorada de ella, ahora lo sabía. Pero la pelirroja se lo impidió, cruzando un dedo en sus labios.

—No digas nada —le pidió—. Solo hazme el amor.

Después pasó sus manos por detrás de su espalda y sin pedir permiso desnudó a Claudia. Las dos sabían lo que eso significaba. Estaban desnudas, una frente a otra, separadas apenas por unos centímetros. Olivia estaba tumbada en el sofá y Claudia solo necesitaba inclinarse un poco para que sus cuerpos por fin hicieran contacto. Olivia se mareó solo de pensarlo.

Barajó la posibilidad de hacer una broma para restar tensión al momento, pero antes de que se diera cuenta Claudia se puso encima, arrancándole un jadeo.

—Joder —blasfemó la pelirroja al sentir su piel.

La sensación fue tan intensa que por un momento tuvo ganas de llorar, porque comprendió que hasta ese momento nunca había hecho el amor con nadie. Había tenido sexo, muchas veces, pero aquella era la primera vez que su cuerpo y su mente eran un todo, fundiéndose con la persona que le había hecho perder la cabeza.

Claudia empezó a lamer uno de sus pezones y sus manos descendieron por la suavidad de su tripa. Olivia era una maniática del control. Le gustaba llevar la voz cantante en cualquier situación, pero esta vez no deseaba que fuera así. Lo único que quería era dejarse llevar, sentir sus cuerpos ardiendo, frotándose uno contra otro, jadeando, gimiendo,

sintiendo.

Comenzaron a aumentar el ritmo, revolviéndose como culebras que se enredaran en una danza maníaca. Claudia había tomado el control de la situación. Para ella el cuerpo de Olivia era como una guitarra y quería arrancarle todas las notas que tuviera. La escuchó jadear, prestó atención al vaivén de su respiración cuando tocaba algún punto concreto de su cuerpo, le hizo gemir hasta el desmayo, devolviéndole la paz con su propio deseo. Olivia creyó que iba a estallar de placer. Claudia estaba por todas partes. En su clavícula, en su escote, en sus pechos erizados. Cuando sintió algo húmedo deslizándose por la sensible piel del interior de su muslo supo que estaba perdida.

Por un momento permaneció estática, después subió los brazos por encima de su cabeza y agarró el reposabrazos con fuerza. Nunca antes había tenido un orgasmo. No sabía lo que era ni lo que se sentía porque a Luis le faltaba paciencia para complacerla. Pero aquello se parecía mucho a lo que otros describían. Era como si un volcán estuviera despertándose en el interior de su vientre y su lava se extendiera por todas sus extremidades, llevando calor a los sitios más inesperados de su cuerpo. Olivia sintió que enrojecía. Le faltaba el aliento, no había gemidos suficientes para expresar el placer que estaba experimentando. Su espalda se arqueó en un momento dado, cuando Claudia entró en ella a la vez que su lengua seguía danzando por el centro de su cuerpo. Sus músculos se tensaron cuando aquella ola de calor empezó a abrirse paso en su interior, brotando con la misma fuerza e intensidad con la que el champán se descorcha de su botella. Y entonces llegó la calma que sigue después de una tormenta.

Claudia sonrió complacida, midiendo de nuevo sus tiempos para adaptarlos a los de Olivia. Trepó por la pelirroja y le dio el beso que ella le reclamó. Permanecieron un rato abrazadas. Claudia no quería romper el silencio por miedo a que todo aquello solo hubiera sido un sueño y Olivia tampoco quería acabar con la magia del momento. Se limitaron a darse besos tiernos hasta que la morena se decidió a hablar: —Te doy un euro si me dices lo que estás pensando.

—¿Solo un euro? Tendrá que ser más —replicó la pelirroja, haciéndose un ovillo para acomodarse en el sillón—, lo que estoy pensando es muy valioso.

Claudia estiró el brazo y recogió su bolso del suelo. Sacó su cartera y le tendió un billete.

—¿Te valen veinte? Es todo lo que llevo encima —bromeó, arrancándole una sonrisa.

En realidad lo que estaba pensando no era tan valioso. Tan solo recordó la conversación que había tenido con Fernando cuando él le había dicho que le parecía normal que le gustaran las mujeres. Todavía no tenía muy claro si eran todas las mujeres, pero definitivamente había una que sí le gustaba. Y mucho.

—Por cierto, creo que esto es tuyo —le dijo Clau, tendiéndole algo que acababa de sacar de su bolso.

Olivia no se dio cuenta al principio de lo que era, pero acto seguido casi se murió de la risa.

—Bueno, a lo mejor te pido que me hagas un poco de espacio en uno de los cajones para dejar un par más cuando venga de visita —dijo, exhibiendo como si fueran un trofeo las bragas que le había regalado tras su encuentro en el ascensor.

—¿Cuando vengas de visita? —Claudia arrugó la frente, aunque en sus labios se había dibujado una sonrisa.

Olivia asintió. —Si tú quieres, claro.

Esa era otra pregunta fácil de contestar. Claudia sonrió como lo haría alguien que está pensando algo malo, le dio un beso en los labios y le dijo: —Espero que no tengas nada que hacer mañana temprano, porque esta va a ser una noche muy larga. Quiero hacerte el amor toda la noche.

—¿Toda la noche?

—¿Tienes algo que objetar?

—Sí, que no me lo hayas propuesto antes. Ven.

Y comenzaron a besarse de nuevo.

Capítulo 15

CARIÑO... TE LO CUENTO LUEGO

—Luis, lo digo completamente en serio: como no dejes de jugar con la pajarita, te ahogaré con ella.

Luis bufó con desesperación. Había hecho todo lo posible por aflojar el nudo de su pajarita sin descomponer su atuendo, pero todavía no había sido capaz de sentirse a gusto vestido como un pingüino.

—No dirías eso si fueses una chica.

—*Es una chica* —matizó Fernando—, tu exnovia, para ser más exactos.

—Bah, ya sabes a qué me refiero.

Fernando alzó una ceja. No, desde luego no sabía a qué se refería su mejor amigo, pensó mientras él volvía a estirar el cuello y a meter los dedos entre la nuez y el ajustado lazo de la pajarita. Iba a preguntarle qué quería decir con esa afirmación tan rara cuando vio que alguien se acercaba a hablar con ellos.

—Hola, chicos. Hola, cariñín.

María José, la antigua secretaria de Luis y ahora su orgullosa nueva novia, depositó un beso en su mejilla y alzó la copa que traía en la mano para brindar con Julia, que estaba a punto de pegarle un sorbo al contenido de la suya. Luis pareció ver el cielo abierto con este gesto, porque aprovechó para tirar disimuladamente de la manga de Fernando, haciéndole gestos con la cabeza para que se alejaran un poco de ellas.

—¿Qué ocurre? —preguntó Fernando tan pronto se distanciaron unos metros. Ahora estaban fingiendo que atacaban una de las bandejas de canapés que los camareros habían servido minutos antes, aunque en realidad ninguno de los dos estaba probando bocado—. Luis, llevas toda la tarde muy raro, ¿qué pasa?

—Es María José.

—Sí, ¿qué le ocurre?

—No lo sé, está histérica.

—Yo la veo perfectamente calmada —opinó Fernando tras chequear con disimulo a la muchacha. En ese momento le estaba riendo una gracia a uno de sus amigos.

—Pero solo aparentemente —matizó Luis, de nuevo en guerra con su pajarita. Hacía demasiado calor—. Lleva todo el día quejándose porque tenemos que estar en la misma fiesta con quien tú ya sabes —afirmó, desviando la mirada hacia Olivia.

Fernando se reajustó las gafas sobre el puente de la nariz y suspiró.

—¿Pero no se suponía que ya lo teníais superado?

—¡Eso es lo que he intentado decirle toda la tarde! —protestó, encolerizándose—, pero no me hace caso. No para de preguntarme si estoy seguro de que la he olvidado. ¡Ya no sé cómo explicárselo!

—¿Le has contado lo que hay?

Luis no comprendió durante unos instantes y miró a Olivia de refilón, como para asegurarse de que estaban hablando de la misma persona. Después cayó en lo que intentaba decirle su amigo.

—Eh... no.

Fernando sonrió con picardía. Rodeó el hombro de su amigo, le dio unos golpecitos tranquilizadores en la espalda y le dijo: —Pues, créeme: después de esta noche, ya no tendrás que preocuparte nunca más.

—No es por meter presión, Olivia, pero llega tarde.

—Lo sé.

—Yo solo lo comento.

—Pues no lo hagas más, que me estás poniendo nerviosa. —Olivia consultó por octava vez su reloj—. Cambiemos de tema, cuéntame algo.

—¿De qué quieres hablar? —le preguntó Julia, dándole un generoso trago a su copa.

En apenas dos sorbos se la había bebido toda. Cuando la copa llegó a la altura de su nariz y pudo ver lo que tenía enfrente, estiró el dedo índice para señalar.

—¿Has visto a esos dos? Cuchicheando como colegiales. Creo que María José le está dando la noche a Luis.

—¿Tú crees? ¿Por mi culpa? —se interesó Olivia. Echó un vistazo rápido y disimulado a la secretaria de su ex. La chica parecía estar aburriéndose tantísimo a Ana que la pobre no pudo reprimir un bostezo—. No sé, yo la veo bien. Parece estar pasando un buen rato.

Julia alzó una ceja con descrédito, no parecía estar para nada de acuerdo con lo que acababa de escuchar.

—Olivia, por favor, no subestimes nunca la capacidad de una fémina

alfa para fingir en público —le advirtió—. Pero tú no tienes que sentirte culpable. Las cosas están muy claras entre vosotros y ellos llevan meses juntos. Es la batalla de Luis, no la tuya. Tú no has podido ser más franca.

—Ya, pero...

—Pero nada. ¿Te apetece un canapé? —la interrumpió Julia—. Me muero de hambre.

—Sí, vamos.

—Llega tarde.

—Lo sé. Sabes que te quiero, pero mira que eres pesada.

—María José está a punto de asesinar a Luis, ¿verdad?

Fernando miró a su novia de arriba abajo como si fuera la primera vez que la veía. Daba igual los años que llevaran juntos, Julia nunca dejaba de sorprenderle. A veces era como si pudiera leerle la mente.

—¿Qué? No me mires con esa cara. ¡Es evidente!

Fernando echó un vistazo por encima de su hombro y se aseguró de que Olivia y Luis no podían escucharles. Se alegró al ver que estaban justo a sus espaldas, charlando amigablemente mientras Luis engullía los aperitivos de dos en dos.

—Si tan evidente es, no necesitas que te confirme nada —bromeó el muchacho.

—Odio cuando haces eso, Fer. Si sabes algo, dilo; si no, cállate. Es así de fácil.

—Ya sabes lo mucho que me gusta ponerte nerviosa.

—¿Quieres que te ponga yo nervioso a ti? De acuerdo. —Julia se limpió las manos en una servilleta que cogió del montoncito que había encima de la mesa. Parecía estarse tomando su tiempo para dar el golpe de gracia a su novio—. ¿Has visto lo bonito que está todo? ¿Crees que deberíamos contratar la misma empresa de arreglos florales para nuestra boda?

Lo dijo tan rápido, de una manera tan inesperada que Fernando escupió el contenido de la copa de champán que estaba bebiendo.

—¿Qué ha pasado? ¿Va todo bien?

Fernando le hizo un gesto a Luis con la mano para darle a entender que estaba todo bajo control a pesar de los estertores de tos que le asaltaron tras haberse atragantado con el líquido burbujeante. Luis sonrió, meneó la cabeza con diversión y se dio la vuelta para retomar la conversación donde

la había dejado.

—¿Por dónde íbamos?

—Me estabas contando que te has comprado un descapotable —le recordó Olivia, mirando por encima del hombro de su ex a sus otros amigos. A juzgar por la cara de Fernando, habría apostado una mano a que Julia le había propuesto matrimonio en aquel preciso momento.

—¡Cierto! —exclamó su ex—. Pues, eso, que me he comprado un descapotable. Es precioso. Un día, si quieres, damos una vuelta.

Acto seguido se hizo un silencio incómodo entre ellos. Luis carraspeó y se reajustó la pajarita de nuevo. Olivia comprendió perfectamente a qué se debía ese silencio. No era como si no hubieran hablado antes, pues lo habían hecho. Tras la ruptura, las cosas entre ellos habían sido todo lo cordiales que podían ser.

El traslado de Olivia les había servido para tomar un poco de distancia, respirar su propio aire y no el del otro, pero lo cierto es que ninguno había dramatizado demasiado con su ruptura ni tampoco obligaron a sus amigos a tener que tomar partido.

Pareciera que tanto ella como Luis habían comprendido que la ruptura era necesaria, una especie de catarsis para ambos que les ayudaría a empezar de cero y a olvidar que estaban secos, vacíos, porque ya no quedaba nada entre ellos. Pero esto fue al principio. Ahora todo era un poco diferente, porque estaba ese otro asunto de las nuevas parejas.

A Olivia le resultaba muy incómoda la idea de tener que romper el hielo, pero tras varios años de convivencia con él, conocía muy bien a Luis, al menos lo suficiente para saber que era ella quien debía tomar la iniciativa.

—Escucha, yo espero no estar causándote demasiados problemas —le dijo girando la cabeza en dirección a María José, que no les quitaba ojo de encima. La muchacha incluso les saludó con un gesto muy afectado cuando vio que Olivia la estaba mirando.

—Tranquila, no le des mayor importancia, solo está un poco nerviosa.

—Es natural.

—Sí, pero se le pasará —puntualizó Luis—. Tendrá que acostumbrarse a la idea porque yo no pienso renunciar a tu amistad por muchas pataletas que tenga.

Olivia sonrió. De todas las cosas que podría haberle dicho su exnovio, aquella era la más importante de todas.

—Te digo lo mismo. No renunciaría a ti por nada. ¿Un abrazo? —dijo, extendiendo los brazos.

—¿Sabes qué? No es por fastidiar ni porque no quiera dártelo, pero... quizá en otro momento —replicó Luis, señalando con los ojos a María José, que seguía vigilándolos muy de cerca.

Olivia se rio con ganas.

—Anda, vamos, volvamos con el resto.

—Oye, llega tarde, ¿no?

—Lo sé.

—Yo solo lo comento.

—Tú por casualidad no serás familia de Julia, ¿no?

—¿Uh?

Todo el mundo comenzó a ocupar las sillas repartidas a lo largo del jardín, adornadas con olorosos lirios blancos. Un cuarteto de cuerda se arrancó con una pieza clásica para apaciguar el murmullo de los invitados, que poco a poco iba tomando asiento junto a sus respectivos amigos. Olivia hizo lo propio con los suyos. Estaba tan nerviosa que comenzó a morderse el labio inferior, hasta que notó la mano de Fernando apretando la suya en un gesto cariñoso.

—Llega tarde.

—Oh, por dios, Fer no empieces tú también.

—Pero vendrá.

—Ya, pero, ¿cuándo?

—Justo ahora. —Julia señaló en dirección a la entrada del jardín.

Olivia sintió que su corazón daba un vuelco. Ella y Fernando se giraron en la dirección que estaba indicando Julia y esto llamó la atención de los demás, de Miguel, Ana, Luis y María José, que también miraron hacia allí con curiosidad.

—¿Quién es esa? —preguntó María José en voz alta. Todos la escucharon, y no pudieron contener un par de sonrisas cómplices.

Luis les hizo señas para que pararan. Apretó cariñosamente la mano de su novia y mientras se aflojaba una vez más la pajarita, afirmó: — Cariño, es una historia muy larga.

Olivia intentó medir la velocidad de sus pasos de camino al parterre junto al que estaba esperando Claudia. Le costó muchísimo no echar a correr para ir a recibirla. La verdad es que no sabía si estaba

completamente furiosa de que hubiera llegado tarde o si tenía ganas de ahogarla en un abrazo por haber aparecido. El caso es que, cuando llegó hasta donde estaba, todavía no lo había decidido.

—Hola —la saludó Claudia, mirando el suelo como si de pronto se sintiera avergonzada de haber aceptado la invitación a un evento en el que solo estarían los amigos de Olivia.

—¡Llegas tarde!

—¡Lo sé, lo siento! Te juro que intenté llegar a tiempo, pero es que...

—...pero da igual, porque estás guapísima.

Claudia se ruborizó e involuntariamente se ocultó todavía más a la sombra del parterre.

—¿Tú crees? —preguntó—, porque he tenido una crisis enorme. No sabía qué ponerme y como van a estar todos tus amigos y es la primera vez que me ven desde que, bueno, ya sabes. Madre mía, ¡estoy espantosa! Será mejor que me vaya.

Olivia la miró extrañada. Era la primera vez que veía a Claudia sentirse insegura de sí misma.

—Pero, ¿qué estás diciendo? —la reprendió, mientras le tomaba cariñosamente de las manos—. ¿Quién eres tú y qué has hecho con la chica borde, segura de sí misma y rematadamente sexy de la que me enamoré? Venga, déjate de tonterías y vamos.

Olivia tiró de ella y Claudia se dejó llevar inicialmente, luchando por no hundir sus altísimos tacones en la hierba. Pero entonces reparó en algo que le hizo detenerse en seco.

—¿De la que te enamoraste?

—Sí, claro —respondió la pelirroja de la manera más natural, sin comprender qué era exactamente lo que le había sorprendido tanto.

—¿Y a ti te parece normal decírmelo así?

—¿Decirte el qué así?

—¡Que me quieres! Acabas de decirme que me quieres como si estuvieras hablando del tiempo. ¡Esas cosas no se dicen así, Olivia! ¡No cuando es la primera vez que me lo dices!

La pelirroja estaba completamente anonadada. Se lo preguntó a sí misma durante una milésima de segundo, pero no, no podía ser que eso hubiera salido de sus labios de una manera tan vehemente.

—Para ser francos, no te he dicho que te quiero —se defendió.

—Claro que sí. Lo has dicho.

—No, no es cierto. He dicho que estoy enamorada.

—Lo cual es como decir que me quieres, pero aniquilando cualquier remota esperanza de tener un momento romántico —puntualizó Claudia.

—Te pones así y cualquiera diría que lo que pretendes es que te lo diga. —Olivia estaba enfadada ahora. Se retiró un mechón de pelo de la cara con nerviosismo.

—Pues a lo mejor es lo que quiero —arremetió Claudia con tozudez.

—¿Aquí mismo?

—Aquí mismo, ¿por qué no?

—Bien: te quiero, Clau. ¿Necesitas que lo grite o te vale así?

Claudia iba a contestar con enfado, pero fue incapaz de hacerlo. Solo sonrió. De medio lado, aunque se notaba que algo latía fuertemente en el interior de su pecho. Se humedeció los labios y deslizó los ojos hasta la boca de Olivia.

—No, creo que con eso me basta. Yo también te quiero —dijo, y se acercó para darle un beso lento y suave.

Se besaron largamente, ajenas a todo lo que ocurría a su alrededor, centradas solo en aquel momento en el que por fin habían dado rienda suelta a sus sentimientos. Por eso al principio no escucharon la música ni el ruido de las patas de las sillas cuando los invitados se levantaron. En cambio sí escucharon el afectado carraspeo que consiguió que por fin se separaran.

Solo entonces Olivia y Claudia fueron conscientes de la situación, y vieron que todo el mundo las estaba mirando. Los trescientos invitados a la boda de Amanda, que estaba justo enfrente de ellas, vestida de blanco de los pies a la cabeza y colgada del brazo de su padre, mientras jugueteaba con las flores de su ramo de novia.

Amanda y su padre estaban esperando a que se apartaran porque estaban bloqueando la alfombra roja por la que tenían que desfilan para llegar al altar.

—Yo os dejaría que siguierais porque creo que hacéis muy buena pareja, pero el cura tiene prisa y tiene que irse tan pronto como acabe la ceremonia —les explicó Amanda con su habitual tono somnoliento. Después señaló al cura, que esperaba con impaciencia y cara de pocos amigos en lo alto del altar.

Fernando se inclinó levemente hacia un lado y le susurró a Julia con disimulo:

—Me parece buena idea que pidas el número de los arreglos florales, pero me temo que nosotros no somos los que vamos primero —dijo, señalando a unas ruborizadas Claudia y Olivia, que en ese momento habrían dado cualquier cosa por que la tierra se abriera en dos y se las tragara.

—Estoy de acuerdo. Pero hay cosas que nunca cambian. ¿Dejarán alguna vez de discutir?

—Son Olivia y Claudia. No serían ellas si no discutieran.

—Pichoncito, ¿no es esa tu ex? ¿Por qué está besando a una chica? ¿Qué ocurre aquí, Luis? —protestó María José, extremadamente confundida.

—Cariño... ¿mejor te lo cuento luego?

Sobre la autora

Emma Mars es periodista. Tras haber escrito en sitios maravillosos (y otros que no tanto), decidió darle un giro a su vida y actualmente trabaja para una empresa de contenidos online, luchando contra timadores y defraudadores.

Emma y su mujer se mudaron recientemente a Australia, en donde viven rodeadas de loros malvados que las despiertan todas las mañanas, pero también de playas kilométricas, imposibles de alcanzar con la vista.

Desde mayo de 2013, Emma dirige los contenidos editoriales de Hay Una Lesbiana En Mi Sopa (HULEMS), una de las publicaciones de referencia en el mundo lésbico de habla hispana.